J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

LA ODISEA DE PODEMOS

De la Puerta del Sol a Moncloa

EL VIEJO TOPO

J. A. González Casanova

LA ODISEA DE PODEMOS

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

LA ODISEA DE PODEMOS

De la Puerta del Sol a la Moncloa

EL VIEJO TOPO

©J. A. González Casanova,,,,,,,, 2021
Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo
Juan de la Cierva 6, 08339 Vilassar de Dalt (Barcelona)
Diseño: M. R. Cabot
ISBN: 97884-18550-45-4
Gracias por comprar una edición autorizada de este libro. Ninguna parte de este texto puede ser reproducida, transmitida, descargada, descompilada, sometida a ingeniería inversa, o almacenada o introducida en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, conocido ahora o inventado en el futuro, sin el permiso expreso por escrito de Ediciones de Intervención Cultural.

A mis hijos Anna,
Manuel (†)*,*
Joan Pau
e Itziar

Sumario

Introducción
Primera Parte
- El virus del capitalismo global
- La nueva economía global del capitalismo
- Las relaciones sociales en el capitalismo global
- Efectos económicos de la Gran Recesión
- La contrarrevolución del neoliberalismo

Segunda Parte
- Los primeros anticapitalistas
- De Karl Marx a Felipe González
- ¡A las barricadas!
- De la España de Franco a la del PSOE
- ¡No es una crisis, es el Sistema!

Tercera Parte
- ¡Sí se puede! Las raíces de Podemos
- La televisión como arma arrojadiza
- Podemos asalta la política española
- ¿Convergencias o partidos?
- La ideología de Podemos
- Podemos y los actuales populismos
- Podemos pim-pam-pum de las derechas

Cuarta Parte
- Del sorpasso frustrado a la derrota del PP

Quinta Parte
- Un Gobierno socialista en difíciles funciones
- Unidas Podemos y su papel clave en el conflicto catalán
- Del Gobierno socialista en funciones a las elecciones andaluzas (junio-diciembre de 2018)

De las elecciones de 28 de abril de 2019 al Gobierno de coalición PSOE-UP de 7 de enero de 2020
De las elecciones del 10N al Gobierno de coalición PSOE-UP
Unidas Podemos ante el Covid 19
La Odisea a bordo del “Unidas Podemos”
La Moncloa no es Itaca
Epílogo provisional bajo la pandemia
Bibliografía

Introducción

Cuando me disponía a iniciar este libro, un mes antes de los primeros rumores sobre el coronavirus chino, las noticias que nos llegaban de casi todas las partes del Mundo no podían ser más alarmantes. Guerras locales, tensiones sociales en áreas de largos conflictos, enfrentamientos diplomáticos que no auguran relaciones pacíficas, incertidumbres sobre el futuro político de múltiples países, crisis económicas, hambrunas, tráfico de armas, drogas y personas, emigraciones masivas con abundantes víctimas, millones de niños sometidos a las más duras pruebas y traumas inolvidables. Al existir una coherencia, ya comprobada desde la Antigüedad, entre los fenómenos físicos y los avatares humanos, se multiplican, de forma espaciada pero intermitente, los terremotos, las inundaciones, los tornados y tifones, que asolan regiones enteras, destruyen miles de hogares y acaban con multitud de vidas humanas. El llamado "cambio climático", tan evidente, parece avisarnos, a través de las catástrofes naturales, de lo que nos aguarda si no reaccionamos con la mayor urgencia. ¿Estamos ante el fin del Mundo? ¿Veremos acabar en poco tiempo este nuevo siglo y milenio recién estrenado? Ese terror ya se dio en épocas pasadas y hoy nos parece ridículo por infundado, pero el de ahora no admite desdén alguno, pues las estadísticas cantan el peligro mientras los especialistas en ciencias humanas y sociales se preguntan con incertidumbre cómo resolver tantos problemas vitales de la Humanidad actual. Para mayor inri, sabemos ya que están terriblemente involucrados entre si y parece que ninguno tenga solución si antes no se solucionan todos los demás.

¿Por dónde empezar? ¿Cómo podremos evitar un daño mundial y personal inevitable? Este libro parte de un dato enormemente positivo. Los seres humanos llevan siglos sufriendo de los mismos males que hoy padecemos. Con mayor o menor acierto, tras continuos fracasos cuando parecía que triunfaban, han combatido por un mundo mejor que el que sufrían, pues tenían fe en que "otro mundo es posible" y que "sí se puede" lograr, o al menos, intentar.

El motivo profundo de escribir este libro es situar en el contexto mundial que he descrito más arriba el esfuerzo de ámbito español que, a partir de la protesta indignada de 15 de mayo de 2011 en la Puerta del Sol madrileña, culminó en la creación de un partido político ("por imperativo legal") que se denominaba, significativamente, *Podemos.* Esta palabra habla directamente de un *poder* del que cada uno puede empoderarse, que no es apoderarse de él porque no es una cosa que pertenezca, indisoluble y perpetuamente, a nadie, sino una *posibilidad* de toda persona indignada, es decir, que no quiera perder la dignidad que le corresponde como persona que es, igual a las demás, y, en consecuencia, pretende e intenta combatir las indignidades que cometen los que monopolizan el Poder: los causantes directos o indirectos de que el Mundo de hoy sea el dramático escenario de un genocidio continuado, cínicamente oculto por un sistema informativo mendaz y falaz.

Para escribir con objetividad sobre algo indignante hay que estar personalmente indignado.

Mi indignación ante las injusticias, las opresiones, las desigualdades del mundo actual es el arma intelectual más eficaz de mostrar la verdadera *verdad* de un sistema de hechos que producen en mí tal estado de ánimo y me anima a estudiar con el mayor rigor esa facticidad para refutar uno por uno todos los embustes, falacias y manipulaciones que el sistema utiliza como técnica más útil y efectiva de su cruel y cínica dominación mundial.

Hay que desenmascarar unos conceptos falsos, interpretados arteramente desde un largo pretérito, que se expresan a través del lenguaje. Un proverbio chino afirma que "se empieza por confundir las palabras y se acaba confundiendo a los pueblos". Se ha puesto de moda hablar de las *fake news,* de las noticias falsas, transmitidas por cualquier medio de comunicación, y de la *posverdad,* eufemismo que oculta la mentira pura y simple o algo peor: la media verdad, que no solo miente, sino que confunde a quien la recibe.

Se entiende bien el descrédito de la verdad, el relativismo general que impera en nuestras sociedades y el escepticismo sobre tantas promesas publicadas por irresponsables responsables de que las situaciones del *Estado de Malestar* no sigan maltratando a los ciudadanos hasta la exasperación.

En ese sentido es encomiable el esfuerzo de algunos periodistas, independientes de los amos de la información, por su investigación rigurosa y su denuncia de ciertas noticias confusas y comportamientos corruptos de los poderosos habituales. Por lo que afecta a la política española es harto significativo que el movimiento de *Podemos* haya puesto de relieve, como base de su estrategia denunciadora de lo que él llama *la casta,* la necesidad de oponer el verdadero conocimiento de la verdad llamando a las cosas por su nombre. No por el nombre que los poderosos les dan para confundirnos, sino por el que tienen en realidad. Esa realidad que la *casta* sigue empeñada en negar, pues la obligaría a rectificar y a un cambio social contrario a sus intereses.

He de confesar que no es la indignación lo único que me anima a describir la injusta realidad que nos circunda. También lo es mi identificación con el proyecto político de *Podemos,* si exceptuamos algunas diferencias de criterio que, como es lógico, pueden variar según las vicisitudes del mismo. Con todo, mi libro no será partidista ni, menos, sectario. Admiro tanto su acción sobre la sociedad española que no me expondré a perjudicarla por un exceso de entusiasmo. Lo que no puedo ocultar, a mis ochenta y tres años de vida y sesenta de preocupación política, son las semejanzas que encuentro entre el movimiento de *Podemos* y el que ayudé a fundar en 1958 contra el franquismo imperante: el Frente de Liberación Popular *(F.L.P.),* más conocido popularmente como *el Felipe.*

Un grupo de estudiantes universitarios constituimos un proyecto revolucionario socialista algo original, pues nos distanciábamos de las fuerzas de izquierdas del exilio: tanto los comunistas del PCE como los socialdemócratas del PSOE. Pensábamos en marxista (incluidos los que éramos cristianos). Creíamos en la pluralidad

nacional de una España organizada en forma de un Estado federal. En Catalunya creamos el Front Obrer Catalá (F.O.C.) y en el País Vasco, el ESBA (Euzkadiko Socialisten Batasuna). Y, en fin, mostramos antes que nadie nuestra solidaridad anticapitalista con los países del entonces llamado Tercer Mundo.

Duró nuestra acción clandestina unos nueve años. Tuvimos dos o tres caídas y juicios penales en consejos de guerra, múltiples detenciones y torturas policiales, pero conseguimos movilizar a un sector estudiantil numeroso en las principales ciudades; influimos en la toma de conciencia proletaria en industrias importantes; fundamos con futuros dirigentes sindicales comunistas los Comités de Lucha Obrera en Asturias, a los que Santiago Carrillo cambió tácticamente el nombre y se llamaron para siempre Comisiones Obreras. En resumen, fue la primera organización política de nuevo cuño que se enfrentó con la dictadura del general Franco.

Nos autodisolvimos ante nuestra incapacidad de impedir el fraccionalismo ideológico y estratégico producido en nuestras filas por la influencia del mayo francés de 1968, origen de diversos grupos revolucionarios de extrema izquierda. Con el advenimiento de la democracia, éstos fueron desapareciendo, pero el F.L.P. aportó un plantel de dirigentes políticos, sindicales y culturales de la más diversa gama, cuyas diferencias personales nunca rompieron la fraternidad juvenil de su resistencia clandestina. No en vano nuestro frente de liberación popular fue definido por el dirigente vasco José Ramón Recalde como una *fratria.*

No cabe duda que nuestro Felipe no puede equipararse a Podemos en cuanto a su circunstancia histórica, estrategia y avatares, pero coincide en sus fines más auténticos: enfrentarse al capitalismo como explotación humana, combatir la injusticia de la desigualdad social, luchar en pro de los derechos humanos en su totalidad, implantar una sociedad sin clases hasta ser democráticamente verdadera. Y todo ello mediante el empoderamiento de todos los ciudadanos, con la conquista del poder económico, social, cultural y político que las elites han monopolizado hasta ahora. Se trata de

toda una revolución pacífica, llevada a cabo por gente políticamente consciente y activa.

Son estos fines los que comparto con *Podemos,* así como confío en que, pronto o tarde, los alcancen.

Este libro hablará únicamente de su intento, que ya es mucho e importante. Yo no veré su triunfo porque este será mundial o no será. Con todo, si su existencia, tras cuarenta años de una dictadura y otros cuarenta de falsa democracia, me ha permitido evocar la lucha revolucionaria de mi juventud, les digo a mis amigos de *Podemos* lo que yo mismo me dije cuando me inicié en el combate: “Lo que se debe hacer debe hacerse porque hay que hacerlo y no pensando en su triunfo o en su fracaso”.

A tí, juventud más joven, te digo ahora que, si cae en tus manos este libro y lo lees con detenimiento y progresivo interés, estarás en condición de sumarte con tu juventud a un combate por un mundo más justo y más humano. Combate de hace siglos y que tal vez se prolongue alguno más. Pero lo que hoy parece utópico acabará no siéndolo. Al igual que el horizonte del mar, siempre inalcanzable, la utopía nos incita a surcar el océano más embravecido. Y surcarlo ¡sí se puede!

Sitges (Barcelona), 8 de marzo 2021

PRIMERA PARTE

El virus del capitalismo global

La rebelión indígena de Chiapas (México), dirigida por el famoso comandante Marcos, fue la primera ocasión de utilizar la moderna tecnología de Internet para comunicar al Mundo entero la existencia de tal rebelión y pedir la solidaridad con ella. Rápidamente se creó una red de grupos solidarios que rodearon, literalmente, las intenciones represivas del Gobierno mexicano. Treinta años más tarde, el profesor Manuel Castells, antiguo compañero mío en el Felipe catalán y, hoy, ministro de Universidades en el Gobierno de coalición PSOE-UP, ha podido estudiar, a partir de la experiencia zapatista, lo que él llama la *sociedad global en red.*

¿La sociedad actual constituye una red mundial solidaria como la iniciada por el pueblo de Chiapas o, por lo contrario, es una red que *enreda* a la humanidad, mediante internet, en una sistemática dominación de los intereses injustos del máximo poder contemporáneo: el capitalismo, contra el cual se había enfrentado la rebelión mexicana del nuevo Emiliano Zapata?

De hecho, el capitalismo ha tendido a ser global casi desde sus orígenes. Los mercaderes de las ciudades europeas, surgidas como grupos humanos que se habían liberado del poder de los señores feudales, acumularon su riqueza a través de bancos de crédito local que, con autorización de la Iglesia, inventaron un nuevo modo de usura: el interés del capital prestado. Este consistía en una doble ficción.

Por un lado, se gravaba el riesgo de que el préstamo no fuera devuelto por cualquier causa sobrevenida *(damnus emergens)* y, por otro, se añadía un nuevo gravamen según el lucro potencial que podía perder el prestamista en caso de ser concedido a una tercera persona (*lucrum cesans*). En esa ficción, tan ilógica como injusta, se ha basado siempre, de una forma u otra, la razón de ser del capitalismo.

Los reyes europeos de los siglos siguientes eran señores feudales que lograron su hegemonía gracias a sus conquistas territoriales o a enlaces matrimoniales. Combatieron a sus noblezas levantiscas y pudieron imponer su poder e ir creando sus incipientes Estados merced a los préstamos dinerarios de los banqueros, locales o extranjeros.

Lo que hoy se conoce como globalización comenzó con la circunnavegación de la Tierra por el portugués Magallanes y el español Elcano en 1516, ampliando el afán de los metales preciosos con la obtención de especias exóticas y primeras materias. Esta innovación supuso la alianza del poder financiero de los monarcas y el de los mercaderes y banqueros. La Naturaleza pasó a ser considerada en la mentalidad de la época como un simple recurso material y económico, sin un valor en sí misma, disponible para la explotación por los humanos. El capitalismo se tornó colonialista e imperialista en todo el mundo occidental. Su lema fetiche fue, desde el siglo XVIII, el *progreso* indefinido. A finales del siglo XX, con el desplome del poder soviético en Rusia y sus países satélites, el capitalismo se ha ido implantando gradualmente en todo el planeta, incluida la China postmaoísta, gobernada, no tan paradójicamente, por un partido totalitario que todavía se llama comunista. Se hizo famosa la conclusión del profesor norteamericano Fukuyama: “Hemos llegado al final de la Historia”. Treinta años más tarde, la Historia no había llegado a su fin, sino que emprendía un nuevo ciclo de complejidad y rapidez conflictivas en una sociedad mundial enredada, sometida a la pandemia de un capitalismo global.

La nueva economía global del capitalismo

En el siglo XVIII, el capitalismo revolucionó la producción rural y artesanal mediante la creación de industrias. La nueva tecnología aplicada al carbón y al acero transformó las comunicaciones comerciales por tierra y mar. Al aplicar su propia lógica de poderío económico merced a su poder político, pasó de un mercantilismo proteccionista a un liberalismo intercambista que hacía del mercado de bienes de producción y consumo el árbitro supremo de la competencia industrial. Pero eso suponía que el precio de las mercancías fuera en aumento según una supuesta ley natural: la de la oferta y la demanda. Igual que la Naturaleza no tenía ya valor en sí, el trabajo humano no tenía otro valor que el de permitir al capital competir en el mercado y alcanzar la máxima ganancia. Los trabajadores de las fábricas eran los antiguos siervos del señor feudal, convertidos en *proletarios*, es decir, sin más posesión que su prole familiar. Su trabajo le rendía lo mínimo suficiente para no morir e ir procreando el futuro ejército de reserva laboral para el amo de los medios de producción.

Al final del siglo XIX, una parte de ese proletariado europeo, como en la época feudal, contribuyó con su vida a formar los ejércitos militares que conquistaban nuevos territorios en África o Asia o se enfrentaban con otros Estados capitalistas en plena competición por su hegemonía europea. El pretexto era el patriotismo nacional, pero el hecho era el afán de elaborar industrialmente las materias primas obtenidas por la colonización. Fue la época del imperialismo, en la que los Estados europeos llegaron a acuerdos como el de la Conferencia de Berlín de 1884 sobre el reparto colonial de África.

A finales del siglo XX, el capitalismo mundial entró en una nueva época, caracterizada, precisamente, por su capacidad de comunicación informática. Las tecnologías recientes permiten al capital basar su economía en las nuevas posibilidades que le ofrece

la existencia de una sociedad en red cibernética. Surge la era del capitalismo financiero.

Según Castells, la nueva economía se organiza alrededor de las redes globales del capital, de su gestión y de la información que precisa. El acceso al conocimiento tecnológico es la base de la productividad y la competencia. El capital financiero condiciona el destino de las industrias, sobre todo de las de alta tecnología, mientras que éstas y la información son instrumentos decisivos para generar beneficios y conseguir cuotas de mercado. El capital industrial y el financiero son cada vez más interdependientes, como pronosticaron Hilferding y Schumpeter en el pasado siglo.

Si el capital expresaba la búsqueda interminable del dinero por el dinero a través de la mercadería por sí misma, ahora el dinero se ha vuelto casi independiente de la producción y la propiedad de esta última ya no pertenece a un individuo, a una compañía, a los gestores, a los evasores de capital o a los blanqueadores de dinero de negocios delictivos. Ahora todos son “capitalistas”, pero ya no hay una clase capitalista ni una burguesía industriosa a lo siglo XIX. Nadie controla los flujos financieros. El capitalismo, por su propia esencia, continúa gobernando, pero los capitalistas están encarnados de modo aleatorio, en determinadas áreas del Globo, como apéndice de un potente remolino, de un enredo de flujos dinerarios que manifiesta su volumen mediante cotizaciones y opciones de futuro en los mercados globales de las pantallas de los ordenadores. Como concepto, el “capitalismo” ya no existe. Los que hablaron de “refundarlo” tal vez se referían a que había que convertirlo en un fantasma para que así, avanzando más veloz y asustando a más gente, no asumiera ninguna responsabilidad.

Al no existir personalmente, su actuación sería juzgada como una obra de ficción teatral, cuyo escenario representa un gigantesco casino para ludópatas, en donde se juega todo y donde se puede ganar todo o perderlo todo. Todo es cuestión de suerte. ¿De suerte para quién?

Las relaciones sociales en el capitalismo global

La relación social más directa del capital es con el trabajo. Sin él y sin la plusvalía que extrae de este, el capital no podría subsistir. ¿Cómo se las ha agenciado para que tal extracción sea real pero invisible y, en todo caso, no imputable al capital?

Mientras el capital se ha vuelto *global* y se está centralizando, precisamente por el poder descentralizador de las redes, el trabajo es, en su inmensa mayoría, *local.* Su realización se disgrega, su organización se fragmenta, su existencia se diversifica y la acción colectiva se divide. Al trabajo también se le hace desaparecer como concepto, aunque siga siendo, como el capital, una realidad. Ha perdido su identidad colectiva, sus capacidades son cada vez más individuales, igual que sus condiciones laborales, sus intereses y proyectos. Si ya no sabemos quiénes son los capitalistas, tampoco sabremos qué ha sido de sus históricos enemigos de clase: los proletarios. Ahora, cuando el proletariado ya no existe como conjunto social, *todos* somos potencialmente proletarios si no somos incluidos en la minoría que detenta el poder en la red global. Los flujos de ésta actúan sobre localidades y grupos sociales en proceso de segregación y desconexión entre sí. Hay una explotación de productores y consumidores individuales y de las grandes masas de trabajadores genéricos por parte de quienes controlan los procesos de producción. Se produce, por tanto, la gradual desaparición de la estructura de clases de la sociedad industrial. Los conflictos sociales, protagonizados por trabajadores y sindicatos, por numerosos e importantes que sean, son simples reivindicaciones de interés o revueltas contra la injusticia y la desigualdad.

Las divisiones sociales son actualmente la fragmentación de la mano de obra entre los productos informáticos y los trabajadores genéricos reemplazables que implica la exclusión de un sector

social formado por individuos rechazados. Su valor se ha agotado y carecen de relevancia como personas.

La lógica del mercado de las redes globales de los flujos del capital se separa de la experiencia humana, de las vidas de los trabajadores.

Las presiones de la competitividad, la flexibilización del trabajo y el debilitamiento de la sindicación han conducido a la reducción del Estado de Bienestar, que era consecuencia del pacto social entre el proletariado y el capitalismo tras la Segunda Guerra Mundial. La relativa igualdad alcanzada entre las clases sociales se ha vuelto desigualdad y polarización, o sea, el crecimiento económico de la zona más alta es paralelo a la pauperización de la más baja. La pérdida de la estabilidad laboral y el poder de negociación de muchos trabajadores incrementan la incidencia de crisis familiares, personales, enfermedades, adicción a las drogas o al alcohol. Las personas pierden el control de sus propias vidas, sus entornos, sus lugares de trabajo, sus economías, sus gobiernos y sus países en todo el Planeta. El nuevo orden global es, en realidad, un desorden.

¿No han de ser los Estados los que impidan ese desorden? Al fin y al cabo, para evitar injusticias y proteger o fomentar los derechos humanos fundamentales es para lo que fueron creados a partir de la Revolución Francesa al final del siglo XVIII. Pues ya no. Las relaciones de poder también se han ido transformando por los procesos sociales citados. La crisis del Estado nación como ente soberano, relacionada con la crisis de la Democracia, consiste en que, al no lograr el Estado que sus órdenes y decisiones se cumplan y al no poder cumplir sus promesas fundamentales, como es el Estado de Bienestar, su autoridad e incluso su legitimidad se han visto cuestionadas.

El nuevo “Estado” es la Red. Pero además cada Estado nacional se halla sometido a la competencia, más sutil y preocupante, de fuentes de poder no definidas o indefinibles como las redes de capital, de producción, de comunicación, del crimen o de grupos

terroristas. Tampoco hay elites de poder estable. Hay elites *desde* el poder. Formadas durante su mandato, aprovechan su posición política privilegiada para obtener un acceso a los recursos materiales y a las conexiones sociales. Son las conocidas popularmente como “puertas giratorias” y entran de lleno en lo que Podemos ha definido como *casta.*

Una clara demostración de que los Estados no están al servicio de las personas, sino de la economía capitalista, es que, cuando ésta entró en la recesión de 2008, tan grave o más que la de 1929 e inaugurada por las hipotecas-basura y la caída de Lehman Brothers, solo se pudo solucionar con la acción concertada de todos los bancos centrales del globo, incluido el chino.

El precio del petróleo, la regulación bancaria, las patentes de los fármacos, los aeropuertos y, sobre todo, el comercio, ya no se regulan por las leyes democráticas de ningún país. Las industrias clave, que posibilitan el crecimiento, como la agroalimentaria, la farmacéutica, la del ocio o del *software* ya no las regulan los gobiernos. Si estos pretenden seguir teniendo soberanía tendrán que desnacionalizarse y participar en una cooperación internacional. Una soberanía real en un mundo globalizado solo se logra perdiendo la hipotética autonomía del pasado, hasta que se alcance la utopía de un Estado mundial federal.

Efectos económicos de la Gran Recesión

A la recesión económica mundial del año 2008 se la ha denominado *crisis*. Pero es algo más: lo que está en crisis es el sistema capitalista. Como ha dicho el filósofo esloveno Slavoj Zizek: “El problema del capitalismo actual es el propio capitalismo”. Con un fundamental carácter nuevo: si empezó siendo un adversario del trabajo, ahora, con su poderío mundial, es un adversario de *la vida* de toda la Humanidad.

El Club de Roma, nada izquierdista, ya previno en 1972 que de los diez escenarios posibles de desarrollo capitalista en el siglo XXI, en ocho de ellos se daría un colapso medioambiental. El cambio climático es obra de productos tóxicos industriales que durante años han contaminado el planeta para no frenar el crecimiento de las corporaciones interesadas. El problema no es tanto superar una recesión económica, como solucionar sus efectos sociales y humanos durante esa coyuntura recesiva: el impacto estructural sobre la sociedad y su gente.

Aumentaron los millonarios y aumentaron los conducidos a la miseria. La desigualdad social ha vuelto frente a la falsa igualación del llamado “capitalismo popular” que pretendía hacer de cada individuo el propietario de su piso. La pretendida clase media de bienestar digno y de estudios superiores ha pasado a ser el viejo proletariado. Su nombre clásico se ha sustituido por el de *precariado,* pues precarios se tornaron el tiempo y el lugar de los puestos de trabajo, la rebaja salarial, los recortes presupuestarios en servicios sociales tan básicos como la sanidad y la educación. El poder adquisitivo de la población disminuyó hasta rozar el límite de la pobreza. Desaparecieron las expectativas de mejora económica. Los salarios cayeron por debajo de los precios.

La generación joven tuvo que renunciar a sus legítimas ambiciones profesionales. Los abuelos pensionistas agravaron su carencia ayudando a sus hijos en paro crónico.

La recesión del año 2008 solo pudo colapsarse con la aportación de los fondos públicos de millones de dinero ciudadano. Los bancos, cajas de ahorro y las empresas más endeudadas pagaron su deuda con la ampliación del déficit del Estado. En España, esa precariedad ya era estructural. Nada se hizo para acabar con ella.

Una breve reseña de los titulares de prensa española habla por sí sola: “España tiene más del doble de multimillonarios que antes de la crisis”; “La pobreza se cierne sobre el 30% de los niños y adolescentes”; “Casi el 12% de la población vive en la extrema pobreza”; El 10% de los españoles posee el 57% de la riqueza”; “Los jefes ganan 98 veces más que los empleados”; “El 70% de los españoles temen que sus hijos vivirán peor que ellos”; “La gran banca deja atrás la crisis y el beneficio crece un 48%”; “La luz ha subido un 83% desde 2003”; “La brecha entre las rentas más ricas y las más pobres aumenta el 20%”.

Pero España no fue la única, aunque sí de las más afectadas por la “crisis”. En el sur de Europa, en la zona mediterránea, se dieron las cifras más altas del riesgo a la pobreza: Grecia, Chipre, Malta, Italia. Sin embargo y siguiendo las indicaciones del Fondo Monetario Internacional, el Banco de España era partidario de que se redujera la prestación a los parados y se subiera todavía más el IVA para recuperar el “crecimiento”. (¿?)

¿Quiénes son las entidades más poderosas del Mundo tan solo con referencia a la economía global? Sin duda, las empresas tecnológicas. Y entre ellas, el primer rango pertenece a firmas tan conocidas como Apple, Google, Microsoft, Facebook y Amazon, que confirman el nuevo valor de la información. Los *datos* son más valiosos (dan más dinero) que el petróleo. Un nuevo control capitalista ha neofeudalizado la información de los *big data*. Nuestra vida y datos los comparten con precisión y a buen precio con las elites gobernantes. Los gobiernos y las multinacionales nos

clasifican en categorías que nos etiquetan y manipulan. Los amos de Twitter, Google, Facebook y las agencias de seguridad deciden qué se filtra y qué no y a quién vigilan en complicidad con los servicios de inteligencia de las superpotencias. Los plutócratas digitales se benefician de la educación de sus usuarios pero no pagan impuestos por ella.

La libertad de información, el derecho a que esta sea veraz y la libertad de expresión son derechos reconocidos en la mayoría de las democracias occidentales, pero en la nueva práctica de la red global han sido secretamente violados por agentes gubernamentales o privados. Es de una lógica aplastante que los Estados capitalistas, al ser muy conscientes de las indignadas protestas de su población y de los movimientos sociales en contra de sus intereses egoístas e injustos, organicen su defensa mediante el espionaje más extenso.

Para ello pueden bloquear, moldear o filtrar contenidos, vigilar electrónicamente a periodistas, sobornar a empresas de medios de comunicación, suspender la publicidad estatal a medios “no amigos”; crear fuentes de noticias adulteradas o falsas, etc., etc. Si tenemos en cuenta que los teléfonos móviles y otros aparatos que suponen la creación de redes sociales entre individuos lo mismo sirven para multiplicar consignas colectivas de acción o de reacción a los eventos sociales, se puede deducir que, al mismo tiempo, son instrumentos que pueden colaborar a la división, al enfrentamiento y a la intoxicación ideológica mediante bulos, mentiras e información ambigua que confunde. Todo ello dificulta la defensa de la democracia contra las elites capitalistas y es un arma tan eficaz o más que un ataque cibernético de una potencia extranjera. Desde que hizo su aparición en España el movimiento de los Indignados y el nuevo partido Podemos inició su odisea de un lustro para alcanzar el Gobierno, fue una constante la difusión por parte del PP y, más tarde, por parte también de Vox de múltiples falsedades, mentiras y bulos dirigidos contra esa fuerza popular emergente a través de las redes de comunicación personal.

Esto nos conduce por asociación de ideas a describir el aspecto más decisivo del poder controlador: el propio individuo controlado, manipulado, intoxicado. Maquiavelo afirmó que el Poder es “hacer creer” y el inglés Locke precisó que el Poder puede ser de dos tipos: de dominación o de *“consenso”.* En realidad, es lo mismo, pero ampliado. Tiene un poder mayor quien hace creer a otro que está de acuerdo con él. La fórmula de estrategia ideológica del capitalismo actual no es la economía, no es la tecnología. Esas son simplemente herramientas. Incluso la “ideología” lo es. Lo decisivo es, como dijera la Dama de Hierro, Margaret Thatcher, “cambiar el alma de la gente”. Hoy, ¿cómo se cambia un alma?: seduciéndola. No es precisa la violencia, sino la seducción. No el palo, sino la zanahoria. Que el individuo sepa que es él mismo el que está de acuerdo en ser seducido. O como definió el amigo de Montaigne, La Boetie, “la servidumbre voluntaria”.

Parece una paradoja, pero el arma decisiva del neocapitalismo ha sido la cultura, si por ella se entiende el lenguaje, los conceptos, la ciencia, las “verdades” que hay que creer. Con su manipulación conveniente se puede cambiar el alma de las personas y transformarlas en esclavas, en siervas a través de un cambio de mentalidad. Un cambio “demente”.

La contrarrevolución del neoliberalismo

El liberalismo político fue la aportación de la burguesía ilustrada europea del siglo XIX. El capital vio la ocasión ideal para llevarlo al terreno económico. En dos siglos la dedicación política en pro de la libertad (súbditos no, ciudadanos sí) es una antigualla. Se da por supuesto que la democracia no es posible sin libertad. Pero, ¿puede el liberalismo en la economía ser compatible con la democracia? ¿No son los monopolios y oligopolios mercantiles la negación de la libertad de mercado?

El individualismo ya no es un canto ideológico al ciudadano individual, sino una dominación de las personas concretas a través de un mercado controlado por sus mercaderes y no por una sociedad estatal de todos. Adam Smith, el clásico teórico del liberalismo, siempre citado por los economistas neoliberales como su gran inspirador, se horrorizaría de la situación actual. Él exigía que el Estado regulara el mercado para evitar sus abusos. Hoy sería, como mínimo, un socialdemócrata. El espíritu de la Unión Europea era, como dijo en 1949 uno de sus fundadores, Robert Schuman, “ser consciente de pertenecer a una familia cultural y tener la voluntad de servir a la comunidad con espíritu de mutualidad total, sin motivos ocultos de hegemonía o de explotación egoísta de los demás”.

La contrarrevolución conservadora empezó a gestarse en los años ochenta del pasado siglo. Economistas como Von Mises, Hayek o Friedman y la llamada Escuela de Chicago, que asesoró al dictador chileno Pinochet, pusieron las bases que los gobernantes anglosajones, Margaret Thatcher y Donald Reagan, aplicaron con enorme decisión y habilidad. El capitalismo se hizo “neo-liberal”. Sus principales argumentos fueron la excesiva intervención del Estado en la economía; el derroche de gasto social por el poder público; la baja productividad de los trabadores, mal acostumbrados a las

subvenciones estatales; la necesidad de anular el contrato social entre el capital y el trabajo por haber desaparecido el bloque comunista y con él, el peligro de que la lucha de clases pudiera reproducirse ante la fuerte expansión que el capitalismo se prometía si adoptaba políticas neoliberales.

La primera estrategia fue la de Margaret Thatcher y sirvió de modelo. Acabó, casi por la fuerza, con los sindicatos mineros y redujo al resto a generosas ONG. Al dejar sin colectivos a la clase obrera ¿para qué seguir hablando de “lucha de clases”? Lo que hay que hacer es convertir al proletario en propietario (capitalismo popular) y que éste se merezca con su esfuerzo personal la remuneración ajustada a sus méritos (productividad creadora de una meritocracia).

Otra estrategia fue la progresiva privatización de servicios públicos con el pretexto de que el empresario busca más el beneficio que una burocracia administrativa. La forma de estimularlo es que los trabajadores gasten en consumir, aunque los bajos salarios se lo hagan difícil, pero para algo está la publicidad y, sobre todo, el instinto de imitación de los gustos plutocráticos.

Los grandes bancos sugirieron la solución: el crédito, que permite endeudarse con el capital. La relación acreedor-deudor nos retrotrae a los orígenes del sistema. Desaparece la distinción entre productores, empleados y consumidores, la de activos o en paro, jubilados y pensionistas. Todos son deudores del Gran Acreedor. La deudocracia es un régimen en el que la deuda se convierte en una relación de vasallaje feudal durante un futuro incierto y en donde su incumplimiento se traduce en conciencia culpable, más culpable aún que el exceso de gasto o reducir la productividad. Esas son las nuevas libertades que el nuevo liberalismo concede a los ciudadanos de un Estado de Bienestar desaparecido. El trabajo es algo que debe el trabajador al capital. El trabajador no es una persona. Es un producto. Los productos sometidos a riesgos exigen un seguro. A eso se dedican unas de las empresas más fructíferas de la red global, dando pie a lo que Naomi Klein denomina

“capitalismo shock”: las empresas provocadoras de destrucciones que reconstruyen luego. Como las norteamericanas que cobraron por reparar los daños producidos a Irak por las tropas de Bush Jr.

La cínica hipocresía del neocapitalismo se manifiesta en la *austeridad* expansiva provocadora del empobrecimiento de la gente. Esta ha de pagar fiscalmente a los Estados los créditos no cobrados de los grandes bancos por *culpa* de la insolvencia de sus deudores. En la red global, las “hipotecas basura” de los Lehman Brothers las pagaron, entre otros, los hipotecados españoles.

La austeridad permite financiar la deuda pública y recuperar la confianza de los mercaderes en que no se malgastaría el dinero. Fluiría el crédito al sector privado y se reactivaría la economía. Pero la “crisis”, en realidad, no ha sido de consumo o de deuda pública, sino financiera. El crecimiento del capital financiero se hizo superior a la capacidad productiva. Los valores especulativos no respondían a la realidad y se optó por el endeudamiento. Los mercados de futuro son una confirmación de que el neoliberalismo que en los años ochenta liberalizó la economía, desregulando los mercados financieros y eliminando en Estados Unidos la diferencia entre bancos de depósito y bancos de inversión, permitió convertir el capital ahorrado en liquidez para la especulación financiera.

El endeudamiento de la gente, pues, fue provocado por la alegría del mejor futuro que prometía. Pero pronto surgió la “culpa”… Los culpables de la “crisis” financiera eran los ciudadanos que se endeudaron “por encima de sus posibilidades”, más allá de lo “sostenible”. La penitencia forzosa era la austeridad. Se recortaron salarios, sanidad, educación, pensiones, jubilaciones, etc. Las manifestaciones de médicos, enfermeras y hospitales, así como enseñantes y alumnos, pensionistas y trabajadores en paro o con un salario insuficiente para sus familias, no sirvieron para nada, excepto para aumentar la indignación popular ante la hipócrita complicidad de los Gobiernos neoliberales. “¡No nos representan!” fue el grito unánime de los damnificados. “¡Democracia ya!” clamó la multitud contra los políticos profesionales. La opinión publica exhibió

en las encuestas españolas que un 42% consideraba el capitalismo incompatible con la democracia. Ni el primero era el modo de producción más racional ni la segunda el único orden político congruente para ciudadanos libres.

Lo que empezó afectando a los europeos del sur (Grecia, España, Portugal e Italia) mientras los del norte, especialmente Alemania y su aliada Francia, practicaban las recetas neoliberales en nombre de los intereses de la UE (déficit estatal cero, recortes sociales, pago de la deuda, amenaza de sanciones económicas) acabó repercutiendo y dañando a un Estado poderoso y rico como el país galo. Los *chalecos amarillos,* con sus actos violentos tanto en París como en casi todas las ciudades periféricas, pusieron de relieve que también en las sociedades opulentas el sistema neocapitalista hace estragos humanos, entre ellos, el desdén por las clases populares, el desprecio por las ciudades pequeñas o rurales, menos valiosas para la metrópolis globalizante.

Un caso paradigmático es la capital de España. Un artículo demoledor de Ignacio Sánchez Cuenca, titulado “La degradación madrileña”, describe cómo en los últimos años y en manos del PP, Madrid tiene la renta más alta de España con el 136,2%, seguida por la de Cataluña (118,3%). Su sistema fiscal descaradamente favorable a los grupos, empresas y sociedades con mayor riqueza ha atraído a las más ambiciosas del resto del país, colaborando así a crear una España “vacía” que, en realidad, ha sido “vaciada”. Esta concentración de poder económico, no solo no ha supuesto un motor de desarrollo industrial moderno para todo el país, un crecimiento del empleo, una mejora de los servicios públicos y el objetivo social de un estado de bienestar para todos los ciudadanos, sino que ha hecho descender su nivel respectivo en la comunidad madrileña, sobre todo en los campos de la sanidad y la educación. En el ámbito cultural e ideológico, ha producido una petulancia orgullosa frente a los “paletos” provincianos del resto de España; ha mostrado un nacionalismo patriotero excluyente que identifica a España con su capital (en el doble sentido del término); ha presumido de ideas liberales y modernas sin abandonar su

mentalidad más rancia, conservadora y políticamente “ultra” y franquista. Sus intelectuales, escritores y académicos, junto a magistrados, altos funcionarios y periodistas se han integrado en tal clima capitalino, y constituyen, salvo excepciones valerosas, una élite responsable de esa degradación madrileña que colabora en el fomento de la peor, abrupta, bronca y extrema derechización española. El artículo concluía con estas lúcidas palabras: “Me produce una mezcla de malestar y vergüenza que una capital con el poderío económico de Madrid haya desaprovechado las ventajas de su espectacular desarrollo contentándose con unas instituciones carcomidas por la corrupción, unos servicios sociales deficientes y una esfera pública tóxica y de baja calidad”.

En definitiva, el capitalismo está condenado a seguir su lógica irracional, que no ha cambiado desde su origen. Su única virtud ha sido saber adaptarse a cualquier situación coyuntural para transformarla en estructura favorable a su egoísmo. Pareció que trocaba la violencia por la seducción. Pero los efectos de una realidad tan destructora han dejado de seducir a sus víctimas y, en su desesperanza, bordean ya la violencia, de momento incruenta, de unas masas humanas que pueden caer, por paradoja, bajo una dominación más violenta: el neo-fascismo.

Mis lectores más jóvenes, si los hay, tal vez se pregunten: ¿si el capitalismo siempre ha sido tan destructor y tan inhumano cómo es posible que esté durando ya medio milenio y, por lo que parece, no se le ve un final a medio plazo? ¿No ha habido quien denunciara tal sistema destructor, lo combatiera, ofreciera otro estado de cosas, compartido por las víctimas de los poderosos y ricos? Intentaré dar una respuesta, compleja pero sencilla, en las próximas páginas.

SEGUNDA PARTE

Los primeros anticapitalistas

Sin ninguna duda, los primeros en oponerse a la codicia y el egoísmo del Capital fueron sus víctimas: los trabajadores artesanos que rompían las máquinas de tejer, innovación capitalista que inauguraba la sociedad industrial. Siguieron los obreros de las fábricas en condiciones de trabajo y de vida cruelmente impuestas, incluidos niños y mujeres. Después los antiguos oficios se proletarizaron y los pequeños comerciantes fueron sometidos al albur de una economía dominada por el gran capital. Durante el primer tercio del siglo XIX se alzaron las voces de algunos intelectuales británicos y franceses: Stuart Mill, Saint-Simon, Owen, Fourier. Su crítica a la inmoralidad de una burguesía que se tomó al pie de la letra la consigna del ministro reaccionario francés François Guizot "¡Enriqueceos!", tenía raíces cristianas y evocaba movimientos sociales europeos del pasado en rebeldía por la pobreza injusta. Las soluciones que ofrecían fueron calificadas por Karl Marx de "utópicas" por basarse en meros ideales éticos, sin comprender las leyes económicas que mueven internamente al sistema capitalista. Marx teorizó con rigor la historia político-económica del capital y escribió un complejo libro sobre él. Puso de relieve los mecanismos contradictorios que lo mueven y explicó hasta el detalle sus aspectos negativos en el seno de una actitud tan positiva como el progreso tecnológico que supuso la industrialización. Demostró ciertos efectos consubstanciales, lógicos e irremediables, del sistema: el aumento de la tasa de beneficio depende de la plusvalía, no por la modernización de los medios de producción, sino por la constante explotación de la fuerza de trabajo, es decir, de la mercancía humana. Tal explotación amplía la abismal diferencia entre ricos y pobres, cosa que asegura el sistema socialmente y le permite seguir dominando. Cuando se produce una crisis económica, son los pobres quienes la pagan. Las víctimas del capital no solo están explotadas. Están enajenadas en cuerpo y alma. Para acabar con tal alienación es precisa toda una revolución. Pero esta será posible, si las víctimas son conscientes de que lo son y se unen por encima de todas sus diferencias (de sexo, raza,

nación o clase). “¡Proletarios del Mundo, uníos!”. La opción histórica para el movimiento obrero es la alternativa definida por Rosa Luxemburg: “socialismo o barbarie”. El “progreso” tecnológico puede ser un retroceso humano si lo domina el capital. Los medios de producción no hacen la Historia, sino las clases sociales que luchan por ser hegemónicas. El objetivo de la futura revolución social no es, como en el pasado, la conquista del Estado (eso sería el fascismo o Vox) sino su demolición en dos fases: la dictadura del proletariado y la democracia plena. La primera no es el autoritarismo totalitario (eso sería también fascismo), es el control político de los trabajadores de la actividad económica y la posesión (no la propiedad) social de los medios de producción (no de consumo). La segunda se basa en que la clase obrera, al acabar su lucha, acaba con todas las clases, incluida la suya. Sin capitalismo no hay lucha de clases y el Estado deja de ser un aparato de represión democrática y defensor del “orden” capitalista para ser el autogobierno de la comunidad en todos los niveles territoriales (nación, región, comarca, municipio...) y en todas las instituciones y empresas sociales (autogestión). Al producirse en 1871 la llamada “Comuna” de París, que autogobernó y autogestionó los servicios públicos de la capital de Francia, mientras los obreros defendían la capital del invasor alemán, aliado con la propia burguesía francesa, Marx proclamó “He aquí nuestra dictadura del proletariado”. Más tarde veremos cómo han interpretado los “marxistas” la teoría “comunista” de Marx y su colega Engels. Ahora quiero recordar la definición de comunismo que éstos dieron en 1848, fecha de la primera y fallida revolución democrática en Francia: “El comunismo no es un estado de cosas que deba establecerse ni un ideal hacia el que deba apuntar la realidad. *Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que acaba con el actual estado de cosas”.*

De Karl Marx a Felipe González

El legado de Marx se ha visto sometido durante un siglo y medio a dos fenómenos opuestos y coincidentes a la vez, Por un lado, sus seguidores lo han proclamado como si fuera un dogma religioso intocable y, en su nombre, han denunciado a los que, también en su nombre, han osado ponerlo en cuestión. Serían los renegados, los traidores, los “revisionistas” de la obra del pensador alemán. Pero por otro lado, los avatares históricos han llevado a determinados marxistas a revisar su pensamiento, sin renunciar a él, en el sentido de adaptarlo precisamente ante los cambios que la innata capacidad de adaptación ha tenido el sistema capitalista en sus épocas más críticas.

Es conocida la afirmación de Marx: “Yo no soy marxista”. Se refería a que, por pura lógica, no tenía por qué coincidir con todas las interpretaciones que se hiciesen de su ideario. “Yo no extiendo recetas para las enfermedades del futuro”. Parece, por tanto, que no dio permiso a sus *fans* para justificar como “marxistas” sus encontradas opiniones sobre cuál debía ser la teoría o la práctica del proletariado anticapitalista. Para acabar con la explotación, si se fracasaba, todo era revisable. Había que ver la situación concreta y darle la solución concreta que mejor se creyera. En todo caso era la practica la que debía confirmar la teoría y, en caso contrario, su revisión. Puestos a ser fieles a su maestro, la pregunta más adecuada sería: ¿Qué hubiera dicho o hecho Marx en este caso?

Desde el Manifiesto Comunista de 1848 hasta la primera década del siglo XXI, el movimiento de lucha obrera se ha organizado mundialmente en cuatro Internacionales. La primera se creó en 1864. Se llamó Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y fue fundada por Marx. La famosa polémica con Bakunin acabó con la exclusión de los anarquistas, que crearon la Internacional Anarquista, muy fuerte en España e Italia hasta 1877, en que dejó de existir. La Segunda Internacional se fundó en 1889 como organismo coordinador de los partidos socialistas nacionales, en el

cual la hegemonía fue ejercida por el partido alemán. Se debatió la colaboración con los partidos burgueses, lo que dividió el socialismo entre los reformistas (revisionistas) de Bernstein y los revolucionarios de Kautsky, calificado entonces por el socialista español Pablo Iglesias en 1909 como “el mejor discípulo de Marx”. La Tercera Internacional se constituyó en 1919 al triunfar la revolución bolchevique en Rusia. El partido de Lenin dejó de llamarse Socialdemócrata para titularse Partido Comunista. Bajo su dirección todos los comunistas del mundo debían seguir la misma estrategia en nombre del “internacionalismo proletario”.

El verdadero artífice de la Revolución soviética, León Trotski, acabaría rechazando la tesis estaliniana del “socialismo en un solo país” y creó la Cuarta Internacional en 1938 bajo el lema “La revolución permanente”. Sufrió sucesivas escisiones y la II Guerra Mundial hizo desaparecer muchos cuadros. Tuvo un extraordinario y rápido desarrollo con motivo del movimiento francés de mayo del 1968.

Al finalizar la II Guerra Mundial la Revolución Soviética se había convertido con Stalin en un régimen totalitario de capitalismo de Estado y de estilo tradicional zarista e imperialista. Con las llamadas Democracias Populares de la Europa central (de Polonia a Bulgaria pasando por el norte de Alemania) y la victoria de Mao Tse-tung en China, el bloque comunista supuso un poderoso enemigo para el capitalismo del mundo occidental, que además extendía sus amenazas a través de los fuertes y activos partidos comunistas de Franciae Italia, héroes de la resistencia al nazi-fascismo.

La colaboración de los partidos socialistas con los partidos burgueses, ya prevista por Bernstein, forjó un “contrato social” por el que los primeros lograron una serie de reformas que mejoraban a la clase obrera a cambio de que no se aliaran con los comunistas para derrotar al Capital. Una consecuencia no menor de ese contrato fue la supervivencia de la democracia liberal como el régimen ideal frente a los derrotados fascismos (menos el español) y frente al comunismo totalitario. Los socialistas acabaron asignándole a Marx

la deriva antidemocrática del marxismo-leninismo y retornaron a llamarse socialdemócratas para distinguirse del denominado "socialismo real" comunista.

No habría que confundir a partir de ese momento una democracia *socialista* con una democracia *social.* No porque las democracias "populares" (pura redundancia) de partido único comunista fueran socialistas y democráticas, sino porque la socialdemocracia europea (incluso el laborismo británico, de base sindical) fue todo lo democrática que le permitió su respeto al capitalismo y todo lo social que éste aceptó como temporal mal menor De ahí su rechazo del marxismo y de su lucha de clases. La socialdemocracia alemana en el congreso de Bad Godesberg en 1959 o la española en el congreso extraordinario del PSOE de 1979, en el que fue reelegido Felipe González, declararon que sus partidos no eran marxistas.

La socialdemocracia gobernó en los Países Nórdicos de Europa, en Gran Bretaña, Alemania e Italia y fue fundamental en el proceso de la Unión Europea. Pero dos hechos históricos preludiaron su crisis actual: La rebelión juvenil de París en mayo de 1968 y la ruptura del contrato social sobre el llamado "Estado de Bienestar" o *Welfarestate* de los años cincuenta.

¡A las barricadas!

En los años 60 del pasado siglo emergió en las universidades de California una cultura *hippy* que se define como contracultural, contestataria y anticapitalista... Sus movimientos presentan un regreso a la vida con rechazo al falso progreso del consumismo de la sociedad industrial y a los demás patrones del capitalismo. Un nuevo modelo se ofrece a las nuevas generaciones. Por primera vez aparece un nuevo sujeto político: la juventud. Alejada de la política convencional y capaz de imaginar, con su lucha, una sociedad más igualitaria. Lo nuevo va a ser que los estudiantes asumen su responsabilidad sobre el estado de cosas en el mundo y exigen un cambio hacia un mundo libre, sin autoritarismos, igualitario sin dominación.

La movilización estudiantil de la Universidad de Berkeley es una protesta unánime por la guerra de EEUU en Vietnam. Nuevos hechos, como el asesinato del líder negro antirracista Luther King, aumenta la resistencia contra el poder y a favor de los derechos civiles. En Los Angeles, tras los disturbios raciales de 1965, en marzo de1968, los estudiantes piden un mayor reconocimiento de la cultura mexicoamericana y abren la puerta del movimiento chicano. El 5 de junio de ese año es asesinado Robert Kennedy, único candidato a la Presidencia con aura de conectar a los jóvenes rebeldes con el sistema. El gobernador ultraconservador de California, Ronald Reagan, se preparaba ya para ser el futuro presidente y liderar, con su amiga Thatcher, su contrarrevolución neoliberal.

En los primeros días de mayo del 68, las universidades de París (Nanterre y La Sorbona) se enfrentaron a la policía tras protestar por la separación de sexos en las residencias de estudiantes. Una causa aparentemente anodina supuso el comienzo de una insurrección en toda Francia de sus discentes, apoyados por muchos profesores, artistas, periodistas e intelectuales y jóvenes que convergían en una rebelión antiautoritaria, a la que se

añadieron los sindicatos obreros en una huelga general de dimensiones inéditas. Alguien la comparó con la Commune de Paris de 1871, la revolución de 1848, y el Frente Popular de 1936.

La tendencia marxista de gran parte de los jóvenes era evidente. Rechazaban que las universidades fueran fábricas de gestores del capitalismo. Pero la posición contraria del PC francés, que califico de *gauchiste* la revuelta y de ajena a la lucha de clases, los llevó a buscar en las "herejías" del comunismo (sobre todo, el trotskismo y el maoísmo) la estrategia para convertir su rebelión en revolución mundial.

El resultado fue una proliferación de grupos corpusculares, basados en la lectura de Marx, Rosa Luxemburg, Lenin, Mao o Che Guevara, que multiplicaría su incapacidad para una acción eficaz y su tendencia a acusarse recíprocamente de "herejes". Olvidaron que Lenin había tachado el "izquierdismo" de "enfermedad infantil del comunismo". Algunos de esos corpúsculos tuvieron influencia en la España del tardo-franquismo y primeros años de la transición democrática. En 1968 se crea el Partido del Trabajo (PTE), en 1970 la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y el Movimiento Comunista (MC), que en 1968 se renueva después de su fusión con otros grupos.

En agosto de aquel mismo año, la invasión de Checoeslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia puso de relieve que la rebeldía contra el autoritarismo, el dogmatismo y el imperialismo también había prendido en la llamada "Primavera de Praga", pretendido experimento de un socialismo democrático, que acabó de desprestigiar a los comunistas europeos. El PRI (Partido Revolucionario Institucional) (¿?) de México aplastó la revuelta universitaria de dos meses antes, con más de doscientos muertos. La experiencia iniciada en Berkeley se hizo histórica en París y acabo en trágico fracaso en Praga y en Ciudad de México. Pero supuso un cambio trascendental en la mentalidad de las sociedades capitalistas. Aquel mayo del 68 abrió puertas y ventanas al Mundo.

Representó el origen del movimiento feminista y del ecologismo. Se inició la crítica al patriarcado y a las élites. Los movimientos homosexuales y el reconocimiento de la diversidad sexual surgieron del rechazo a las relaciones sociales subordinadas que se suponían naturales, pero que eran fruto de la cultura burguesa dominante. Se reconoció el valor de las minorías fueran las que fueran. Se fortaleció el sentido de la libertad, de la democracia y del pluralismo. La ciencia y el conocimiento debían servir a las personas más que al beneficio económico del capital. Se rechazó la docencia magistral y se instauro la dialogada. Si Marx había dicho que el objetivo era cambiar el mundo, ahora el nuevo proyecto, como dijera el poeta francés Rimbaud, era cambiar la vida. Sin embargo, la vida ya había cambiado en sus aspectos económicos gracias al contrato del capital con la socialdemocracia.

El *boom* demográfico de la postguerra generó una superpoblación joven que los centros de estudio fueron incapaces de absorber Se dio el paso de una sociedad eminentemente rural a otra urbana. El ritmo de crecimiento económico de las sociedades occidentales fue el mayor de su historia. En esas circunstancias de relativa opulencia ¿cómo se explica la rebelión de los estudiantes, unos privilegiados del sistema?

Justo porque lo eran y sus estudios les permitieron conocer la realidad mundial, reaccionaron con la ética y la radicalidad naturales de su edad. Con su rebelión social lograron que unos valores humanos que se estaban agostando en una sociedad de la opulencia brotaran de nuevo y no se perdieran para siempre. La mejor prueba la tendríamos en los futuros movimientos de globalización anticapitalista.

La crítica conservadora ha visto siempre, en este medio siglo transcurrido desde 1968, los aspectos negativos del espíritu revolucionario que animó a los estudiantes: su destrucción de las jerarquías, de las tradiciones, de las normas sociales, del respeto a los símbolos nacionales. Condenan su individualismo y hedonismo, su estar por encima del bien y del mal, afirmar que el capitalismo

agrava las desigualdades y provoca crisis financieras, etc. Se les considera desagradecidos, frívolos e inconsecuentes con su estatus social, al que debían todo y que, sin embargo, quisieron destruir.

Es muy lógica esta crítica conservadora. Incluso se podría ir más lejos, criticando la progresiva adaptación de esa generación revolucionaria al sistema por ellos rechazado. La revolución no existió y la rebelión duró unos meses. Después todo tornó a ser igual y muchos de los “sesentayochistas” se colocaron, por mérito de su talento e imaginación creadora, en puestos de responsabilidad dentro de la élite gestora antes combatida. Pero lo que esta crítica demuestra es la hipocresía típica del poder conservador. Porque, como siempre, el capitalismo supo entender que aquella revuelta estudiantil, rápidamente abortada, aunque mejoró el salario obrero y, a larga, hizo dimitir al Presidente De Gaulle, era una bomba explosiva con efecto retardado.

Para evitarlo, el sistema ideó y puso en marcha nada menos que la contrarrevolución neoliberal de los años 70, de la cual ya hemos hablado.

Regis Debray, que fue compañero de armas del Che Guevara en su guerrilla boliviana y después consejero del socialista Mitterrand, fue el primero en sugerir en los años 70 que mayo del 68 pudo ser “un ardid del capital” para liquidar “las dos religiones solidarias y en competición que eran la nación y el proletariado”. Tanto si lo fue como si no, la contrarrevolución conservadora estrenaba la nueva fase histórica de la lucha contra la clase obrera y sus aliados con esta frase, repetida por los estudiantes durante el mayo del 68: “¡No hay alternativa!”.

Confirmaron el temor del capital su necesidad de prever nuevos escenarios ocupados por la intoxicación del 68 francés: los movimientos obreros de nuevo cuño que se prolongaron todo el decenio siguiente. Fue un movimiento centrado en la fábrica, que inventa formas nuevas: asambleas de fábrica, elección directa de los jurados de empresa, ocupación de talleres y centros de trabajo, huelgas “salvajes”. La patronal tuvo que acudir a la intervención de

la policía pero también los Gobiernos se vieron impugnados. Del otoño del 69 al abril de 1977, en la mayoría de países de "capitalismo avanzado" (Alemania, Italia, EEUU...) se producen conflictos sociales reivindicativos. El *obrero masa,* calificado así por estar ligado al trabajo en cadena (como el de Chaplin en *Tiempos Modernos)* se convierte en el símbolo de la lucha contra el sistema de producción, así como de las exigencias obreras a una mayor igualdad laboral y social.

Por otro lado, la experiencia del 68 amplió la popularidad del himno anarquista "¡A las barricadas!". Las calles y las plazas no fueron solo lugar de manifestaciones, sino que se convirtieron en muros de contención de las fuerzas del orden "burgués" como en los tiempos de la Primera Internacional. De ahí, la idea anarquizante de que las elecciones no eran el único ni el mejor medio de hacer política. De ahí las practicas extraparlamentarias que ponían en duda la eficacia de una política anticapitalista.

Las políticas anticapitalistas correspondían, vistos sus programas, a los partidos socialdemócratas, que habían colaborado con los potentados en crear la creencia en el *Welfarestate*. La esperanza en ellas duró veinte años. Pero cayó el muro de Berlín por los errores del poder comunista y la paciente guerra de desgaste llevada a cabo por los Estados Unidos. El marxismo ya no tenía ningún prestigio y los partidos comunistas europeos fueron evolucionando hasta ser unos socialdemócratas más.

El capital, victorioso, tras su contrarrevolución neoliberal, solo esperó a que la socialdemocracia, sin saber qué hacer, se volviera también social-liberal, como el alemán Schroeder, el inglés Tony Blair, el español Felipe González o el italiano Craxi.

Pero los que aspiraban a cambiar el mundo y su vida siguieron enfrentados a un desasosegante dilema: o no había alternativa al capitalismo o no había otra alternativa que la capitalista: la nueva era de su mundialización. O adaptarse a ella o morir. A los más pesimistas solo se les ocurrió que, a punto de perecer la Tierra por el poder destructor de los capitalistas, éstos ya habrían fabricado

robóticamente la aeronave espacial que había de salvarles en algún otro planeta. Aquellos desgraciados que fueran escogidos como futuros trabajadores de su confianza, (dóciles, cobardes y serviles) podrían también subir, a cambio de creer en las promesas de sus amos. El siglo XXI comenzaba con un Mundo excluyente, con un pensamiento único y con una idea de la Revolución como algo pasado de moda. ¿Se acabó la Historia?

De la España de Franco a la del PSOE

España era, al final de su más cruenta guerra civil, de tres años, un país de hambrientos y lisiados. Las grandes ciudades, bombardeadas y en gran parte destruidas, tuvieron que acoger olas de emigrantes del medio rural. Los vencedores militares, promotores el año 1936 de un golpe de Estado contra la República democrática de 1931, instauraron la dictadura personal del General Franco y sometieron a los vencidos a la más cruel represión durante muchos años. Al exilio marchó, junto a los mejores intelectuales, una amplia población republicana derrotada. Los combatientes más decididos se incorporaron a la resistencia francesa contra el invasor nazi, prosiguiendo así su anterior combate contra los aliados de Franco. Los partidos de izquierda se enfrentaron entre sí sobre cuál era el principal responsable del fracaso bélico, pero éste lo fue por su mutuo enfrentamiento durante la guerra. El PSOE estaba dividido desde hacía tiempo entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios. Los comunistas, aliados con los primeros, rivalizaron con los trotskistas y combatieron a los anarquistas. Una vez más, la izquierda se mostraba desunida frente a la férrea unidad de los intereses de la derecha conservadora, que no dudó en promover un golpe militar que defendiera su hegemonía secular en nuestro país.

Acabada la II guerra Mundial, el Gobierno republicano en el exilio confió en que las democracias vencedoras del nazi-fascismo provocarían la caída del Dictador. Pero el anticomunismo de Franco las convenció de que tan necesario era ahora, en que se iniciaba una larga pugna con la URSS, como lo fue cuando las Brigadas Internacionales marxistas intervinieron en defensa de la República. Con todo, múltiples exiliados, comunistas o anarquistas, se unieron en grupos guerrilleros para actuar en diversos puntos de la nación. En zonas montañosas o fronterizas, pero también en ciudades populosas. Duraron cerca de una década y fueron sistemáticamente exterminados por la Guardia Civil. El que prosiguió en su acción en

el interior contra la dictadura fue el partido comunista, que también sufrió el desmantelamiento de sus organizaciones locales.

La clase obrera, aparte de padecer las consecuencias de la guerra perdida y de la represión penal, tuvo que someterse a la sindicación única y estatal: el llamado "sindicato vertical", integrado por patronos, burócratas del Régimen y *productores,* nuevo apelativo capitalista que sustituía al nombre de obrero, que resultaba "marxista". En los primeros años 50, los salarios, las condiciones de vida, la vivienda en chabolas del extrarradio, provocaron tímidas manifestaciones de protesta que se fueron ampliando y extendiendo pese a la intervención policial. El Régimen franquista le hacía la propaganda gratis al PCE por atribuirle en todos los casos su autoría. Más difícil lo tuvo al comprobar que se sumaban a las huelgas y algaradas jóvenes obreros de la HOAC o la JOC, grupos católicos que dependían de la organización eclesial. Fue precisamente entre 1956 y 1958 cuando un grupo cristiano de formación universitaria fundó el Frente de Liberación Popular (FLP), el "Felipe", primera organización socialista revolucionaria de la clandestinidad, que pronto amplió su inspiración religiosa para integrarla en un marxismo no dogmático y que rechazaba tanto el comunismo soviético como la socialdemocracia. Tenía una base estudiantil importante y en el mundo laboral de Catalunya llegó a controlar las Comisiones Obreras en rivalidad con el PSUC (comunista). Sus análisis del capitalismo español, de la lucha de clases y de la estrategia a seguir para acabar con la Dictadura y construir la sociedad socialista partían del Marx más genuino, acompañado de Kautsky y Rosa Luxemburg. En su primera etapa se sintió cerca del castrismo y los movimientos de emancipación del llamado Tercer Mundo y su modelo de referencia era el socialismo autogestionario yugoslavo. En la segunda y última, se inspiró en la adaptación del marxismo a un capitalismo avanzado por el PSU francés de Rocard y el PSIUP del italiano Lelio Basso. El influjo que tuvo en los estudiantes de Madrid y Barcelona el Mayo Francés activo la polémica interna entre marxistas de distintas tendencias y de común acuerdo entre ellas, el FLP se extinguió. Sus principales dirigentes fundaron nuevos grupos o se integraron en los que

surgieron de las escisiones comunistas. El núcleo fundador del FOC se convertiría en el elemento clave del futuro Partit dels Socialistes de Catalunya en 1977 y algunos de sus militantes llegaron a figurar en los gobiernos del PSOE a partir de 1982.

La versión “oficial” de lo que fue la transición española a la democracia suele darle la máxima importancia al acuerdo, pacto o consenso que la hizo posible entre los reformistas de la dictadura y los partidos demócratas en la clandestinidad, que aspiraban teóricamente a una ruptura total con el régimen anterior, incluido el castigo de sus desmanes y la reparación de sus víctimas.

Dicha versión olvida, además, por qué era necesario un cambio político inmediato. La creciente vinculación, en los años 70, económica y militar, al capitalismo euroamericano hizo que a éste le preocupara la futura democratización de una España cuya clase trabajadora amenazaba, con paros, huelgas y otros instrumentos de lucha social, la estabilidad del sistema en un país con bases militares norteamericanas y un capital mostrenco que necesitaba ser admitido en el Mercado Común. Era preciso un control de la situación. de Estados Unidos y Alemania se aseguraron que nuestro país no se contagiaría de la revolución portuguesa de abril de 1974, protagonizada por los militares anticoloniales y los partidos de izquierda (PSP y PCP) y que se frustró a partir de 1975 por la injerencia extranjera.

El enfrentamiento popular con el *bunker* neofranquista, exigiendo democracia y no reformas *lifting* del Régimen, forzó una negociación entre los reformistas de éste y la oposición, que formaban los nacionalistas catalanes y vascos y los partidos de izquierda (PSOE y PCE), los cuales frenaron la radicalización popular con el espantajo de los “poderes fácticos” militares. De dicha negociación se llegó a los Pactos de La Moncloa en octubre de 1977, en los que no estuvieron presentes los sindicatos, pero que éstos aceptaron obligados por los partidos que decían ser obreros. En el marco del cambio de ciclo económico internacional, provocado por la crisis del petróleo de 1973, se instauró una política de rentas anti salarial.

Conseguida la estabilidad social por este lado, el otro fue redactar una Constitución que en el mejor de los casos resultó mínimamente de inspiración socialdemócrata, pese a la continua oposición de franquistas y reformistas convertidos al constitucionalismo democrático. Legalizado el PC de Carrillo y abandonado el marxismo por el PSOE, el capitalista hispano respiró tranquilo, el franquismo no fue penalizado y la economía hubo de recomponerse a costa de los sindicatos (CCOO y UGT) que más habían combatido en pro de las necesidades de la clase obrera. So pretexto de las autonomías vasca y catalana, de los criminales atentados de ETA y de la legalización del Partido Comunista, el franquismo dio un golpe militar el 23 de febrero de 1981. El país reaccionó y en 1982 votó mayoritariamente al PSOE, el gran derrotado de la Guerra de 1936.

El PSOE no llegó al Gobierno para realizar reformas socialistas, sino para "modernizar" el país. La modernidad consistía en que el crecimiento económico dependiera del libre mercado, base de una sociedad de la abundancia. Dado por hecho el voto seguro de la clase obrera, su prioridad fue una clase media, a la que se le ofrecía la posibilidad de enriquecerse. La redistribución de la riqueza, como panacea de la injusticia social, se posponía hasta que aquélla se alcanzara. En frase de Felipe González: "Para repartir la tarta, primero hay que hacerla crecer". Se incrementó el gasto público, pero la contención salarial y el nuevo sistema fiscal, que gravaba las rentas salariales, conllevó la caída de estas hasta 1986.

Se pasó de una economía industrial a la de servicios (la famosa *reconversión*), con lo que el paro alcanzó a tres millones de desempleados. Los ajustes aplicados sobre la economía para aproximarla a la Comunidad Económica Europea en 1986 produjeron una precarización extrema. En vez de modernizar nuestro sistema productivo, se entró en la CEE compitiendo en costes y salarios. Los sueldos se estancaron por el imparable encarecimiento de la vida. La gente lo pasaba mal, mientras el ministro de Economía se jactaba de que "España era el país donde era más fácil hacerse rico". Los beneficios de las empresas se duplicaron en 1987, los de la Banca crecieron el 45%. Los

capitalistas estaban encantados de que gobernaran los temidos socialistas.

Como recuerda Xavier Domènech, la capacidad de respuesta de los trabajadores parecía totalmente mermada, integrados ya en el nuevo contrato social de la “modernidad”, pero no fue así... El aviso llegó con la movilización estudiantil de los institutos de las zonas más populares, que duró dos años (1986-87) y se confirmó en el éxito de la huelga general del 14 de diciembre de 1988, que supuso un duro golpe para el gobierno del PSOE porque paró literalmente toda España, incluida TVE. El éxito se debió a la unión sin fisuras entre CCOO y UGT y a que estaba muy clara la derechización del Ejecutivo. Como ha recordado treinta años después el ugetista Zufiaur: “El Gobierno socialista tenía una deriva neoliberal desde que habíamos firmado el Acuerdo Económico y Social”.

La ruptura entre el PSOE de los ministros de Economía Boyer y Solchaga y el sindicato Unión General de Trabajadores, dirigido por Nicolás Redondo, rompió la arrolladora mayoría absoluta que el partido obtuvo por segunda y última vez. Desde entonces, según el sociólogo laboral Pere Beneyto “se ha perdido la capacidad de liderar la protesta social”. Habrían de transcurrir 30 años para que se produjeran unas grandes movilizaciones: la feminista y la de los pensionistas. En ellas los sindicatos casi no tuvieron protagonismo. Paradójicamente, los gobiernos socialistas agotaron la resistencia sindical porque, si bien pagaron una “deuda social” en sus últimos años de mandato con mejoras sociales, el proyecto económico, no ya socialdemócrata sino liberal, prosiguió, incluido el del presidente Zapatero. El exministro Solchaga diría: “En general, la política económica no cambió ni Europa nos lo hubiera permitido. En ese sentido, el 14-D fue pólvora gastada en nada”.

No es de extrañar, por tanto, que la nueva Derecha neoliberal, surgida del exministro franquista Manuel Fraga y conducida por el antiguo falangista José María Aznar, acabara derrotando en las urnas al PSOE tras catorce años de liberalismo económico. Es como si este partido hubiera puesto las bases de una derecha

“moderna”. Ya podían venir las privatizaciones de las empresas públicas, la concentración bancaria, la creación de una nueva elite de directivos empresariales y financieros que fueron socavando a las burguesías tradicionales de Catalunya y Euskadi. Fomentó la corrupción en el PP mediante la financiación ilegal de sus campañas electorales. En sus dos legislaturas, Aznar dio un ejemplo de autócrata antieuropeo y títere de los *neocon* norteamericanos. Se embarcó con Tony Blair y Bush Jr. en la invasión de Irak contra la opinión unánime de los españoles y les mintió atribuyendo a ETA el vengativo atentado islamista de Atocha. Por todo ello perdió las elecciones del 2004.

El ascenso del PSOE de nuevo al Gobierno en la persona de Rodríguez Zapatero forjó nuevas esperanzas democráticas y sociales tras las dos legislaturas del más burdo neoliberalismo. Los jóvenes le suplicaron “¡No nos falles!”. No falló en ampliar los derechos civiles y en acabar con el terrorismo etarra, pero nada del sistema económico varió y cuando se produjo la crisis financiera de 2008, no estaba preparado para hacerla frente, sino que él fue el que decidió los primeros recortes sociales y acabó cediendo a la presión capitalista europea forzando una reforma del artículo 135 de la Constitución que establecía el límite del gasto público en el proyecto de estabilidad neoliberal del déficit 0. Se eliminaba el déficit público como defensa contracíclica de la economía española y se aseguraba que el pago de los créditos para satisfacer la deuda pública tendría prioridad absoluta frente a cualquier necesidad social, como las pensiones o la sanidad.

La reforma la pactó Zapatero personalmente con el líder del PP, Mariano Rajoy, sin consultar al PSOE. El artículo 9 de la Constitución, que obliga al poder público a “remover los obstáculos que impidan o dificulten (...) que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas”, quedaba derogado de facto. La Constitución dejaba de ser socialdemócrata para tornarse neoliberal de un plumazo.

Zapatero anticipo las elecciones generales a noviembre de 2011 y el PSOE obtuvo el resultado peor de su historia desde 1977. El PP de Mariano Rajoy obtuvo una holgada mayoría absoluta en las Cortes y el 45% del sufragio frente al 29% del PSOE. ¿Cómo fue posible que los votantes, al ejercer su protesta contra los socialistas, incurrieran en el enorme error de votar al PP después de las dos legislaturas de Aznar?: Rajoy le pareció a la ciudadanía más capaz de enfrentarse a la crisis de 2008 y olvidó la dictadura de Aznar y su Ley del Suelo, que liberalizó el mercado inmobiliario, autor de la famosa “burbuja”, cuya explosión hizo más dura la crisis financiera. La gente de este país ha creído que la Derecha maneja la economía mejor que la Izquierda porque por algo es lo suyo. La economía ha sido siempre suya. Y el PP de Rajoy, mientras éste mandó hasta la moción de censura que le apartó del poder, prosiguió la política iniciada por los socialistas con mayor dureza, con igual desprecio por la oposición que Aznar y ocultando, a sabiendas, toda la corrupción fomentada por éste. Pero el 15 de mayo de 2011 llegaron miles de jóvenes a la madrileña Puerta del Sol y mandaron parar.

“¡No es una crisis, es el Sistema!”

En el año 2011, la economía española estaba en la segunda recesión dentro de la gran recesión del 2008. El paro superaba el 22% y el paro juvenil el 47%. El Estado del Bienestar sufría recortes muy amplios en educación, sanidad, pensiones, seguro de desempleo, etc. Y desde mayo del 68 y los movimientos antiglobalización, la juventud no había sido protagonista de los cambios políticos. En España, medio siglo después, el movimiento del 15-M impresionó a medio Mundo.

Una semana antes de las elecciones municipales, un pequeño grupo de activistas, que se autodenominó “Democracia Real Ya” convocó una manifestación y redactó un Manifiesto en el que, entre otras cosas, se decía que “Somos personas normales y corrientes, somos, como tú, gente que se levanta por la mañana para trabajar o para buscar trabajo; que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean. Sin embargo, en este país la mayor parte de la clase política ni siquiera nos escucha. Sus funciones debieran ser las de llevar nuestra voz a las instituciones procurando el mayor beneficio para el grueso de la sociedad, no la de enriquecerse y medrar a nuestra costa, atendiendo tan solo a los dictados de los grandes poderes económicos y aferrándose al poder a través de una dictadura partitocrática. Somos personas, no productos del mercado...”

La manifestación, que fue ignorada por los medios de comunicación acostumbrados, se multiplicó por las redes sociales y miles de jóvenes salieron a las calles y plazas de las ciudades principales. En Madrid, algunos manifestantes se emplazaron en la Puerta del Sol y debatieron bajo el lema “Democracia Real Ya”. Comunicaron su debate por *twitter* (agitación, en inglés) y aparecieron miles de jóvenes dispuestos a acampar.

Al día siguiente, en Barcelona, había sido convocado el bloqueo de accesos al Parlament de Catalunya, el cual debía debatir los

presupuestos más restrictivos de la historia de la Generalitat. El President Mas tuvo que entrar en el recinto por helicóptero. Ante su amenaza de disolverlos por las fuerzas del orden, la manifestación se trasladó a Plaza de Sant Jaume, sede del Govern. Los antidisturbios cargaron sobre la muchachada con una desatada violencia.

La ocupación de plazas ciudadanas duró, con múltiples convocatorias, hasta el mes de julio. Sus partícipes escogieron adjetivarse "Indignados" en homenaje al panfleto de Stephane Hessel, "Indignaos", conocido por su edición de millones de ejemplares.

El movimiento se extendió a otras ciudades y hubo marchas de apoyo en toda España que confluyeron en la capital del reino el 22 de julio. Al final del verano se protestó ante el Congreso de los Diputados al grito de "¡No nos representan!". La prensa y la radiotelevisión mundial se hicieron eco del inédito ejemplo de los Indignados. "Spanish revolution" fue el lema más repetido. El primer mimetismo fue, de modo muy simbólico, el norteamericano. El 17 de septiembre, aniversario de la Constitución, miles de personas secundaron la consigna "¡Ocupad Wall Street!" para mostrar que había que recuperar la democracia de las garras del dinero. La extensión mundial del 15-M se produjo el 15 de octubre con movimientos de ocupación de calles y plazas de millones de ciudadanos en mil ciudades de 82 países, que reivindicaban democracia genuina y justicia social bajo el emblema "¡Unidos por un cambio global!" La profesora Cristina Monge ha resumido el proceso de este intento de renovación política y social de España en una serie de etapas:

1ª Gestación: del 20 de febrero al 15 de mayo de 2011:

Un movimiento social que se define como apartidista, asindical, pacífico y sin ideología fija, pero no apolítico, tiene una proyección importante a través de las redes sociales.

2ª De las redes a las plazas: del 16 de mayo al 19 de junio de 2011:

Las manifestaciones se convierten en acampadas permanentes en plazas emblemáticas de las principales ciudades. Lo coyuntural se transforma en estructural. Se debate sobre una profusión de cuestiones económicas, sociales y políticas.

3ª De las plazas a las asambleas: del 20 de junio al 16 de septiembre de 2011: La acción se traslada a pueblos y barrios urbanos que celebran asambleas. Manifestaciones contra la reforma casi clandestina del artículo 135 CE., sobre el déficit público y el pago de la deuda.

4ª Globalización de la protesta: del 17 de septiembre al 15 de octubre de 2011:

El 15-M se sumó a las marchas convocadas por los sindicatos de clase, a las que se unieron otras organizaciones sociales. Se pidió una consulta popular sobre el principio de estabilidad presupuestaria y la prevalencia de la deuda pública sobre las necesidades sociales. En todos los casos se ignoró a los partidos, se desconfió de los medios informativos, no se reconoció ningún liderazgo y se hizo depender todo de las redes sociales y de las asambleas locales. El 15 de octubre, como ya hemos dicho, funcionó la red mundial de movimientos de ocupación: “¡Unidos por un cambio global!”.

5ª La transformación: del 16 de octubre en adelante.

Siguieron poniéndose en marcha plataformas, asociaciones, cooperativas y los primeros proyectos políticos. Poco a poco surgieron gentes nuevas, desconocidas por el gran público, que asumieron con prudencia la representatividad del 15-M.

En palabras de la profesora Monge: “El 15-M supuso el redescubrimiento de la acción colectiva y del derecho a la resistencia”.

Según el profesor y sociólogo francés Alain Touraine, un movimiento social se define a partir de tres principios: su identidad, su adversario y el modelo social que pretende. Cuando se habla en general de los movimientos antiglobalización, se está obviando lo más importante de ellos: que los más numerosos no están en contra de una sociedad global en red, sino, precisamente, contra el monopolio de dicha red por una élite dominante. Por dicha razón, esos movimientos propusieron una definición más exacta: movimientos antiglobalización *capitalista*. La primera manifestación importante de este movimiento de antiglobalización capitalista se produjo en Seattle (USA) el 30 de noviembre de 1999, con la presencia de decenas de miles participantes. Tras ella siguieron produciéndose en todo el Mundo, coincidentes con las reuniones de alguna de las instituciones políticas que dirigían el proceso globalizador capitalista (Washington, Praga, Niza, Quebec, Barcelona, Génova…). Su lema más repetido era "¡No a la globalización sin representación!". Habría que hablar, a partir de ese momento, de un verdadero movimiento de combate global contra el capitalismo como sistema de dominación mundial y contra las instituciones globales antidemocráticas que dan su apoyo o favorecen a los intereses corporativos capitalistas. Ya no se trata de manifestaciones masivas, sino de toda una red conectada a cada punto geográfico en lucha. En tal sentido, el movimiento de los Indignados españoles, iniciado en la madrileña Puerta del Sol, tuvo una repercusión mundial y movilizó a su vez a multitud de grupos anticapitalistas, que lo calificaron clamorosamente como una verdadera revolución.

TERCERA PARTE

¡Sí se puede! Las raíces de Podemos

Primero fueron cinco amigos. Cuatro eran profesores de Ciencia política y el quinto, de Filosofía. Todos ellos enseñaban en la Universidad Complutense de Madrid. Sus nombres: Pablo Iglesias, Iñigo Errejón, Juan Carlos Monedero, Carolina Bescansa y Luis Alegre.

No solo daban clase. También charlaban con los alumnos, les pasaban libros y revistas y les animaban a que expresaran en acciones de protesta sus sentimientos justicieros contra las desigualdades e injusticias en el Mundo y, por tanto, en la sociedad española. Junto con varios estudiantes fundaron un pequeño grupo contestatario llamado Asociación Contrapoder, cuyas acciones dentro de la "Fakul" fueron muy sonadas, entre ellas, leerle un manifiesto a una diputada de derechas, invitada a protagonizar un acto de propaganda en la Facultad. El texto era toda una declaración de guerra: "El movimiento obrero es nuestro principal referente (...) el anarquismo y el comunismo son las fuentes de las que bebemos (...) la lucha de clases sigue siendo la fuerza motriz de la Historia, así como de los conflictos que sacuden el tronco capitalista".

Los dirigentes de Contrapoder trabajaban también en el campo de una politología basada en el análisis de la realidad social y de aquellas experiencias que intentaban cambiar las cosas porque creían, como Marx, que el trabajo de un profesor no es describir la realidad, sino enseñar a los alumnos a cambiarla partiendo del principio de que "otro Mundo es posible". De ahí que sus respectivas tesis doctorales versaran sobre dichas experiencias de cambio.

Pablo Iglesias viajó becado con un Erasmus a la Universidad de Bolonia (Italia). Estudio la crisis del PCI y los grupos radicales a su izquierda. Conoció la obra de los teóricos y agitadores marxistas Gramsci y Negri.

Miembro de la sección española del Movimiento de resistencia Global (MRG), acudió a los lugares de protesta (Génova, Praga) como activista. Su tesis llevó por título “Multitud y acción colectiva postnacional. Un estudio comparado de los desobedientes: de Italia a Madrid (2000-2005).

Juan Carlos Monedero pertenecía, como Iglesias, a la llamada Promotora de Pensamiento Crítico. Esta se relacionaba con la Fundación CEPS (Centro de Estudios Políticos y Sociales) promovido desde 1993 por profesores de Derecho de Valencia. Los expertos de esta entidad eran asesores de los gobiernos progresistas de Hispanoamérica. Monedero, formado en Alemania, fue nombrado responsable de formación del Centro Internacional Miranda de Caracas, realizó informes y estudios sobre la realidad social venezolana y llegó a ser asesor personal del presidente Hugo Chaves.

Iñigo Errejón fue a Bolivia para estudiar la revolución del indigenismo de Evo Morales entre 2006 y 2009. Su tesis, leída en 2012, versaba sobre el proceso de transición al socialismo en Bolivia y se titulaba *La lucha por la hegemonía durante el primer gobierno del MAS en Bolivia* y su metodología, inspirada en el italiano Gramsci, era matizada por influencia del teórico argentino Ernesto Laclau.

El trío formado por los futuros fundadores y dirigentes de Podemos, Iglesias, Errejón y Monedero, estaba convencido de que, si alguna experiencia de cambio político superaba la crisis de la izquierda europea y española, esa era la de los regímenes progresistas sudamericanos. La Europa de los años 70 vivió la violencia desatada de grupos terroristas como las Baader Meinhof (Alemania), las Brigadas Rojas (Italia) o el GRAPO (España) ante la inoperancia de los partidos eurocomunistas: Todos fracasaron. Tampoco tuvo éxito la dinámica de Porto Alegre (Brasil), impulsada por el sociólogo Sousa Santos, que puso en marcha el Foro Social Mundial en 2001. Un proyecto pacífico y solidario que acabó desapareciendo por ineficaz. Errejón concluyó que si Europa se

estaba latinoamericanizando, en el sentido de “ofensiva oligárquica, empobrecimiento y desprecio de las élites por el pueblo”, había llegado el momento de aplicar las experiencias de cambio, pacífico pero drástico, de Latinoamérica a Europa.

Una idea que caló muy pronto en la terna de amigos profesores y activistas fue la de *hegemonía,* tomada del marxista Gramsci, pero que ya Maquiavelo hubiera identificado con su frase “gobernar es hacer creer”. No hay cambio posible si antes no cambia la mentalidad de la gente. El combate se produce ante todo en el campo del pensamiento, de las ideas. Si la neoliberal Thatcher pretendía “cambiar el alma”, estaba definiendo con su ideología lo que hacía creer a 1os ingleses…

Si la actual estrategia capitalista consigue seducir sin necesidad de la violencia de las fuerzas del orden se debe a que es hegemónica. Y lo es porque ha logrado que su lenguaje sea el de toda la población. Se trata, pues, de un engaño consentido o forzado por la falta de conciencia del engañado. Mariano Rajoy afirmaba que sus políticas eran las únicas de “sentido común”. Las políticas alternativas a las suyas eran imposibles. Como dijo la Premier británica: “No hay alternativa”.

La televisión como arma arrojadiza

Si la hegemonía es la dominación de las ideas, combatirla es utilizar las mismas armas de “hacer creer” del capitalismo para comunicar a toda la sociedad otras ideas contrarias a las hegemónicas. La política es comunicación y el lenguaje de ésta es el más significante del enfrentamiento político. El dominio de los sistemas de comunicación de masas le da al capital la fórmula para mantener su poder dominante. Por lo tanto, desde esos medios hay que comenzar el asalto a la ideología capitalista. ¿Cuál era, en la España de 2010 el medio que podía llegar a todos los españoles? Sin ninguna duda, la televisión.

Para Pablo Iglesias, “la televisión es a la política contemporánea lo que la pólvora fue a la guerra”. Si se lograse tener una televisión para difundir los mensajes de una política anti hegemónica se podría retar a aquellos medios que están al servicio venal de los poderosos. En aplicación de esta estrategia, se constituyó un equipo presidido por Iglesias que consiguió, tras varios proyectos frustrantes, crear una asociación cultural sin ánimo de lucro cuyo nombre era “Producciones Con Mano Izquierda”. El programa televisivo que tuvo más éxito y difusión fue “La Tuerka”, un arma arrojadiza contra el sistema imperante. La popularidad que alcanzó Pablo con su estilo polémico, la actualidad social más discutida y su lenguaje clarificador de conceptos abstractos habituales (democracia, libertad, patria, pueblo, etc.) le permitió intervenir en otros programas de opinión radicalmente contrarios al suyo, como los del grupo de ultraderecha “Intereconomía”. El éxito le acompañó hasta el punto que las cadenas de televisión pugnaban porque acudiera a sus debates.

Era un reclamo para la gente, que iba conociendo su libertad, su audacia y la claridad de sus denuncias, protestas y soluciones eficaces a los problemas diarios de la gente, que el gobierno del PP ocultaba con su lenguaje eufemístico.

El “Coletas”, como le conocía mucho televidente por su aspecto físico, se convirtió en un personaje público novedoso que “daba caña a los fachas” a través de la televisión. Como ha escrito José Ignacio Torreblanca: “Podemos es un partido político que se funda como plató de televisión. Podemos se fundó como una televisión, y luego la televisión fundó a Podemos”. La afirmación es puramente metafórica pero correcta. Se vio cuando Iglesias encabezó la candidatura para las elecciones europeas de 2014. Tras muchas dudas sobre si suponía un exceso de personalismo que la imagen de Pablo figurase en las papeletas de voto, se decidió que sí, porque el votante sabría de sobras que era “el Coletas...” y le votaría.

“El Coletas” puso al fenómeno social del movimiento 11-J en el punto central de su oratoria televisiva.

Para él, se trataba de un movimiento que resumía toda la situación mundial que he descrito en la primera parte de este libro. El capitalismo neoliberal explotaba a toda la Humanidad, pero especialmente había logrado proletarizar a las clases medias de Occidente al crear un precariado laboral que, además de hundir la esperanza de un futuro positivo para las generaciones jóvenes, hacía casi imposible soportar el austericidio impuesto por políticas endeudadoras. En consecuencia, la democracia, que se basa en la libertad ciudadana, desaparecía. Los partidos políticos son una elite en forma de casta y no representan a la población. Se da, pues, la circunstancia típica de un estado de excepción. La crisis económica se ha convertido en una crisis política, en una crisis del régimen surgido en el 1978. Hay que iniciar una segunda Transición que construya un nuevo sistema en verdad democrático, representativo del pueblo, y que ponga las instituciones del Estado al servicio de la gente.

Sobre todo, hay que devolverle todo lo robado por los más ricos a los que han sido empobrecidos, que, como siempre, eran los más pobres. En ese mensaje, comunicado a todo el país por sus discursos televisivos, está contenido todo el futuro movimiento

Podemos como proyecto político. El 15M era un movimiento social, transversal y sin ideología. Había que convertirlo en política popular activa contra la casta y su falsa democracia capitalista neoliberal.

Podemos asalta la política española

El 17 de enero de 2014, en el teatro del barrio de Lavapiés (Madrid) se firmaba un manifiesto, “Mover Ficha”, cuyo subtítulo era clarísimo: “Convertir la indignación en cambio político”. La marca del grupo fundador fue “Podemos” y, por tanto, su grito político más lógico fue “¡Sí se puede!”.

El grupo de Izquierda Anticapitalista (IA) estuvo presente en el acto. Su precedente era “Espacio Alternativo”, formado por militantes de la antigua Liga Comunista Revolucionaria (trotskista), partidarios de que los sectores estratégicos de la economía (energía, comunicación, finanzas, etc.) estuvieran bajo control popular, colaborando con una economía comunitaria. También proponían un socialismo autogestionario.

Pablo Iglesias habló del “secuestro de la democracia y la destrucción de los derechos sociales”. “Somos de izquierda, pero queremos ir más allá”. Errejón afirmó que Podemos era un instrumento para romper el bloqueo político y la ausencia de fuerzas que representaran a los indignados del l5M.

Se decidió presentarse a las elecciones europeas del 25 de mayo y que Iglesias encabezara la candidatura.

Podemos se inscribió en el registro de partidos el 11 de marzo de 2014 y, contra todo pronóstico, consiguió cinco escaños en la Eurocámara. “El Coletas” obtuvo más de un millón de votos con el lema “Es la hora de la gente”. El bipartidismo tradicional vivió el peligro de desaparecer. Entre el PP y el PSOE sumaron solo el 49% de los votos. Iglesias dejo claro que “No nacimos para jugar un papel testimonial. Nacimos para ir a por todas”. ¿Qué quiso decir con eso?: “Echar a la *casta* y tener un gobierno decente”.

Un aspecto curioso del resultado de Podemos es que, según el sondeo post electoral del CIS, decían haber votado por Podemos un

12,7%, pero si la participación real fue de 45%, el sondeo daba el 63%. Lo cual sugiere que si Iglesias obtuvo el 8% de los votos, muchos votantes se alegraron tanto que desearon haber votado por él aunque no lo hubieran hecho.

Solo un mes tardó Podemos en pasar en los sondeos del 8% al 15%. En octubre, pasaba a ser el primero con el 22% y más tarde con el 28%. Algunas encuestas lo situaron como una posible primera fuerza en unas elecciones generales. Para Carolina Bescansa, la fémina del grupo fundador, las encuestas internas del joven partido ya auguraban tal resultado.

Según ella “Podemos no es la consecuencia del descontento, sino de la ruptura de los consensos básicos del régimen del 78”. Se refería al “contrato social” típico del neoliberalismo y una socialdemocracia domesticada. La crisis del bipartidismo, que se agrava meses después cuando surgió Ciudadanos (un “Podemos de derechas”, como lo calificó un conocido banquero) era obligada por el descrédito y el rechazo de los partidos turnantes en el gobierno de España. En 2014, el PP había cedido a los grandes poderes fácticos de la economía neoliberal todo lo que exigieron para rescatar sus pérdidas. Pero el PSOE había cedido antes. El primero, porque siempre estuvo de acuerdo con los poderosos. El segundo, porque había dejado de ser el partido de las clases populares para apostar por una nueva clase media, que ahora clamaba indignada el 15M.

Pero había que prepararse para el año siguiente: el 2015. Debía ser el Año del Cambio. Podemos no debía esperar más porque la circunstancia histórica no podía ser mejor, desde su visión de la realidad social. Las elecciones generales había que ganarlas para, como decía Marx, “cambiar el estado de cosas.”

¿Convergencias o partidos?

En la fundación de Podemos concurrieron activistas de las *mareas* blanca y verde (sanidad y educación), víctimas de los recortes de gasto público, delegados sindicales y representantes estudiantiles. Todos se preguntaban si el nuevo partido era un reto asumible por la formación Izquierda Unida (IU) y también como entender la aparente contradicción entre el éxito del 15M y la posterior mayoría absoluta obtenida por el PP de Mariano Rajoy del PP.

La respuesta a estos dos interrogantes la daría Iglesias basándose en la campaña gallega de octubre de 2012. El dirigente del Bloque Nacionalista Gallego (BNG), Xosé Manuel Beiras, gran amigo mío desde que le conocí en mi etapa de catedrático compostelano, abandonó su partido y fundó A Nova Irmandade Nacionalista (Anova). Se unió con una coalición llamada Alternativa Gallega de Esquerda, la cual incluía, a su vez, a Izquierda Unida en Galicia y a los ecologistas de Equo. Pablo Iglesias, que aún asesoraba a la dirección de IU, fue a observar el proyecto de Beiras y acabó colaborando con él. Podemos debía organizarse como Anova.

La coalición fue un éxito, pues logró el 14% en las elecciones autonómicas gallegas. El futuro de IU pasaría, a partir de entonces, por cambiar lo de “Izquierda Unida” (que, en realidad, no lo estaba) por “Unidos Podemos”. La estrategia de Iglesias y sus compañeros entendió bien que la base de cada formación política surgida de un movimiento de protesta social, tiene que ser forzosamente el correspondiente territorio, sobre todo, allí donde prosperan los grupos nacionalistas no independentistas. Por eso surgieron los grupos “podemos” en Galicia, Euskadi, Catalunya y Valencia, con autonomía, democracia interna y convergentes con otros grupos *nacionales* o regionales de orientación similar. Podemos sería la marca común. Los demás serían “franquicias” que reproducen en su seno la misma pluralidad inclusiva de la marca que les hace comunes. Pero, por la misma razón, las “franquicias” tendieron a

sentirse más confederadas que federadas, reclamando mayor autonomía en sus estrategias y futuras alianzas o pactos.

Esa pluralidad de fuerzas era como los brazos y piernas de un atleta que necesita de un cerebro y un sistema nervioso para lanzar su jabalina o correr los cien metros valla. La dirección política de Podemos se convirtió en un equipo de campaña compuesto por varias decenas de cuadros. Junto a esto se procedió a crear círculos sectoriales y territoriales, donde se debatía, se organizaba y se impulsaba todo tipo de actos, manifestaciones y debates sobre cuestiones prácticas.

La verdad es que Podemos carecía de una organización propia de partido. Era un movimiento ciudadano entusiasta, creador y original. Sus fundadores querían que las decisiones políticas más importantes se tomaran mediante participación ciudadana, pero eso requería algún tipo de reglamento. Responder al principio de la democracia, que era para Iglesias “empoderar” a la gente, había de ser compatible con todo un sistema de democracia interna que la proximidad de las elecciones generales hacía imposible. Este iba a ser uno de los problemas que acechaban a la nueva formación política: la contradicción entre pluralismo democrático y la unidad de gobierno.

El liderazgo en los llamados “populismos” unifica las voluntades del pueblo. La constante tentación de Podemos será en adelante hacer del liderazgo de Pablo Iglesias el máximo intérprete de la voluntad de los afiliados del partido. Pero esa tentación no pasa de ahí porque si las elecciones de 2015 las hubiese ganado Podemos, Iglesias, por muy líder que fuera o tuviera la presidencia del Gobierno, se vería sometido al sistema de control parlamentarlo vigente. A mayor abundamiento, el propio líder de Podemos escribió unos meses antes de los comicios: “Podemos no puede ser en las elecciones generales un partido más, sino un instrumento abierto a la participación y protagonismo de todos aquellos que apuesten por el cambio”.

Podemos se había inscrito como partido político “por imperativo legal”, pero aspiraba a ser lo que Miguel Urbán definiera como “método participativo”. Hay que tener en cuenta que la estructura logística del movimiento surge no solo del 15M, sino del ambiente social y político de Lavapiés, barrio madrileño donde se dan cita toda clase de encuentros, debates y manifestaciones reivindicativas en el seno multicultural y multirracial de una población superpolitizada. De Lavapiés surgieron grupos radicales como Juventud Sin Futuro, Espacio Alternativo o Izquierda Anticapitalista.

Fue precisamente Miguel Urbán, cabeza de cartel en las últimas elecciones generales, y séptimo en las europeas, quien puso nombre a Podemos. Su experiencia como activista social desde los catorce años y su implicación en el barrio, con su Librería Cooperativa Marabunta, fueron fundamentales para la nueva organización, basada en el modelo de comunicación más novedoso: La telefonía móvil y las redes sociales como instrumentos de participación política: dar la voz a las bases. Una aplicación móvil de votación llamada Appgree determinaba cuál de los cientos o miles de opiniones o propuestas tenían mayor interacción y popularidad dentro de un grupo. Se trataría de una “inteligencia colectiva” para votar, proponer leyes, iniciativas populares o revocar cargos del partido por el sistema online.

El punto de partida organizativo seguía siendo los *círculos*. Estos no tienen un espacio territorial delimitado y se comunican por internet. No requieren un número mínimo de participantes ni es preciso afiliación o DNI. Basta el nombre y una dirección de correo electrónico. Cada candidato de Podemos a las primarias tenía que contar con el aval de un círculo. Cada círculo solo podía presentar un máximo de tres candidatos con el requisito de la paridad absoluta: un hombre, una mujer.

La primera convocatoria de elecciones internas para constituir la estructura representativa del partido planteó la primera discrepancia entre los partidarios de un sistema de delegados en representación de los círculos y los fundadores de Podemos, que propusieron un

equipo de dirección de 25 miembros elegido por listas cerradas. Era un intento de que el asambleísmo hiper-democrático fuera equilibrado por una minoría directora y ejecutiva. Su justificación fue la “competencia técnica” y la necesidad de no contraponer democracia y eficacia.

La lista que encabezaba Pablo Iglesias obtuvo el 86% de los votos. Votaron por internet más de 55.000 personas Su vocación de líder fue reconocida incluso por muchos de los que exigían más democracia interna. Con este respaldo, Pablo supo rectificar algunas de sus propuestas iniciales e incluyó que Podemos estará obligado a hacer un referéndum vinculante si la iniciativa de un simpatizante consigue un apoyo significativo entre los afiliados. Asimismo, se suavizaron los requisitos para la revocación de un cargo orgánico y se rebajó la exigencia de avales para convocar un congreso extraordinario. En definitiva, las bases de Podemos lograron una libertad de iniciativa y un poder de control que aspiraba a la democratización interna del partido, más allá del procedimiento de elecciones primarias.

El documento fundacional de la organización del partido también se refirió al nivel territorial. Las comunidades autónomas, las islas y los municipios con más de 200 militantes contarían con una Asamblea Ciudadana, un Consejo Ejecutivo Ciudadano y una Secretaría general. Las asambleas municipales estarían sujetas a las autonómicas y estas a la Asamblea Ciudadana estatal. Los secretarios generales representantes de las 17 comunidades autónomas formarían parte del Consejo Ciudadano estatal. La función del Secretario General estatal y del referido Consejo es la de asegurar la coherencia y unidad del partido. Diez personas formarían el Comité de Garantías Democráticas, que sería elegido por los afiliados y simpatizantes de Podemos. Por último, existirá una especie de comité más restringido, llamado Consejo de Coordinación, que es un equipo compuesto de 10 a 15 personas, en las que se apoyará el Secretario General para sus funciones políticas y de coordinación. Será elegido por el Consejo Ciudadano a propuesta de aquél.

En la primera reunión del Consejo de Coordinación se decidió la estrategia frente a las próximas elecciones. Podemos no iría a las municipales con su marca por temor a listas que incluyan a rivales u oportunistas. La consigna para todos los círculos es que, desde ellos, se formaran candidaturas de “unidad popular”. En las 13 comunidades autónomas que celebraban comicios en 2015, la formación de Iglesias concurriría en solitario y con su marca. El verdadero objetivo de Podemos serían las elecciones generales de ese año, con la aspiración de un voto transversal. Tras ellas, se estudiarían las posibles alianzas post electorales. En cuanto al programa político, Iglesias se mostró más prudente que en las elecciones europeas. Fue encargado un documento económico a los economistas Juan Torres y Vicenç Navarro, este último, antiguo compañero mío en el Front Obrer de Catalunya.

En lugar de impago de la deuda pública, el documento plantea una reestructuración y la renegociación de ese débito. Se defiende una banca pública que garantice el crédito. La idea mantenida de una renta básica universal se reduce a una dotación de reinserción social para personas sin recursos. Se reformaría el Instituto de Crédito Oficial para que pudiese recibir dinero del Banco Central Europeo en igualdad de condiciones con la banca privada para que, entre otros fines, el crédito fluya entre las familias y las pequeñas y medianas empresas. En el campo laboral se eliminarían los incentivos a la contratación a tiempo parcial no voluntario, jornada laboral de 35 horas semanales; pensiones más altas y jubilación a los 65 años como hasta ahora, incrementos salariales y fortalecimiento de los sindicatos obreros. Reforma fiscal para que los ricos paguen más impuestos: Lucha contra el fraude que estos mismos ricos llevan a cabo mediante la evasión en paraísos fiscales.

Pablo Iglesias afirmó, en la presentación del documento de Torres y Navarro, que “Las propuestas que asumimos son las que hasta no hace mucho tiempo iba a asumir cualquier socialdemócrata, al menos hasta la llegada del ex primer ministro laborista británico Tony Blair”. ¿Podemos socialdemócrata? La prensa española festejó

con cierta sorna que el radicalismo revolucionario, anticapitalista y "utópico" del que pretendía acabar con la "casta" colaboracionista del PSOE, se había moderado para no asustar a los votantes y ocultar sus verdaderas intenciones subversivas y comunistas. Iglesias no se inmutó ante estos comentarios. Él mismo había dicho tiempo atrás en una entrevista para la británica *New Left Review* que "Reconocemos que no nos oponemos a una estrategia cuya finalidad sea la transición al socialismo, pero somos más modestos y adoptamos un planteamiento neokeynesiano, como la izquierda europea, exigiendo una mayor inversión, seguridad, derechos sociales y redistribución de la riqueza".

La ideología de Podemos

La ideología de Podemos es no tener ideología. Mejor dicho: oponerse a todas ellas, combatirlas. El profesor de Harvard, Daniel Bell, escribió: “La ideología hace innecesario que la gente se enfrente a cuestiones particulares por sus propios méritos. Basta que uno se dirija a la máquina expendedora ideológica y de allí surge una fórmula preparada. Y cuando esas creencias están salpicadas de fervor apocalíptico las ideas se convierten en armas con un resultado horroroso”. Es decir, la ideología es más una excusa para el dominio que un instrumento de transformación.

La última ideología inventada por el capitalismo es el populismo de Trump, Bolsonaro o Vox. Antes, la de Hitler, Mussolini y Franco. En la España postfranquista, la del Partido Popular de Fraga y Aznar, que acogió a la extrema derecha hasta que ésta se convirtió en Vox por considerar los gobiernos de Rajoy una claudicación cobarde. Para conjurar al gran enemigo de la ideología populista que es Podemos, el Partido Popular lo ha tachado, según conviniese en cada momento, de radical, de comunista, de extrema izquierda y de… populista…

El neoliberalismo español ha entendido muy bien lo que pretende Podemos y sabe cómo atacarlo. Justifica su poder con la defensa de la democracia y aplica a su enemigo un calificativo que descalifica:

Podemos es un “enemigo del pueblo” que solo quiere el poder (“¡Sí se puede!”). No es democrático, sino totalitario y anti-sistema. Es dogmático y utópico. Divide a los españoles entre los “de arriba” y los “de abajo”. Es demagógico y manipulador. Se disfraza de cordero socialdemócrata para ocultar que es un lobo comunista feroz. Es de un izquierdismo extremo. ¡Es populista! A la vista de todo lo expuesto, el director del Banco de Sabadell sugirió públicamente que, para combatir a ese enemigo de la banca había que crear un “Podemos de Derechas”. Se refería al nuevo partido “centrista” Ciudadanos.

La realidad del pensamiento de Podemos desmiente y desmonta los calificativos citados. Como sabemos, la hegemonía del poder político es una cuestión de lenguaje. Los conceptos utilizados por los poderosos tienen el significado que les otorgan las palabras y éstas son las que hacen llegar a las mentes de los ciudadanos las creencias que necesita el poder para seguir siéndolo. Por eso no se debe usar ni las palabras ni el significado que el poder les da para acabar con la sumisión a las mismas. Se ha de concebir un nuevo lenguaje y popularizarlo hasta darles el verdadero sentido real a unas creencias que legitiman a un poder sin autentica legitimidad.

Pensar de forma diferente requiere hablar de un modo diferente. Lo democrático es precisamente que haya maneras diferentes de entender lo que se puede hacer. Cuando algo no funciona, lo democrático es cambiarlo por algo distinto. Podemos se define como de izquierda, pero no se identifica con esa palabra que está entre las preferidas de la Derecha para designar ante la opinión pública a sus enemigos. Porque la dualidad derecha-izquierda indica una oposición que en la práctica política no se da cuando la llamada izquierda hace lo que quiere la derecha y cuando la derecha presume de ser más popular que la izquierda porque es más "realista" que ésta.

En palabras de Pablo Iglesias: "A mí no me interesa únicamente, aunque está muy bien, que las gentes de las izquierdas vengan a Podemos. Podemos ha de ser ante todo un instrumento para invitar al pueblo a hacer un cambio en nuestro país", es decir: "un espacio político cohesionado en el que fluyan personas de distintas culturas, proyectos e ideas, pero que tengan una identidad compartida en torno a ese proyecto de cambio".

Lo que asusta de Podemos a las derechas es que define un nuevo terreno político transversal. Antes, las críticas y ataques a su legitimidad de Derecha provenían de colectivos bien identificados y situados en los márgenes del sistema, en los cuales, por otra parte, esos grupos (comunistas, trotskistas, anarquistas, etc.) no hacían nada por moverse de su sitio. Pero que ahora la impugnación sea

transversal y atraiga a amplios sectores de las bases sociales de la izquierda clásica e incluso de la derecha descontenta, amenaza la hegemonía de las élites de lo que Iglesias llama “régimen del 78” para referirse a las de la Transición democrática.

Podemos no quiere fundar una fuerza política nueva sino una herramienta que sirva para la construcción de una nueva mayoría. El Poder teme la unidad popular de la gente en asumir un compromiso con el país. En ese compromiso cabe todo el mundo de la democracia, independientemente de las siglas de las formaciones políticas. Ahora bien, el poder político no se gana porque te vote mucha gente. Nadie regala nada a la gente sin un empoderamiento popular que sea el que consiga las cosas. En ese sentido, de nada sirve Podemos como organización si no hay otras organizaciones de la sociedad civil que articulen las demandas que gestionarán los órganos del Estado movidos por la gente. Es preciso el poder de los barrios, de las ciudades y pueblos, de los centros de trabajo, para que, después, la representación política de esas demandas pueda ser el instrumento de su respuesta a través de los órganos estatales.

Podemos, en vísperas de las elecciones generales de 2015, que es un momento crítico para la sociedad española, tan solo aspiraba a resolver problemas vitales y urgentes de la gente, cosa que solo se logra a través de los órganos de la Administración. Sacar de la cabeza de los ciudadanos la ideología neoliberal es tarea de dos generaciones. Mientras, no se puede esperar porque la ocasión es única. España vive como sociedad política en permanente *estado de excepción.* Podemos no practica un oportunismo cambiante de principios, según la burla del dirigente de IU, Cayo Lara. Según él, Iglesias sería marxista, pero de Groucho Marx, con su famosa frase “Si no le convencen mis principios, no se preocupe: tengo otros”.

Los principios de Podemos son profundamente los de Carlos Marx cuando afirmó que “el comunismo no es un estado de cosas que deba establecerse ni un ideal hacia el cual deba apuntar 1a realidad. Es el movimiento real que acaba con el actual sistema de cosas’’.

Por su lado, Lenin veía “el análisis concreto de la realidad concreta” para llevar a cabo su proyecto revolucionario. Podemos ha tenido muy claro desde el primer momento sus posibilidades de cambiar las cosas más necesarias y urgentes que necesitan los españoles para vivir con cierta seguridad y dignidad porque lograr eso sería, en el presente, lo más revolucionario. En palabras del filósofo Walter Benjamin “no hay ni un solo momento en la Historia que no traiga consigo su propia posibilidad revolucionaria”.

Pablo Iglesias le dijo a un compañero de Izquierda Unida que le objetaba lo imposible que era ganar de forma inmediata porque ese es un proceso muy largo, de cuatro y ocho años, que “Nosotros sabíamos desde el principio que solamente era posible ganar *ahora”.* La clave de la hipótesis de Podemos reside en asumir que el momento es ahora, frente a aquellos que piensan que es mejor ir poco a poco, acumulando en lo social para después cambiar lo conseguido en el mercado político”. El valor revolucionario del ahora lo definió Walter Benjamin como “el tiempo mesiánico del ahora, la grieta del camino por la que surge un tiempo nuevo.” Refiriéndose a la socialdemocracia alemana de 1930 dijo: “El mesías no aparece al término de una evolución”. Iglesias afirmará rotundo que “Nosotros no podemos ser el PSOE porque somos un fenómeno de excepcionalidad, surgimos como consecuencia de la ideologización de esas clases medias empobrecidas, somos fruto del 15M. ¿Esto quiere decir que si la situación política se normaliza, Podemos no jugará un papel clave como fuerza política para ganar las elecciones? La respuesta fue “Así es”.

Sin embargo, el verdadero revolucionario es posibilista, y Pablo es las dos cosas a la vez. “Asumimos que sin dispositivos de poder institucional no tiene sentido buscar en estos momentos terrenos de enfrentamiento que nos alejan de la mayoría, que no es ‘de izquierdas’. Y sin ser mayoría no se accede a los dispositivos administrativos que permitan librar las batallas discursivas en otras condiciones al tiempo que intervenir con políticas públicas”. De ahí su idea de centralidad. Si ganar en la política hegemónica es básicamente convencer del propio relato y cuestionar mediante la

guerra de trincheras o de maniobra los relatos dominantes, Podemos ha sido la mejor expresión de una situación excepcional de crisis económica y política (¡No nos representan!) que, en la lucha por ocupar la centralidad (no el Centro) del tablero sitúa esa centralidad. Si Podemos logra situarla en democratizar la economía, podrá ganar, pero se sitúa en el recambio de las élites, los sectores dominantes habrán demostrado su resistencia. Una vez más se impone el realismo. “No hay ninguna técnica de comunicación política que te pueda colocar en el centro del tablero político independientemente de las circunstancias. Son éstas las que permiten decir: ‘ahora, el centro soy yo’. Si esas circunstancias cambian, nos ganarán”.

En definitiva, la conquista del poder del Estado por la vía electoral es un desafío complejísimo, plagado de contradicciones y dificultades. Para Pablo, “quien diga que ganar las elecciones implica desarrollar un proceso revolucionario es un mentiroso o un idiota”. Vuelve a surgir la duda: ¿Podemos es socialdemócrata? Parecería que sí si nos atenemos a la opinión de su máximo dirigente: “Lo paradójico es que parece que estarnos llamados a salvar el capitalismo nosotros porque, al fin y al cabo, todos los programas económicos de la izquierda son de corte neokeynesiano (expansión de la demanda). El neoliberalismo resulta inviable en nuestras sociedades de consumo, fundamentadas en la demanda, por eso la situación puede estallar por los aires. Quizás la etapa actual solo sea la de plantear un modelo postneoliberal. Lo que dicen los neokeynesianos no es socialista. Solo dicen que la prosperidad general depende de que una parte muy importante de la clase trabajadora debe tener ciertos niveles de consumo”.

Tal vez haya que preguntarse otra cosa: si Podemos es neokeynesiano, que es una forma de ser socialdemócrata, ¿es el PSOE, que dice ser la única Izquierda, un partido socialista? Nos contestaría, de nuevo, Pablo Iglesias para conducir a Podemos al fracaso de su proyecto: “Si lo que tenemos que decir es que existe un partido que es el PSOE, que dice que es de izquierdas pero que en realidad no lo es, y nosotros sí que lo somos y vamos a tratar de

ocupar todo lo que queda en el margen izquierdo del tablero político, entonces hemos elegido unas reglas del juego con las que perdemos sistemáticamente". Se apunta aquí el dilema de sustituir al PSOE por un verdadero partido socialista (no socialdemócrata) o bien producir el amado "*sorpasso",* que al convertirlo en segunda fuerza, le obligaría a presentarse como socialista pero de forma testimonial. Sería Podemos, como primera fuerza, el que, desde el Gobierno, se vería forzado a ser "neokeynesiano" en una versión postneoliberal, Cabría una tercera fórmula: que PSOE y Podemos se aliaran para gobernar juntos en el caso de que en las urnas formaran la mayoría suficiente. Anticipándose a esta solución, el fundador de Podemos, siempre realista, la excluía completamente: "Un Podemos con la fuerza suficiente para exigirle al PSOE dos ministerios importantes y entrar en el Gobierna podría ser algo que nos diera experiencia de gobernar, pero nos destruiría electoralmente. Igual que para el PSOE entrar en un gobierno con nosotros sería terrible. Y votar a favor de ellos en una investidura nos haría mucho daño".

La realidad de las sucesivas elecciones entre 2015 y 2019 obligarán a Iglesias a matizar en la práctica estas afirmaciones, demasiado tajantes y, en apariencia, contradictorias con sus análisis más rigurosos y profundos. Ciertamente, en su primera pugna por impedir en 2015 que el PSOE se aliara con el "centrista" Rivera, del partido Ciudadanos, Iglesias quería impedir el abandono de sus votantes "puristas". Pero en 2016, pese a su alianza con los "comunistas" de Izquierda Unida y ganar dos escaños más, su partido perdió un millón de votos. En 2019, el giro a la izquierda del PSOE y la promesa de éste de aceptar algunas de sus exigencias en política social más urgentes y vitales para la gente, tan solo le permiten convertirse en una "voz de la conciencia" para unos socialdemócratas temerosos y vacilantes…

El apoyo que Iglesias consiguió de la izquierda independentista catalana para que gobernara el PSOE se perdió ante la condena penal de sus dirigentes, lo que obligó al PSOE a buscar nuevos apoyos en la derecha en detrimento del partido morado. Finalmente,

el ascenso electoral del PP y de Vox, provocado por el independentismo catalán, obligó a todos los electores demócratas a salvar a España del neofranquismo. El PSOE de Sánchez, coaligado con UP pudo formar Gobierno por solo dos votos de diferencia con el bloque tripartito del extremismo derechista.

Todo lo expuesto hasta ahora confirma que Podemos, desde el principio al final, intenta realizar un proyecto de gobierno que no es más que la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, aplicada por un Gobierno español formado por quien estuviera dispuesto a ello y contara con mayoritario apoyo popular en unas elecciones democráticas. Para lograrlo, (¿Sí se puede?) las circunstancias eran fundamentales. Para impedirlo, el capitalismo mostrenco cuenta siempre con influencias políticas y mediáticas suficientes. La Derecha puede favorecer un partido de nuevo cuño que logre ilusionar al sector conservador de las clases medias. La Europa neoliberal pondrá todas las trabas posibles a un gasto social que impida el ideal capitalista de un déficit nacional 0 (Cero). Tales son las circunstancias más importantes de rasgo negativo para quien, en nuestro país, se empeñe en acabar con una situación económica sin solución neoliberal y tremendamente injusta.

Podemos y los actuales Populismos

La mayoría de los calificativos que ha ido recibiendo Podemos de sus enemigos y adversarios son insultos despectivos para infundir desconfianza o miedo a sus posibles votantes. Pero calificarlo de "populismo" se ha visto como la más eficaz falsedad con la cual combatirlo desde que coincidió su aparición en las elecciones europeas de 2014 con el apogeo de la extrema derecha en Europa, Estados Unidos y América del Sur. Nada más fácil y falso que añadir al conjunto de neo-fascistas resurrectos el movimiento que no hacía mucho era considerado de extrema izquierda radical. Podemos ya podía cargar con todas las definiciones insidiosas recibidas porque en último término, no era más que un ejemplo del populismo de los Le Pen, Trump, Bolsonaro, Orban, Salvini y tutti quanti. Lo que se presenta, para el neoliberalismo, como más antidemocrático del mundo es un régimen autoritario. Podemos quiere implantar ese régimen y acabar con la democracia liberal. La acusación se amplía con un vocablo nuevo: iliberal, "iliberal" se aplica a regímenes que no son dictaduras "duras", pero que reducen las libertades de las que presume el neoliberalismo. Podemos no solo es autoritario como las dictaduras, sino que mermará la libertad de los ciudadanos. Un paso más y Podemos será una especie de Vox. Así lo ha hecho el PP de Pablo Casado, cuando los equiparaba en su extremismo. Los extremos se tocan.

Todo este juego descalificador se acaba ante la evidencia empírica de que no existe un solo tipo de populismo, ni todo supuesto populismo lo es, ni en el fondo, los politólogos saben muy bien lo que es, aunque estén de acuerdo en que no es ninguna ideología, sino una forma de actuar en política. Hoy es opinión muy extendida que las ideologías importan poco porque todas ellas incumplen sus propios postulados. Y ¿cómo los incumplen?: con su forma de actuar en política, obligados por las circunstancias que ellos mismos han creado. De ahí que Podemos actúe de una forma y la Derecha le responda de la misma manera que denuncia en Podemos, ya que ambos se mueven en una circunstancia común. Unos y otros no

tienen la misma intención ni finalidad y no utilizan sus mismas armas con una moralidad semejante, pero el proyecto que se debate es cómo se gana o se pierde el Poder político.

La primera falsía que hay que denunciar en el “populismo” neoliberal es que no es autoritario, pues la libertad es incompatible con la dictadura. La Escuela de Chicago y sus teorías económicas ultraliberales abonan mejor en las dictaduras y en los modos autoritarios que en las democracias consolidadas. Según explica Joaquín Estefanía, fueron los discípulos de Milton Friedman, el padre intelectual de los Chicago boys, “los que se ofrecieron a Pinochet, le proporcionaron su programa económico ultraliberal y gobernaron el área económica del pinochetismo en los años de plomo, cuando ni los partidos políticos ni los sindicatos podían movilizarse. Dictadura política más ultraliberalismo: esa fue la fórmula del pinochetismo”.

Lo mismo ocurrió con la dictadura de Videla en la Argentina y ocurre ya con el Brasil de Bolsonaro. No es menor la influencia neoliberal en el negacionismo del cambio climático financiado por industrias petroleras y practicado por Trump y Bolsonaro, que utilizan su autoridad para prohibir nada menos que la libertad de toda la Humanidad para liberarse de la destrucción del Planeta.

Dos versiones del populismo corresponden respectivamente a su forma o a su contenido. En cuanto a la forma se afirma que es un modo de actuar en política. Esa actuación se identificaría con la tradicional estrategia. El contenido depende de unos factores decisivos, que permiten distinguir dos grandes grupos: los que definen una actitud conservadora o reaccionaria (populismos de derechas) y los que nacen hoy como lucha anticapitalista, con raíces directas en el marxismo y todos los procesos emancipatorios recogidos por los movimientos estudiantiles de 1968 (populismos de izquierdas). Que ambos grupos puedan coincidir en el modo de concebir sus estrategias no consiente su identificación por su contenido finalista. En todo caso, se puede cuestionar la originalidad de las derechas, no solo en sus maneras de actuar sino en su

ideología conservadora. Desde siempre la conservación ha sido defensivamente autoritaria para mantener su poder y ha limitado y/o suprimido las libertades ciudadanas mediante la dictadura. Las razones que alega para ello son simples chivos expiatorios que pueden evolucionar según las circunstancias históricas. Los enemigos del sistema han sido sucesivamente los no católicos, los liberales, los socialistas, los comunistas, los judíos, los islamistas, los inmigrantes, los europeístas. La única novedad ha consistido en oponerse a la globalización actual por ser la causante de los chivos expiatorios del presente. Por eso suelen coincidir en algunos puntos con los populismos de izquierda. Pero esa coincidencia es para neutralizar entre sus posibles creyentes la acción de estos últimos. En Francia, por ejemplo, han logrado que un gran sector de la clase obrera, que antes votaba al Partido Comunista, ahora sea seguidor de Marine Le Pen. Incluso, su estrategia populista consiste en llamar populista a los movimientos de izquierda para verter sobre ellos todo el desprestigio que ese nombre conlleva y que ellos mismos se han ganado simplemente por continuar impasibles sus formas de actuación más añejas.

Podemos ha sido el enemigo mayor que ha tenido el capitalismo neoliberal español porque, desde su fundación, ha asumido, sin complejos, que su estrategia es populista, aunque parte de un concepto original de populismo: el que ha sabido vincular Íñigo Errejón a través de su experiencia latinoamericana y las teorías marxisto-gramscianas del sociólogo argentino Ernesto Laciau y su compañera Chantal Mouffe.

Dice Errejón: “Se trata de utilizar los momentos de crisis, descontento y dislocación de las lealtades previas para, mediante la dicotomización del espacio entre pueblo y élites, articular nuevas identidades populares”. Según esto, Hugo Chávez y su revolución bolivariana sería un ejemplo de construcción de un marco de referencia alternativo para que la izquierda llegue al poder por una vía democrática. Es decir, una salida democrática y socialista al neoliberalismo, pero sin llamarle a eso “socialismo”.

Laclau llamó “populismo” a una lógica de articulación de las identidades colectivas, o sea un modo de construir lo político. La lógica de los significantes obliga a entender la política como búsqueda de un sentido ¿Qué sentido tiene la palabra “democracia” o “nación” o “pueblo?. Si se trata de simples palabras pueden tener un sentido u otro. Depende de la versión hegemónica del poder de turno... El único sentido real es el que parte, no de las palabras, sino de los datos. La realidad política se hace con hechos que se relacionan, se articulan, según un fin o propósito. Los significantes (el sentido de las palabras) son puros vacíos que hay que llenar de realidad para que no confundan a la gente.

Chantal Mouffe, en una conversación con Pablo Iglesias, afirma: “Me parece absurdo cuando sitúan a Podemos en la extrema izquierda. Entonces ven su programa económico y dicen: ¡Ah, pero es muy socialdemócrata!”. La socióloga contrapone el “populismo” de Podemos con el de la extrema derecha. “Es muy importante distinguir el tipo de movimiento de construcción de un pueblo que ustedes quieren hacer del que hace Marine Le Pen, porque Le Pen también construye un pueblo. Pero la única forma de parar a Le Pen es construir un populismo de izquierda, y en este caso la categoría de izquierda me parece importante porque tú vas a decir: “bueno, sí hay que construir un pueblo, pero no a la manera de Marine Le Pen, que quiere excluir a los musulmanes, mientras que para Jean-Luc Mélenchon (dirigente del izquierdista Front de Gauche) los inmigrantes son parte del pueblo y el adversario son todos los representantes del capitalismo financiero, lo que ustedes llaman casta”.

Esto nos lleva a una cuestión nueva para Podemos, que explica por qué el populismo, tradicionalmente de derechas, puede ser útil para la izquierda. Una cosa es el pueblo preexistente, que ya se encuentra constituido, y otra, el pueblo que ahora existe en el territorio del preexistente y, por lo tanto, constituye un nuevo “pueblo” que ha de articularse en un plano integrador y pluralista. Laclau decía: “Yo creo que sin constituir al pueblo como actor colectivo no hay posibilidad de cambio en ningún sentido progresista

del término. Ahora, eso requiere la agregación de demandas individuales que confluyen en ciertas imágenes comunes y en una cierta dicotomización del espacio político". Surge así el concepto de lo "nacional-popular" ejemplificado por la Bolivia de Evo Morales y la Venezuela de Chaves.

Cuando Pablo Iglesias habla de España como de un Estado plurinacional está diciendo lo contrario de quien dice (PP, Ciudadanos y Vox) que la única nación del Estado español es España. El dirigente podemita niega que la patria sean las banderas, los himnos y los símbolos nacionales, porque el patriotismo es defender y promover los derechos humanos de una población y, sin eso, solo expresa un patrioterismo engañoso, xenófobo, supremacista, cuando no folclórico. Y en fin, cuando critica todo nacionalismo, ya sea español, catalán o europeo, está siendo un populista de izquierdas y no de esa derecha extrema para la cual la nación es el antiguo mito que justificaba las guerras entre naciones, las conquistas coloniales capitalistas y se inventaba un patriotismo guerrero para construir un ejército de siervos y obreros demasiado indóciles frente a la explotación.

A modo de resumen, lo más característico de la palabra "populismo" es que es utilizada como insulto contra los que se enfrentan con las políticas injustas y explotadoras del capitalismo. A su vez, ese capitalismo utiliza el vocablo como argumento demagógico de que sus políticas son "populares", buscan el bien del pueblo, son el "populismo bueno", como dice el presidente neoliberal francés Macron, frente al "malo", que es el que se opone al neoliberalismo. El periodista ruso Peter Pomerantsev cree que "Si el pecado de los intelectuales en el pasado fue proponer visiones utópicas, en el siglo XX es negar toda posibilidad de cambio". Esa negación corresponde a la extrema derecha del populismo autoritario. Según la descripción que de él ha hecho Jan Werner Müller, este "populismo" suma a la dimensión antielitista, la apuesta antipluralista, porque se autoafirma como portador del monopolio de la representación del pueblo, que es lo que vemos en el discurso de extrema derecha de Trump a

Marine Le Pen, al no reconocer otro interés general que el de la nación auténtica.

Como era de esperar, Podemos fue rápidamente acusado por el PP y el PSOE de ser la versión hispana del “trumpismo”. No solo por el estilo, sino también por el proyecto en sí. Pablo iglesias los acusó de manipuladores y aclaró las diferencias entre Trump (al que llamó fascista) y su partido. “Ambos son traducciones políticas de un ‘momento populista’, pero con un contenido muy distinto”. El politólogo Pablo Simón abunda en esa distinción: “Podemos y Trump comparten dos de los tres tipos de votantes típicos del populismo: los perdedores de la crisis, los que temen la perdida de la identidad cultural y nacional por la globalización y el voto de cabreo con el *establishment.* Podemos no acoge a los que temen perder su identidad cultural y nacional (que deriva en xenofobia) y, en términos económicos, sus programas son radicalmente diferentes”.

Si Trump ha inspirado a casi toda la extrema derecha europea que apela al pueblo, su oponente en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, el demócrata Bernie Sanders, ha inspirado una Internacional Progresista, cuyo Manifiesto arranca con estas palabras: ‘’Hay una guerra global en marcha contra los trabajadores, contra el medio ambiente, contra la democracia, contra la decencia. Una red de facciones derechistas se está extendiendo a través de las fronteras para erosionar los derechos humanos, silenciar la discrepancia y promover la intolerancia. Desde 1930 la humanidad no se enfrentaba a una amenaza así”. Un grupo de políticos e Intelectuales se reunieron entre los días 29 de noviembre y 1 de diciembre de 2018 en el instituto Sanders para presentar la iniciativa, entre ellos, la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, líder de En Comú Podem, que dijo: “Hemos visto a minorías privilegiadas que se están bunkerizando para mantener sus privilegios, por un lado, y una extrema derecha que crece con acento populista pero también con un trasfondo muy establishment, que tiene mucho dinero detrás y que se está coordinando a nivel internacional

compartiendo estrategias. Si se organiza la extrema derecha, no puede ser que los movimientos sociales de cambio no lo hagan".

La Internacional progresista de Sanders coincide con la reciente deriva izquierdista de sectores importantes de la juventud del partido demócrata. Esa es otra de las reacciones a la llegada de Trump al poder con su demagogia populista. Un sondeo Gallup muestra que un 51% de los jóvenes tienen una visión positiva del socialismo, que desde hace poco se confundía en Norteamérica con el comunismo. El economista de Harvard, Dani Rodrik, publicó en *The New York Times* un artículo en donde sostuvo que el verdadero populismo no es el de Trump sino el del *new deal* de Roosevelt.

"La lección de la Historia consiste no solo en que globalización el rechazo social están íntimamente ligados, sino que este tipo de populismo malo, engendrado por la globalización, puede requerir de un tipo de populismo bueno para ahuyentarlo".

El espacio político dicotómico teorizado por Errejón no tiene nada que ver con la dualidad schmittiana *amigo/enemigo* ni supone una relación agonística entre ellos. No es cuestión de enfrentar, dentro de los diversos tipos de populismo, los "buenos" contra los "malos", como si de una santa cruzada se tratase. Por eso no puede decirse que Podemos, por muy de izquierdas que sea (que lo es), sea dogmático o fanático. No tiene un "modelo" que implantar caiga quien caiga. Es flexible, pero recto como un junco. Es realista y práctico porque la realidad exige dar solución urgente a los problemas humanos y sociales de la gente. Eso es sencillamente la Política. Todo lo que no sea eso es, sencillamente, mentira.

Podemos: pim-pam-pum de las derechas

Podemos no es tan solo adjetivado negativamente por las derechas respecto a su supuesta ideología y su “populismo”. A medida que su popularidad crecía y las encuestas llegaron a asignarle el primer puesto para aspirar al Gobierno, los medios de comunicación siguieron al unísono la estrategia, (copiada del propio Iglesias) de ir voceando todos los avatares de la formación y, en especial, todos los presuntos fracasos coyunturales de su líder. Este se convirtió en un muñeco del pim-pam-pum derechista, que, como suele ocurrir, cansó a los lanzadores de noticias exageradas, infundios, versiones sectarias y falsas acusaciones. Al final, el pim-pam-pum de feria se trocó en bumerán y perjudicó más a los lapidadores que a la víctima.

Esta situación se explica por la novedad del problema. Los gobernantes de una democracia liberal no tienen líderes, aunque el término se utilice a menudo para referirse a quienes dirigen sus partidos respectivos. Para el liberalismo, un líder es como un caudillo, y ese nombre les permite vincularlo al “führer” nazi o a “il duce” fascista. Y no añaden “el caudillo” Franco porque se les volvería en contra. Si al dirigente de un movimiento social o político la opinión pública o sus partidarios le consideran líder, éste carga con el gravamen de recibir su persona los agravios de sus contrincantes: sus rasgos personales, sus actos y su vida se vuelven magníficas oportunidades de ataque; sobre todo, cuando él representa a un proyecto que perjudica los intereses del atacante.

En el caso de Podemos, las teorías de Iñigo Errejón, aprendidas de Lacau y Mouffe, sobre la importancia del liderazgo en populismos social-nacionales de Latinoamérica (Morales, Correa o Chávez) dan pie, a mayor abundamiento, a ser tachado de liderazgo antidemocrático, que, si llega a gobernar, será un terrible dictador. Para Errejón, el liderazgo es necesario, precisamente, a la hora de gobernar porque tal gobernación ha de unirse con el proyecto de

igualdad universal populista. Si la nación confía y aplaude la política social del líder, éste deviene el “alma” de pueblo en una nación unida y entusiasta.

Pablo Iglesias demostró rápidamente que era un líder nato y así se lo reconoció todo el país de una forma u otra. En 2015, sus seguidores en Twitter eran superiores (815.000) a los de Rajoy (697.000) y Sánchez (129.000).

El País ha sido el principal encargado de ir desgranando con un lenguaje negativo los diversos avatares de Podemos en estos años. He aquí un ejemplo de cómo se puede reducir esa popularidad por medio de un retrato insidioso. Entresaco de un artículo las frases más significativas: “Pablo Iglesias es hoy, a efectos prácticos el capitán de la izquierda no socialista (IU está abocada a pactar con él) y una de las principales preocupaciones a corto plazo del PSOE, puesto que encarna lo que el voto joven de izquierdas busca para expresar el malestar multiforme del 15M”. “El pacto con En Marea profundiza la debilidad de Podemos en Galicia”. “Podemos embarranca en la España plural”. “Podemos sale noqueado de la escena política por el trauma electoral”. También en *El País* destacados politólogos, como Antonio Elorza, pontifican sobre la nueva formación: “El doble lenguaje de P. I. oculta lo que realmente busca. La pirámide de esta nueva formación es la de un partido comunista clásico”. En la revista de Alfonso Guerra *Temas para debate* se dice: “Podemos utiliza estrategias de comunicación similares a las empleadas por fascistas y estalinistas”. Rosell, presidente de la organización de empresarios, afirma que “Podemos se ha metido hábilmente en las cabezas de los ciudadanos, pero creo que es imposible que gobierne”. Para la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, Podemos, a imitación del chavismo, impediría un cambio de gobierno, provocado por un desastre para la economía y el empleo por el procedimiento de acabar con todos los contrapoderes: la justicia independiente, la prensa libre, el *habeas corpus,* etc. Felipe González es rotundo: “Nunca me van a encontrar apoyando a populistas rupturistas de pseudoizquierda que rompen la solidaridad entre españoles”.

El abandono de Juan Carlos Monedero en la dirección de Podemos dio pábulo a sus enemigos: “Monedero rompe con Iglesias y asesta un duro golpe a Podemos” afirma *El País* de 1 de mayo de 2015 en primera página. “Monedero dimite alegando que Podemos ya es como la casta” (*El Mundo*). Las señas de identidad del partido se han desvanecido hace ya meses” (Victoria Prego). “Un informe, 425.150 euros, Hacienda y… la dimisión”: este es el titular de *El Mundo* para referirse al supuesto fraude fiscal del profesor como causa de su dimisión.

El País vuelve a la carga: “La fundación relacionada con Podemos cobró 3,7 millones de Chávez en 10 años”. La Asamblea de Venezuela investiga la financiación por el chavismo”. “La Junta y la universidad investigan a Errejón” por un supuesto incumplimiento de su contrato de investigación con la universidad de Málaga...

Esta campaña de desprestigio, ampliada por su insistencia, provocó la protesta de comentaristas tan prestigiosos como Juan José Millás: “Sorprende la alegría con la que los partidos políticos de siempre reciben las noticias relacionadas con supuestas irregularidades de Podemos. Antes de verificarlas mínimamente se lanzan a los mítines y a las tertulias televisivas para proclamar que son como ellos. ¡Sois como nosotros! gritan con un alborozo que nos sume en la estupefacción (…) lo verdaderamente llamativo es que no sepan disimular su regocijo frente a lo que sumiría en la tristeza a cualquier persona sensata (…) ¿No se dan cuenta de lo que dicen de sí mismos al hablar así de los otros? Luego está el asunto de Venezuela como proyecto oculto del pérfido Monedero, cuando lo único evidente es que Rajoy nos ha convertido en Argentina con su programa acelerado de destrucción de las clases medias”.

La actriz y expresidenta de la Academia del Cines Aitana Sánchez-Gijón, en referencia a la campaña no duda en declarar que “Están orquestados para cargarse a Podemos, desde todos lados, también desde *El País* (…) Desazona a los que hemos seguido toda nuestra vida un periódico serio y veraz”. Pese a la denuncia de la actriz, *El País* no cejó en su campaña: “Juntos Podemos Más, la nueva marca

electoral de Maduro", "Iglesias comienza a perder apoyos entre sus principales aliados", "Espinar vendió su piso un 25% más caro del precio al que pidió oficialmente hacerlo", "Iglesias carga contra la Fiesta Nacional mientras reivindica la patria", "Un diputado de Podemos acusa a Monedero de amenazarle por la pelea interna del partido", "Podemos secunda al separatismo al impugnar el artículo 155 en campaña", "Iglesias intensifica la campaña contra PRISA como parte de su estrategia política".

Dos años más tarde, cuando Pablo Iglesias y su compañera Irene Montero, que habían sido padres de dos mellizos, compraron en las afueras de Madrid un chalet familiar mediante una hipoteca por 30 años, el periódico se hacía eco de las críticas recibidas de quienes vieron una "traición" a los principios éticos del partido (sobre todo el sector anticapitalista) o aquellos que lo consideraron una contradicción con sus ataques a la casta. La pareja sometió su compra a la decisión de los militantes y se obligaron a dimitir si la mayoría del partido creía que su acto chocaba con los postulados éticos de Podemos. El plebiscito se ganó, pero *El País* lo tituló "Iglesias salva la consulta del chalé entre un fuerte rechazo".

Por simple coincidencia, en la precampaña electoral de marzo de 2019 se produjo el conocimiento de que la llamada "policía patriótica", promovida por el ministro del Interior del PP, Jorge Fernández Díaz, había practicado una guerra sucia contra Podemos desde su fundación hasta las elecciones de 2016. En realidad, el caso salió a la luz a los 23 días de entrar el partido en el Congreso con 69 escaños. El digital *OK diario*, dirigido por Eduardo Inda, publicaba una información sobre un supuesto documento policial que afirmaba que el Gobierno de Irán había financiado al líder de Podemos. El informe (llamado PISA, acrónimo de Pablo Iglesias S.A,). no llevaba el sello de ninguna unidad de las Fuerzas de Seguridad, pero dio lugar a numerosos titulares durante meses. Sobre la base de su difusión en los medios se presentaron dos denuncias en la Audiencia Nacional y en el Tribunal Supremo contra los dirigentes de la tercera fuerza política del Estado. Ambas fueron archivadas por falta de pruebas. Sin embargo, el PP creó una

comisión investigadora en el Senado en donde llegó a asegurar que “tenemos indicios más que racionales que Podemos se financió ilegalmente con dinero de Venezuela e Irán.” Eduardo Inda aseguró sobre el falso informe que “Es de una precisión probatoria como he visto pocos”. Por su parte, el Tribunal de Cuentas consideró irrelevante el informe porque no hubo ningún resultado “digno de destacar”.

Esta vez sí *El País* tuvo que admitir la verdad: “La ‘brigada patriótica’ usó una treta legal para investigar sin control judicial a Podemos”, “Interior premió a un confidente clave en la guerra sucia contra Podemos”, “Irrumpe en campaña una trama para sabotear un gobierno PSOE-Podemos”. En suma, se abrió una investigación judicial sobre la trama que afectó al exministro de interior del PP, Fernández Díaz y la opinión pública supo que no solo se pretendió desprestigiar desde su aparición al nuevo partido “populista” y “bolivariano”, sino que se intentó impedir que el PSOE de Pedro Sánchez pudiera pactar un gobierno de izquierdas con Pablo Iglesias en 2015. La investigación se amplió a la red de periódicos implicados en esta y otras campañas de desprestigio a políticos y partidos contrarios al PP, entre ellos imputó a un periodista, alto cargo en el gobierno de Sánchez, que dimitió al ser imputado.

El 31 de enero de 2015, Podemos organizó La Marcha del Cambio. No solo fue histórica por la masiva participación (entre cien mil y trescientas mil almas) sino por su carácter no convencional: No fue una protesta ni para hacer visible una serie de demandas sociales. La Marcha fue una marcha específicamente política, vinculada a la voluntad que asumía Podemos de presentarse ante la opinión pública como instrumento fundamental para el cambio político en España. Había que devolver la Política a la calle y señalar un cambio de ciclo marcando los tiempos de un año que debía ser decisivo.

Como ya hemos visto, desde las elecciones europeas de 2014 y, en especial, a partir de 2015, los ataques a Podemos fueron constantes, con una belicosidad inédita, con mucha diferencia a los

que recibían otros partidos. Pero no habían impedido su capacidad de ofensiva y de colocar en la agenda política una abundante lista de problemas. Era muy difícil prever en qué condiciones se llegaría a las elecciones generales, pero la intención fue que resultasen plebiscitarias y que, de hecho, consistieran en un *tour de force* entre el Partido Popular en el gobierno y Podemos… en la calle. El presidente Rajoy solo se refirió a *La marcha del Cambio* y a Podemos como "una moda que espero que dure poco tiempo". *El País*, pese a todo, tuvo que reconocer que "La manifestación supuso para el partido de Iglesias un gigantesco salto de pértiga con el que alcanzar el terreno de la consolidación electoral y organizativa, la oportunidad idónea para congregar, conjurar y organizar a todos los simpatizantes que creen o quieren creer en ese eslogan de 'Sí, se puede'."

Además de sus éxitos en los medios de comunicación públicos y privados, de sus cuentas en redes sociales y en las estadísticas, Podemos contaba, desde su asombrosa popularidad al ganar a los demás partidos en las elecciones europeas de 2014, con unos resultados aceptables en las municipales y autonómicas de 2015, como profecía previsible del éxito buscado en las generales de finales de año.

Podemos no se jugó el prestigio de su marca en las municipales y promovió, en cambio, candidaturas de Unidad Popular a las que se incorporaron los círculos, que cubrieron más del 90% del territorio nacional. El quinteto fundador, con el nombre de "Claro que Podemos", avaló 50 plazas clave, entre ellas Madrid y Barcelona. Los resultados fueron prometedores. En Madrid, la candidatura Ahora Madrid obtuvo 20 escaños, el PSOE 9 y el PP 21. En Barcelona, Barcelona en Comú (liderado por Ada Colau, antigua dirigente de la Plataforma de los Afectados por la Hipoteca) logró 11, superó a CiU (10) y a PSC (4); en A Coruña, empatan el PP y Marea Atlántica con 10: en Valencia, Compromís obtuvo 9 y València en Comú 3; en la capital de Galicia, Santiago, Compostela Aperta ganó al PP; en Cádiz, la alianza Podemos, IU y PSOE consiguió 8 frente al acuerdo PP-Ciudadanos (12).

En las autonómicas, la estrategia de Podemos fue debilitar la presencia tradicional del PP y sus pequeños aliados regionales en Asturias, Cantabria, Navarra y Canarias. Buscó alianzas futuras con el PSOE e IU. Así, los resultados fueron respectivamente, en Aragón, 18 escaños el PSOE, 14 Podemos. En Baleares, 14 y 10. En Castilla-La Mancha, 14 y 3. En la Comunidad Valenciana,23 y 13. En Extremadura, 30 y 6. En Murcia, el PP solo consiguió 22 escaños frente a los 19 de izquierdas (13 y 6). En Navarra, Podemos apoyó a Geroa Bai, Bildu e IU.

Tras los resultados obtenidos en ambas elecciones, el Observatorio de la SER estimó que Podemos podía alcanzar en las generales el 27,5% de los votos y el primer puesto. Le seguirían el PP (24,6%) y el PSOE (19,7%). Parecía demostrable lo ambicionado: sobrepasar al PSOE y derrotar al PP. Según la encuesta, un 36% de votantes socialistas respaldaría a Podemos y un 14% de los que le votaron en las europeas se arrepentirían por miedo al cambio que pudiera producirse. No obstante Iglesias fue preferido como futuro presidente del Gobierno por una amplia mayoría de los encuestados.

CUARTA PARTE

Del “Sorpasso” frustado a la derrota del PP

Parece absurdo plantearse sobrepasar al PSOE en unas elecciones generales cuando las del año anterior, de ámbito local y regional, mostraron una gran diferencia de votos entre ambos partidos, favorable al socialista. ¿Cuál era la situación política del PSOE en 2015 para que en Podemos se confiara en un futuro “*sorpasso”*? Desde la victoria de Felipe González en 1982 con el 48,1% de los votos, el PSOE fue bajando en porcentaje pese a las victorias siguientes: 44,1 (1986), 39,6 (1989), 38,8% (1993) y acabó derrotado en 1996 con 37,6% y en la siguiente lid del año 2000, con el 34,2%. Gracias a las mentiras del PP sobre el atentado islamista en 2004, el PSOE de Rodríguez Zapatero recuperó el gobierno con 42,6% de los votos, e incluso en la victoria de 2008, amplió el porcentaje a 43,9%. La caída fue espectacular en 2011, tras la protesta del 15M, al obtener tan solo un 28,8% del sufragio. Era el peor resultado de los socialistas en democracia, pues, en las dos primeras elecciones generales de 1977 y 1979, su derrota se midió respectivamente por el 29,3% y el 31,1%. En las generales de diciembre de aquel año 2015, la imagen política del PSOE apuntaba hacia el derribo. La crisis económica, la falta de reacción de Zapatero y los primeros recortes en el gasto social le hicieron perder credibilidad y la mayoría de la gente votó a Rajoy creyéndose otra mentira: que no habría nuevos recortes y se acabaría con la “corrupción” del PSOE. En 2015, los ciudadanos vivían peor y la corrupción del PP hizo que los jueces lo declararan “organización criminal”. La Derecha no ofrecía nada, tan solo seguir robando a los españoles. Pero eran muy pocos los que confiaban, en la Izquierda, que el PSOE podría echar a Rajoy de La Moncloa. Tampoco los antiguos comunistas de Izquierda Unida, divididos, nada combativos y con escándalos económicos, ofrecían esperanza alguna. “Y en eso llegó Podemos y mandó parar”, como decía de Fidel Castro la canción cubana.

Para Podemos estaba muy claro que el PSOE era el ejemplo español de la socialdemocracia neoliberal. González, Boyer, Solchaga, Zapatero, eran los Blair, Schroeder, Craxi y Hollande hispanos. Por tanto, eran cómplices por omisión, cuando no por convencimiento, del penoso Estado de Malestar que el capitalismo mostrenco, aliado al Multinacional, había creado para millones de compatriotas. La Izquierda clásica, desunida y pacata, vivía de recuerdos heroicos, pero no sabía movilizar a la gente alegando que "no se puede". Eran los votantes y militantes decepcionados del PSOE y de IU los que, en buena lógica, serían los futuros votantes de Podemos para que esta formación de confluencias populares pudiera, desde los poderes públicos, cumplir con las necesidades que había denunciado sobradamente en las calles, en las redes y en las televisiones.

Las elecciones generales de finales del año 2015 demostrarían que no era el pretendido *sorpasso* lo más importante. Lo decisivo no era tener más votos que el PSOE, sino llegar a tener una mayoría suficiente de escaños en el Congreso para poder gobernar. Pero, ¿cuál de los partidos en liza se sumaría a las decisiones, tan necesarias y justas, de Podemos, como no fuera un PSOE en minoría?

Pero el PSOE, partido fundado por otro Pablo Iglesias. tenía, por muchas razones, la tentación de seguir la senda alemana de la Gran Coalición (PP, Ciudadanos…y PSOE) y tenía presiones de los poderes económicos, financieros y mediáticos para que, por nada del mundo, se pactara con unos comunistas populistas y subversivos, bolivarianos y radicales de extrema izquierda.

La gran novedad de las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015 no era únicamente el final del bipartidismo dominante por los nuevos partidos Podemos y Ciudadanos, sino el "*sorpasso"* del primero sobre el PSOE, anunciado en casi todas las encuestas y que culminaba su meteórico ascenso en la política española tan solo en cuatro años. Pero el "*sorpasso"* no se produjo. Por una diferencia de 341.000 votos, el PSOE mantuvo su predominio, aunque

Podemos le sobrepasó en zonas tan importantes como Catalunya, Euskadi, Valencia, Islas Baleares, Navarra, Madrid y las provincias gallegas de A Coruña y Pontevedra. El arco mediterráneo, como señal de inquietud política, y las nacionalidades históricas, como foco de reivindicaciones de autogobierno, fueron un notable síntoma del retroceso socialista. Por otra parte, las alianzas territoriales alcanzadas por Podemos determinaron en buena medida el buen resultado del nuevo partido También en grandes ciudades (Madrid, Barcelona, Valencia) se superó al PSOE. El triunfo de Podemos fue sumar 5.162.197 papeletas de votos (el 20,7% de los sufragios) y 69 escaños, lejos de los 90 del PSOE. Por bloques, un hipotético pacto de centro-derecha (PP y CS) frente a otro de izquierda (PSOE, Podemos, IU) quedaron en empate técnico:163 a 161. Pero si se sumaran al segundo bloque los 6 escaños del PNV, los de los independentistas catalanes (17) y vascos (1) podrían impedir una investidura de la derecha: 184 votos negativos frente a los 164 de PP, CS (163) y Coalición Canaria (1). Respecto a las generales del 2011, el PP perdió más de 70 diputados y el PSOE bajó 20. Ciudadanos logró 40 y no respondió a sus expectativas. Una posible entente PSOE-Podemos-Izquierda Unida haría ganar la investidura de Pedro Sánchez si contara con el apoyo del PNV, en buena relación con aquél y en mala con CS por su oposición a la foralidad vasca.

La audacia de Iglesias, al defender, en solitario, la pluralidad nacional española supuso que Podemos fuera la primera fuerza en Catalunya y Euskadi… En Comú Podem se convirtió en el relevo del PSC, que había dominado las elecciones durante décadas. La confluencia de izquierdas quedó como primera fuerza en Barcelona y Tarragona. Ciudadanos perdió mucho de lo ganado en las autonómicas catalanas del 27 de septiembre, que pasó a manos de la alianza izquierdista. Podemos fue el partido más votado en el país Vasco, con más de 310.000 votos, mientras que el PNV obtuvo unos 295.000 (tres puntos menos que en 2011) y en Álava y Guipúzcoa consiguió el primer lugar y el segundo en Vizcaya, tras el PNV por escaso margen En el conjunto de Euskadi, Podemos se alzó con el

26% de los votos frente al 24,8% del PNV,15,1% de EH-Bildu y, en último lugar, PSOE, con el 10,3%.

Pablo Iglesias valoró todos estos triunfos: “Hoy ha nacido una nueva España, que pone fin al sistema de turno e inaugura una nueva etapa”. El PSOE ha obtenido su peor resultado electoral de toda la democracia y el PP, el peor desde 1989: “Tenemos 69 diputados de las fuerzas del cambio, que están para defender la justicia social y combatir la corrupción”.

La inauguración del nuevo Congreso fue una buena oportunidad para que Podemos mostrara públicamente el simbolismo de su entrada en las instituciones. Sus nuevos diputados destacaban por su indumentaria informal, típica de la juventud urbana de los barrios populares. Se vieron cabezas con peinados *afro*, coletas, melenas, barbas y cuellos sin corbata. Todo lo contrario del usual atuendo parlamentario. Se simbolizaba así la llegada por primera vez al poder legislativo y de control del Gobierno por parte de la *gente*, del ciudadano de a pie, del político no profesional que no iba “disfrazado” de diputado. Carolina Bescansa se trajo al hemiciclo a su bebé y, en el escaño mismo, le dio de mamar. Pretendió representar la dificultad de las mujeres para hacer compatibles maternidad y ocupación laboral. Los bisoños diputados saludaban a diestro y siniestro con el puño cerrado en alto. Por supuesto, todos estos gestos de los *podemitas* recién estrenados en la política institucional fueron vistos como un *show* pintoresco, impresentable o deleznable según el grado de antipatía que Podemos provocaba con su sorprendente victoria de 67 diputados electos. El lenguaje político sería también como el de la *plebe*. Su máximo tribuno dio el primer ejemplo al prometer Iglesias cumplir la Constitución “por imperativo legal y hasta que fuera cambiada”. *El País* del día siguiente encabezó su primera plana con esta perversa frase: “Podemos roba el protagonismo de la política en el nuevo Congreso”.

Llegó el momento clave de la investidura. Tras las consultas del Rey a los grupos parlamentarios, el presidente Rajoy, pese a ser el PP el más votado, declinó ser candidato por carecer en el Congreso de

apoyos suficientes. Más tarde justificaría su decisión alegando que existía un complot entre el PSOE y Podemos para apartarle del cargo. En consecuencia, al segundo partido más votado le correspondía aspirar a la Presidencia del Gobierno. Pedro Sánchez inició su búsqueda de pactos. La cúpula del PSOE, movida por Susana Díaz y por los anteriores Secretarios Generales del histórico partido, le prohibió terminantemente el pacto de investidura con Podemos. Los medios de comunicación dominados por la derecha se sumaron al veto, con el grupo PRISA, editora de *El País*, al frente, presionando en ese sentido.

Sánchez firmó de manera ostensible un pacto de gobierno con Ciudadanos, cuyo líder Albert Rivera había jurado no votar a Rajoy. Pero, a continuación, requirió a Iglesias que se uniera al pacto para lograr la marcha del astuto dirigente del PP. El Gobierno del cambio parecía posible, pero ese cambio no era el que pretendía Podemos porque, según Iglesias, eso resultaba imposible si intervenía Rivera. Sánchez solo estaba interesado en la investidura presidencial. Iglesias iba más lejos: la investidura era para formar un gobierno de coalición, en el cual sería vicepresidente él y se le encomendarían varios ministerios proporcionalmente a los votos obtenidos por el PSOE, Podemos e Izquierda Unida. Rivera se negó a entrar en dicho gobierno y, por su parte, Iglesias consultó a sus bases sobre la opción de aceptar un gobierno en el que estuviera Ciudadanos. Con una participación del 37%, se opuso el 88%. En virtud de esa mayoría, el pacto propuesto por Sánchez no tenía futuro ni posibilidad de apoyo por otros grupos.

¿En qué consistía el “plan de emergencia social” de Podemos? ¿Qué aspectos subversivos, revolucionarios y utópicos escandalizaban a la Derecha y eran inaceptables para el PSOE?: entre otras medidas, una reforma fiscal que aumentase la capacidad recaudatoria del Estado y su progresividad; lucha contra el fraude fiscal para recaudar 12.000 millones para gasto social; prohibición de las “puertas giratorias de los ministros”; acabar con la corrupción; reforma de la TVE que asegure su pluralidad; impedir los desahucios por impago de hipotecas abusivas; revertir los recortes

en los servicios públicos (sanidad, vivienda y educación); prohibir el corte de luz y de gas a personas sin recursos; aumento del salario mínimo; una vicepresidencia de Gobierno definida como “espacio de acción política orientada a la defensa de los derechos sociales y políticos” y, para resolver el problema de Catalunya, celebración de un referéndum no vinculante.

La respuesta del PSOE fue que “Pablo no sabe ni en dónde está ni qué papel le corresponde”. La contrarréplica de Iglesias: “Mientras que los viejos aparatos y sus profesionales no desaprovechan ninguna oportunidad para hacer lo contrario de lo que predican, pactando con lo que ellos mismos llaman ‘las derechas’, las bases socialistas simpatizan más con nosotros que con esas derechas”. “Nos necesitamos mutuamente para gobernar. El PSOE solo no puede…”. *El País* titulaba “Iglesias se borra del pacto” y reprochaba su “arrogancia” y “una puesta en escena que ha vuelto a irritar a todos los socialistas (hasta a los que querrían negociar con él)”. La encuesta encargada por este diario daba la culpa del fracaso de la investidura de Sánchez a Podemos (38%), al PP (35%) y al PSOE (15%) mientras que un 38% reconoce a Ciudadanos su talante negociador; un 26% se lo asigna al PSOE y solo lo percibe en el PP (9%) y en Podemos (8%). Con lo cual quedaba claro para el rotativo “centrista” lo mismo que pretendían los jerarcas del PSOE: que Sánchez no pactara con Podemos, pues éste, en realidad, no quería pactos, sino que, al no ser investido el socialista, habría que ir a nuevas elecciones, en las que Iglesias podría denunciar que si Rajoy había seguido en funciones, era por culpa del PSOE. Como veremos, los *susanidas* (los partidarios de la andaluza Susana Díaz) ya estaban conspirando para apartar del cargo a su Secretario General, si además de pactar con Ciudadanos no se abstenía en una futura investidura de Rajoy, para dar paso a una entente a la alemana entre los tres partidos y que dejara en la oposición minoritaria a Podemos.

La reacción de Sánchez fue inmediata: “Hoy Iglesias ha traicionado a los millones de votantes de Podemos que votaron por el cambio y es el responsable único y último de que Mariano Rajoy siga siendo

presidente del Gobierno". Insistió en que no tiraba la toalla y que seguiría luchando para lograr la mayoría que propicie el cambio. Pero no hizo ninguna autocrítica de su mayor error: el de alterar el eje derecha-izquierda, a la hora de concebir en qué consistiría dicho cambio, a favor del eje inmovilismo-cambio. Como demostró Iglesias, no se trataba de cambiar a Rajoy por Sánchez, sino las políticas neoliberales del PP por las políticas de una izquierda que volviera a ser consecuente con su arraigo popular.

Sánchez hizo un último intento. Quiso que Ciudadanos se abstuviera en la votación por mayoría simple si él lograba que Podemos renunciara al referéndum catalán para así poder pactar con su rival de izquierdas. Ni Albert Rivera accedió ni Iglesias renunció a nada. Solo quedaba la opción preferida por Rajoy: que fuera el PSOE el que se abstuviera y así evitar nuevas elecciones. Conseguía perpetuarse una legislatura más sin haberse presentado como candidato. El PSOE no se abstuvo y hubo de convocar nuevas elecciones.

Los "*susanidas"* del PSOE pusieron de nuevo a su secretario general entre la espada y la pared: o su grupo parlamentario favorecía la continuidad de Rajoy e impedía, "por razones de Estado", nuevas elecciones, o le apartaban del cargo. Se hizo famoso el no de Sánchez a votar a Rajoy: "¡No es no!". Reunido de urgencia el comité federal del PSOE, decidió mayoritariamente la destitución de Sánchez y sustituirlo por una Gestora dominada por el grupo conservador. Sánchez renunció a su acta de diputado y se lanzó a un encuentro por toda España con las bases del partido con el fin de obligar a la Gestora a convocar lo antes posible un Congreso del PSOE y unas nuevas elecciones primarias para recuperar la secretaría perdida. Su lema fue "¡Vamos a refundar el PSOE!".

En un popular programa televisivo de Jordi Évole, Sánchez confesó que su voluntad había sido pactar con Podemos, pero que los "poderes" de su partido se lo prohibieron debido a las presiones de la Banca, los empresarios del Ibex 35 y algunos medios de

comunicación como *El País.* Por otra parte, se mostró de acuerdo con Iglesias en que Cataluña sea una nación. Los socialistas catalanes estuvieron desde el principio al lado de Sánchez y provocaron las iras de Susana Díaz. La Gestora del PSOE expulsó del grupo parlamentario a los 15 diputados que no se abstuvierron y amenazaron romper el pacto de medio siglo que une al PSC-PSOE. Miquel Iceta, el máximo dirigente del PSC instó a Sánchez a que compitiera y pactara con Podemos.

Sánchez triunfó en las primarias del año siguiente ante el estupor de los que apostaron por la "sultana" andaluza como la nueva secretaria general del PSOE, incluida la vieja guardia y la mayoría de los barones regionales conservadores y caciquiles, partidarios del viejo bipartidismo. Elegido por un nuevo comité federal con todos los honores, Sánchez elogió agradecido a los militantes que le habían conducido a recuperar el cargo y se presentó como la única y verdadera Izquierda, entre el viejo PSOE y Podemos. La actitud de Iglesias impactó a Sánchez y le permitió entender lo que se jugaba personalmente si, como había prometido, no renovaba al histórico partido, fundado por otro Pablo Iglesias, para enfrentarse en nombre de los trabajadores a la oligarquía caciquil de la Derecha eterna. O el PSOE llegaba a acuerdos con UP para gobernar coaligados o su destino era acabar como ya estaba acabando la socialdemocracia neoliberal en Alemania, Italia y Francia.

La nueva presidenta del partido, a propuesta de Sánchez, fue la veterana ministra socialista Cristina Narbona, la cual, al ser entrevistada, reconoció que "nuestra socialdemocracia se vio contaminada por la influencia del modelo económico conservador y neoliberal". Puso como ejemplo positivo de la nueva socialdemocracia a la de nuestro vecino Portugal, en donde gobierna con el apoyo de grupos más a su izquierda. Arropó a Sánchez en su afirmación de la pluralidad nacional de España y se planteó como la mejor respuesta al independentismo catalán una reforma de la Constitución en sentido federal, con la cual "una mayoría muy importante de catalanes podrína sentirse satisfechos".

Dos días antes de que Sánchez fuera elegido como líder del PSOE, Iglesias presentó una moción de censura al Gobierno de Rajoy. La propuesta fue muy criticada por la derecha y por el propio PSOE. Este se negó a apoyarla al ver en ella una maniobra para influir en el resultado de las primarias. Según las encuestas, un 51% estaría en contra frente a un 46% a favor… La apoyarían los votantes de izquierda (85% de Podemos y 54% del PSOE) y los jóvenes de 18 a 34 años en un 61% frente al rechazo de los mayores (65%). Por su parte, tanto la UGT como Comisiones Obreras la consideraron justificada y bienvenida.

El artículo 113,2 de la Constitución establece que la moción de censura al Gobierno deberá ser propuesta al menos por la décima parte de los diputados y habrá de incluir un candidato a la Presidencia del Gobierno. Se trata de la llamada "moción de censura constructiva" porque el país no se queda sin gobernación, pero dificulta su eficacia porque realmente de nada sirve si el Congreso no se pone de acuerdo por mayoría absoluta en quién se presente como censor y al mismo tiempo candidato a presidente. La prueba es que las dos únicas veces que se planteó en el pasado fracasó por esa razón. Los 71 escaños de Podemos eran suficientes para censurar a Rajoy. Pablo Iglesias sabía de sobras que no contaba con las suficientes mayorías para sustituirlo, pero estaba convencido de que su censura no solo debilitaría al Gobierno del PP, de corrupción notoria, sino que les convertiría a los ojos de la opinión pública en el líder de la oposición. En todo caso, como se demostró más tarde, obligaría al nuevo PSOE de Sánchez a disputarle ese honor y, si éste perdía las primarias, el "*sorpasso"* parlamentario estaba asegurado.

El resultado numérico de la censura fue de 82 votos a favor (Podemos, Compromís, Esquerra Republicana de Catalunya y EH-Bildu), 170 en contra (PP y sus franquicias Unión del Pueblo Navarro y Foro Asturias, Ciudadanos y Coalición Canaria). Se abstuvieron el PSOE, el Partido Nacionalista Vasco, el PDECAT (antigua CDC) y Nueva Canaria (97). El resultado político fue, en cambio, espectacular. Se reveló la gran categoría parlamentaria de

la portavoz de Podemos, Irene Montero, quien en el debate hizo una impresionante denuncia de la política antisocial del PP, de sus recortes económicos en los servicios públicos fundamentales, en las privatizaciones neoliberales, en la corrupción sistemática y en el mantenimiento del conflicto con Cataluña con la finalidad de lograr votos y de dividir a la izquierda.

El País tuvo que reconocer al día siguiente que "Podemos ha perdido la moción de censura pero ha conseguido cuatro objetivos: centrar el debate en la corrupción, socializar el concepto "España plurinacional", recordar que el PP y sus socios no alcanzan la mayoría absoluta y entronizar a Irene Montero como parlamentaria de primera". *La Vanguardia*, por su parte, escribió en su editorial: "La dirección de Podemos tuvo la tentación de hacer teatro en el Congreso, pero aprovechó la ocasión para hacer política. Más allá de haber señalado al PP como el epicentro de todos los males, que era lo esperado, la nueva izquierda fue capaz de exponer los problemas políticos de fondo que tiene el país sin alharacas, pero con contundencia. La sorpresa de la jornada fue Irene Montero, la portavoz de Podemos, que lanzó un encendido discurso contra la bancada popular".

Al mismo tiempo que Podemos se revelaba como la única fuerza política capaz de probar la urgente necesidad de echar del poder al PP de Rajoy y ponía en bandeja al PSOE la posibilidad de hacerlo con sus votos mientras le ofrecía su apoyo y el consenso de vascos y catalanes, Iglesias se decidió a otra operación complementaria, audaz e imaginativa: promover una asamblea de parlamentarios que exigiera la creación de una comisión en el Congreso encargada de abrir un debate sobre la crisis catalana y la aceptación de un referéndum pactado entre el Estado y la Generalitat. La propuesta era un mensaje a Rajoy de que no debía menoscabar los derechos políticos de los ciudadanos catalanes dispuestos a votar su unilateral referéndum anunciado por Puigdemont para el 1 de octubre. Iglesias había tenido contactos con el President catalán, con el líder de ERC, Oriol Junqueras, y con la coordinadora del PDECAT, Marta Pascal. El PNV anunció su disposición a participar

en todos los foros de diálogo que buscaran soluciones políticas a la cuestión nacional catalana y vasca. El PSOE se sumó al PP y Ciudadanos al rechazo de la propuesta de Iglesias y los socialistas aragoneses prohibieron que la conferencia de parlamentarios se reuniera en Zaragoza, lugar escogido para ella. El foro fue un éxito, pero tuvo que celebrarse prácticamente en la clandestinidad y con riesgos incluso físicos para sus participantes.

El mismo día en que se conoció la sentencia sobre el "caso Gürtel", en que el PP era declarado "organización criminal" por organizar un sistema de financiación ilegal de sus campañas electorales, Iglesias comunicó a Sánchez que, si éste presentaba una moción de censura contra Rajoy, la apoyaría sin condiciones y que, si fracasaba en el intento, pactaría con Ciudadanos, otra, de carácter instrumental, para convocar elecciones inmediatas. Para Albert Rivera, que aspiraba a sustituir a un PP corrupto, la propuesta de Podemos era más que aceptable, pero la oculta finalidad de Iglesias era que el PNV prefiriera apoyar la moción de censura, aunque la caída de Rajoy supusiera el fracaso del acuerdo ya alcanzado en los presupuestos del PP favorable al País Vasco, ante el temor de que un triunfo electoral de Ciudadanos pudiera dar cumplimiento a su conocida amenaza de suprimir el sistema de cupo vasco. Para acabar de tranquilizar al PNV, Iglesias se descartó como posible candidato a la Presidencia del Gobierno.

En la primera sesión de la moción de censura que Sánchez presentó, justificándola precisamente en la sentencia sobre la corrupción del PP (que hizo constar la evidente incredibilidad del testimonio de Rajoy cuando negó conocerla) el dirigente socialista logró que, por primera vez en cuarenta años de régimen democrático, una moción de censura obligará a cambiar de Gobierno. Frente a los 169 votos del PP y sus franquicias se alzaron los 180 –mayoría absoluta– favorables a Sánchez. Se despidió así al astuto y flemático Mariano Rajoy tras siete años de imperturbable resistencia a perder la presidencia de su partido y de un gobierno plagado de corrupciones y cínicos embustes.

QUINTA PARTE

Un gobierno socialista en difíciles funciones

Sánchez e Iglesias pactaron el apoyo al nuevo gobierno socialista en funciones mientras no se celebrarán nuevas elecciones. Sánchez, que en la investidura las prometió inmediatas, optó por agotar la legislatura en 2020. Podemos exigió a cambio de haberle facilitado la investidura y conseguido los apoyos de vascos y catalanes una serie de medidas sociales urgentes, como revertir los recortes del PP, reformar la fiscalidad, regular el mercado del alquiler, subir las pensiones, igualdad en los permisos de maternidad y paternidad, la supresión del copago farmacéutico, así como desbloquear las múltiples propuestas legislativas de Podemos en el Congreso, entre ellas una ley de eutanasia. Como es de ver, todas cuestiones referidas a las necesidades más prolongadas en la vida de la gente. La primera medida importante para los trabajadores fue subir el salario mínimo interprofesional, que pasó de 736 euros a 900 mensuales: un incremento del 22,3%, el mayor desde el 23,2% de 1976.

Desde el mes de junio de 2018 hasta enero de 2020 la vida política española va a consistir en un forcejeo cada vez más tenso entre los partidos políticos y sus respectivas estrategias y tácticas sobre dos cuestiones de grave problemática:

1. La pugna entre la política económica neoliberal de la derecha (que había infectado tanto al PSOE) y las presiones de Iglesias para que el socialdemócrata Sánchez cumpliera su prometido giro a la izquierda.

2. La pugna entre el independentismo catalán y el Estado español, convertida en la principal arma propagandística de la Derecha contra el PSOE y Podemos, acusados de traidores a la unidad de España y a la Constitución.

Ambas pugnas se entrecruzarán continuamente y aumentarán el nivel de tensión emocional, de violencia retórica y de desacuerdo ideológico entre los diversos bloques y, no menos, en el seno de cada uno de ellos. Habrá desacuerdo entre Sánchez e Iglesias en cómo resolver la crisis catalana. Lo habrá en los grupos de la Derecha para que sus electorados los escojan como los mejores defensores de la unidad española frente a los separatistas y sus cómplices., Lo habrá, en fin, entre los propios independentistas catalanes: los republicanos de izquierda presionarán a Sánchez con el apoyo a su investidura y a los presupuestos del Estado mientras que la Derecha postconvergente de Puigdemont los tachará de traidores a la República independiente de Cataluña. En resumidas cuentas: las estrategias partidistas, las tácticas coyunturales de éstas y la consecución o no de acuerdos políticos que puedan satisfacer a la población interesada en Cataluña y en el resto de España tejerán una densa maraña de tensiones y expectativas (agrandadas por los medios de comunicación y las redes sociales) que durante un año y medio impedirán un avance mínimo en la resolución de los problemas vitales de la ciudadanía. En realidad, si el 7 de enero de 2020 puede ser considerado como el comienzo de una nueva legislatura, ésta no supondrá el final de la trama tejida durante la etapa anterior.

Bajo la apariencia de una legislatura con vocación de estabilidad, de políticas sociales en favor de la gente más vulnerable, y disposición a un diálogo fructífero con el independentismo catalán, el nuevo Gobierno de coalición PSOE-Unidas Podemos se enfrentaba de nuevo, aunque en circunstancias relativamente distintas, con la misma pugna doble que el pueblo español recibió en herencia de los nefastos desgobiernos corruptos del Partido Popular. Para comprender mejor la nueva situación iniciada como paradójico regalo de Reyes del año 2020, vamos a hacer un recorrido de sus principales avatares, a través de dos fases diferentes, a cual más difícil, para comprobar que la segunda constituyó una desesperante repetición de la primera. Antes es necesario intercalar un recurso explicativo sobre los orígenes históricos y las causas contemporáneas del desafío independentista catalán. Solo si se

tiene una visión objetiva y clara de tal reto para la política del Estado español se puede entender y demostrar el papel clave que Unidas Podemos jugó (y jugará si le dejan, si puede) en un intento de resolver, de manera razonable, justa y consensuada, un problema nacional no menos clave y grave.

Unidas Podemos y su papel clave en el conflicto calalán

En España, los primeros movimientos obreros contra el capitalismo fueron de signo anarquista y algo más tarde marxista. El anarquismo prendió entre el campesinado andaluz y en Cataluña, pero la industria textil catalana, la minería asturiana y la industria naviera y pesada del País Vasco fueron los espacios más activos y constantes del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) fundado por el linotipista ferrolano Pablo Iglesias en 1874. Aunque su fundación clandestina se produjo en Barcelona, el predominio del proletariado ácrata le llevó a extender su acción reivindicativa a Madrid y al resto de la geografía nacional.

Cataluña fue, desde el segundo tercio del siglo XIX, la gran protagonista de la política española. Las influencias europeas, a través de su vecina Francia, introdujeron las ideas republicanas, demócratas, libertarias y socialistas en una España dominada por unas oligarquías rurales de mentalidad tradicional, que defendían sus intereses económicos mediante una Administración centralizada en la capital del Reino y una Guardia Civil represora de cualquier protesta popular. En Cataluña se gestaron los primeros movimientos políticos progresistas contra la monarquía de Isabel II. El catalán Joan Prim encabezó la revolución de 1868 y en 1873, otro catalán, el demócrata y federalista Francisco Pi y Margall, presidió la I República española. Los conservadores recurrieron al Ejército y éste restauró la monarquía durante medio siglo más de poder oligárquico y caciquil de las clases altas.

Durante ese medio siglo, de 1874 a 1931, Cataluña fue no solo el escenario más agitado de la lucha de clases entre su proletariado y su burguesía, sino también el foco de una izquierda pequeñoburguesa, democrática y socializante que pretendía, a través de un sistema federal de organización territorial de España sustituir los feudos, señoríos y “cortijos” de la aristocracia y

burguesía rurales por un auténtico Estado de Derecho y social. Dicha izquierda federalista, heredera del republicanismo democrático y federante del siglo anterior, promovió en 1917 un cambio constitucional en España, aliada con una clase obrera en constante lucha, azuzada por la revolución soviética. La respuesta fue un pacto defensivo entre las derechas, española y catalana, que culminó en la dictadura militar que, en 1923, impuso en toda España el capitán general de Cataluña Miguel Primo de Rivera. Cuando la alianza de republicanos y socialistas trajo la II República y se aprobó una Constitución que admitía una cierta descentralización del Estado, la izquierda catalana alcanzó un Estatuto de autonomía y defendió al nuevo régimen democrático frente a los intentos restauradores de la derecha. Cuando ésta se aprestaba a emprender una contrarrevolución filo-fascista, las izquierdas catalanas proclamaron, en 1934, el Estado catalán como miembro de una República federal española y ofrecieron a ésta que su capital fuera Barcelona. Encarcelado el Gobierno de la Generalitat y liberado por la victoria electoral de un Frente Popular antifascista, la reacción de las derechas fue, una vez más, el golpe militar del general Franco, el cual, tras una guerra civil de tres años con el apoyo del Eje nazi-fascista, abolió el Estatuto catalán y estableció para toda España una férrea dictadura represora durante cuarenta años.

Este permanente conflicto de siglo y medio entre la derecha española y la izquierda catalana ha provocado la tendencia popular hispana a asumir como ciertos los tópicos negativos que esa derecha ha ido vertiendo constantemente al calificar a los enemigos de sus intereses insolidarios e injustos como “antiespañoles” y “separatistas” por ser exactamente lo contrario: su patriotismo español aspiraba a un Estado democrático con justicia social y autogobierno pluralista. Federar es unir y no separar, pero las derechas, auspiciadas por el prolongado régimen franquista, han dejado un poso de catalanofobia y de recelo activo hacia todo lo catalán que siempre les ha servido, en democracia, para obtener con seguridad una notable cantidad de votos electorales apelando a los tópicos citados.

Esta conocida estrategia de las derechas ha tenido siempre el plus añadido de obligar al PSOE a demostrar en todo momento que compartía en cierta medida (la suficiente para no perder votos) la actitud de recelo anticatalán. Los “barones” socialistas no dejaron de mostrarse recelosos con los supuestos privilegios insolidarios de Cataluña.

Tanto Felipe González como Zapatero siempre prefirieron el apoyo de Pujol a costa de una oposición eficaz del PSC a las políticas de la derecha nacionalista, porque mantenía el statu quo bipartidista español que consideraba potencialmente amenazado por el izquierdismo federal del PSC, heredero de una larga tradición catalana. Cuando Pasqual Maragall le arrebató el poder de la Generalitat a un Pujol apoyado por el PP de Aznar, formó un gobierno tripartito con socialistas, Esquerra Republicana de Catalunya e IC-V (los antiguos comunistas del PSUC) y presentó a las Cortes españolas un proyecto de nuevo Estatuto catalán que permitiera un mayor desarrollo económico y social y favoreciera una mayor integración de la sociedad catalán en las instituciones del Estado y de Europa así como potenciar las posibilidades de desarrollo de las restantes Comunidades Autónomas. El presidente Zapatero, instigado por sus “barones”, más temerosos de que ese aumento de poder de la izquierda federalista catalana pudiera poner en peligro su caciquismo heredado del bipartidismo turnante de las antiguas oligarquías regionales, provocó la caída de Maragall, la crisis de su gobierno y la victoria en las siguientes elecciones autonómicas del sucesor de Pujol, Artur Mas. El propio Zapatero fue causa indirecta de la mayor crisis territorial de España desde la instauración de las Comunidades Autónomas. El PP, dentro de su oposición completamente destructiva y desleal al Gobierno socialista, presentó un recurso ante el Tribunal Constitucional contra el Estatuto catalán, refrendado por amplia mayoría en 2006, e impulsó un referéndum (inviable jurídicamente pero gran movilizador de la catalanofobia) y un millón de firmas contrarias a que Cataluña se “separara” de España, rompiera su unidad y atentara contra el régimen constitucional. Aunque el alto tribunal falló en su contra en 2010, su desprestigio por la manipulación que el PP hizo para que

votara según sus deseos, fue aprovechado por el incipiente soberanismo catalán para deslegitimarlo y desautorizar una sentencia que fue interpretada y siempre considerada por éste como la provocadora de la posterior ruptura independentista.

En el año 2011, el PP derrota al PSOE en plena crisis financiera mundial y Artur Mas es el primero en iniciar los recortes presupuestarios en el gasto público que preludiaron los de Rajoy durante su largo mandato. Los jóvenes indignados que, al conjuro del 15 M de la madrileña Puerta del Sol, se manifestaron con idénticos lemas contestatarios, fueron disueltos con la mayor violencia por los Mossos d'Esquadra de Artur Mas. El *hereu* de la corrupción de la élite gobernante de la Generalitat (denunciada ya por Maragall y consentida por ciertos dirigentes de su partido) tuvo la astucia de reconvertir los ataques a su política neoliberal y a su corrupción adjunta en una arenga a la lucha por la independencia, apelando demagógicamente a la democracia, al derecho de autodeterminación de los pueblos y popularizando entre las masas la imagen de un Estado español negador de la identidad nacional catalana, resumido en el mantra de "España nos roba".

Se siguió la acostumbrada estrategia compartida de ambas derechas, aliadas siempre contra las izquierdas cuando alguna de éstas pone en peligro el poder de cada una de ellas, pues, a la larga, también peligraría el de la otra. La catalana diseñó un proceso conflictivo con el Estado durante los cinco años económicamente críticos con lo cual reorientaba hacia "el enemigo exterior" a su enemigo interno. La española, encarnada en el PP de Rajoy, vio asegurado el apoyo de la catalanofobia popular, que le permitía distraer de las cada vez más evidentes muestras de corrupción y, de paso, tener asegurada la no beligerancia del PSOE al estar dicho partido sometido al chantaje de sus baronías de no ser tachados de ceder a los retos de la anti-España. Pero tan astuta estrategia se les fue de las manos. Tras un lustro en el que Rajoy se limitó a dar una respuesta meramente judicial al conjunto de ilegalidades que iban cometiendo los dirigentes del *procés* independentista, envalentonados por el éxito que sus proyectos parecían tener entre

las masas obnubiladas por su brillante demagogia, llegó un 1 de octubre del año 2017 en el que el Govern de la Generalitat, apoyado en la mayoría soberanista del Parlament, celebró un ilegal referéndum de autodeterminación que les resultó favorable pero que intentó impedirse con extrema violencia por parte del Estado. La consecuencia inmediata fue la suspensión del Estatuto por una aplicación (anticonstitucional) del artículo 155 CE, la prisión de los principales dirigentes independistas, acusados de rebelión, y el exilio del presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont y varios miembros de su Gobierno.

Desde el otoño de 2017 hasta la moción de censura a Rajoy que llevó al Gobierno de España a Pedro Sánchez, el PSOE dio su apoyo al Gobierno de la Derecha y a la suspensión del Estatuto “por razones de Estado” y por dar crédito a las falsas promesas de Rajoy de una futura reforma constitucional que permitiera resolver la crisis catalana. Pero las elecciones autonómicas que convocó el Gobierno español, celebradas el 21 de diciembre con el Estatuto suspendido, volvió a otorgar la mayoría de escaños a los partidos pro independencia. Estos, a la vista del fracaso de su intentona, entraron en un constante forcejeo respecto a cual habría de ser la estrategia a seguir en el futuro: si la de una resistencia numantina frente al Estado opresor, autoritario y antidemocrático que no excluyera la independencia unilateral (actitud de la derecha postpujolista) o la de un gradualismo táctico que obligara al Estado a negociar un referéndum de autodeterminación previamente pactado (opción de Esquerra Republicana). Según cuál de las dos opciones ganara los comicios autonómicos de 2021, en todo caso la ganadora dependería de la respectiva capacidad de haber atraído a su estrategia a una mayoría suficientemente convencida y amplia favorable al independentismo de los ciudadanos de Cataluña.

En ese momento histórico entra en juego el papel fundamental de Unidas Podemos a través de la persona de Pablo Iglesias. En todas sus campañas electorales expuso sin ambages ni eufemismos que era imprescindible una solución democrática del problema catalán, pues, en realidad, no es solo un problema catalán, sino, ante todo,

español. Iglesias conoce muy bien la historia moderna de nuestra patria y cuanto acabo de explicar sobre los últimos 150 años acerca de las relaciones entre las dos protagonistas de un único problema: el reconocimiento efectivo de que España constituye, como definió el socialista castellano Anselmo Carretero, una “nación de naciones” que obliga a organizar de una forma federal la unidad de España. En todo momento dejó claro que UP no compartía el proyecto independentista de Catalunya ni el hipotético de cualquier otra nación o región española, pero creía que lo democrático era que los ciudadanos de Cataluña fueran convocados a un referéndum consultivo, no vinculante (art.92 CE), en virtud del cual se procediera, si era preciso, a la reforma constitucional más conveniente para solucionar el conflicto y asegurar un futuro no de mera conllevancia, como creía Ortega y Gasset, sino de empática convivencia.

Podemos es el único partido político de ámbito estatal que se ha organizado en función de las identidades nacionales y regionales. Siempre ha mantenido un abierto y público diálogo con los líderes independentistas catalanes y fue el promotor del apoyo de éstos a la moción de censura a Rajoy. Cuando, el 12 de febrero de 2019, se abrió el juicio por el delito de rebelión que se les imputaba, sus respectivos partidos se negaron, en protesta, a apoyar los presupuestos del Estado y obligaron al Gobierno en funciones a convocar las elecciones del 28 de abril. Fue evidente que, por primera vez desde 1978, los nacionalistas catalanes eran imprescindibles a la hora de aprobar unos presupuestos estatales y que sin ellos, el Gobierno de España era obligado a convocar elecciones generales del Estado. En los años de bipartidismo también se demostró que para obtener la mayoría absoluta de escaños, tanto el PP como el PSOE tuvieron que contar con el apoyo expreso de los grupos nacionalistas catalán y vasco, hasta el punto que se llegó a proponer por un sector del PP y, más tarde por los furibundos anticatalanistas de Ciudadanos, una reforma de la ley electoral que impidiese esa dependencia tan indigna y ofensiva para la política española.

Se da la paradoja de que la radicalización nacionalista catalana, fomentada durante un lustro por el PP de Rajoy, ha hecho depender de los grupos parlamentarios independentistas, más allá de las mayorías absolutas de los partidos de ámbito estatal, nada menos que su capacidad para aprobar sus presupuestos y su necesidad de acudir a nuevas elecciones, con el problema agravado de alterar su grado de presencia en el Congreso de los Diputados y en el Senado. ¿Se quiere mayor dependencia de los “unionistas” respecto a los “independentistas”? Sí. El propio sistema de partidos estatales ha quedado afectado por el aumento de votos que han ido obteniendo en las elecciones generales los soberanistas catalanes de derecha e izquierda. Incluso su izquierda extrema (CUP) cuenta con un escaño desde el 10 de noviembre de 2019. En la nueva legislatura hay 37 independentistas catalanes y 5 vascos (Bildu), o sea 42 escaños que podrían hacer factible la mayoría absoluta de los dos bloques enfrentados: el de derechas (152) y el de izquierdas (158). Pero, ¿cuál sería el precio a pagar por ese apoyo?, ¿en qué pueden estar interesados, ambos bloques estatales de España, en pactar con los 42 reclamantes de un Estado propio? La izquierda catalana ya puso como condición para apoyar la investidura de Sánchez una mesa de negociación Estado-Generalitat a la que el independentismo se sentaría para reclamar un referéndum de autodeterminación vinculante y la amnistía política para todo el movimiento soberanista. De que dicha mesa aporte algún resultado de acuerdo. depende el apoyo de ERC al Gobierno de coalición PSOE-UP.

Otra gran paradoja es que el fomento del independentismo catalán que logró Rajoy se volvió un bumerán para el PP, del cual se escindió el sector más ultra en forma del partido nacional-populista Vox. Su rápido crecimiento hasta alcanzar ser la tercera fuerza parlamentaria con 52 diputados le convierte en una fuerza de la que depende tanto como CS. Ha sido la más nefasta consecuencia para España y su democracia esta resurrección del franquismo justo en la exhumación del dictador.

UP, por tanto, es el pivote donde se inserta todo el sistema político español, pues mantiene el movimiento flexible necesario para hacer cuadrar el círculo de los dos bloques sin posibilidad práctica de entendimiento. Las políticas sociales propuestas por UP son las únicas que pueden frenar el meteórico avance del virus de Vox entre las víctimas españolas del neoliberalismo capitalista. Solo el diálogo y el acuerdo con los independentistas catalanes puede acabar con el otro foco vírico que impide la vida democrática en nuestra patria. Ambos focos se retroalimentan e impiden una nutrición sana que fortalezca a nuestras instituciones y a la población que ellas representan.

Del Gobierno socialista en funciones a las elecciones autonómicas andaluzas (junio-diciembre 2018)

El pacto entre Sánchez e Iglesias tras la caída de Rajoy consistió en la aceptación de una futura coalición de gobierno PSOE-Podemos, supeditada implícitamente a que los morados no se extralimitasen en sus presiones. Iglesias confirmó su voluntad de olvidarse del "*sorpasso"* y pasar a ejercer de colaborador imprescindible de una socialdemocracia que renunciara en la práctica, y no solo en teoría, al neoliberalismo del viejo PSOE. En la espera de agotar la legislatura interrumpida por la censura a Rajoy, Iglesias se conformó con que el Gobierno Sánchez fuera cumpliendo sus promesas mediante decretos-leyes, aunque se quejó varias veces de que éstos suponían una versión recortada y tímida de lo acordado. Por otra parte, el proyecto de presupuestos del Estado que habían de sustituir a los del PP y que respondían a un acuerdo muy ambicioso entre los dos partidos de izquierda, topaban con el veto de los populares, pues en su día aprobaron una ley (inconstitucional) por la cual el Senado, con mayoría absoluta conservadora, podía controlar el techo del déficit y cumplir así con las obligaciones de nuestra deuda estatal con Europa. Otra mayor dificultad era una condición *sine qua non* para que el proyecto presupuestario pudiera seguir su curso de aprobación parlamentaria: el apoyo del Partido Nacionalista Vasco y de los grupos independentistas catalanes, los mismos que apoyaron la moción de censura que invistió a Sánchez. Pero en ese tiempo estaba pendiente del juicio penal de los dirigentes del procés catalán y ambos partidos responsables del mismo temieron ser tachados de traición a su común causa si apoyaban los presupuestos de un Estado que consideraban opresor. Iglesias llegó a visitar en la cárcel a los dirigentes encarcelados, entre ellos Oriol Junqueras, líder de ERC, para intentar convencerles, pero fracasó sin remedio. La consecuencia fue la convocatoria de elecciones generales para el 28 de abril de 2019.

Pero en el intermedio se celebraron las elecciones autonómicas andaluzas en fecha anticipada por intereses tácticos de la presidenta socialista. Su resultado fue un claro aviso de que la política española se escoraba hacia un enfrentamiento de bloques, en el que el de izquierda corría el riesgo de ser superado por el de la derecha.

El PSOE de Susana Díaz, pese a ganar las elecciones, perdió 400.000 votos y Unidos Podemos (Adelante Andalucía) 282.000. La participación cayó en algo más de 330.000 sufragios. Los cálculos postelectorales comprobaron que los dos partidos menores de la derecha, Ciudadanos y Vox, se habrían visto beneficiados de más de 200.000 votos provenientes de la izquierda. Resultaba indudable que el PSOE pagaba su larga hegemonía en la región, sus errores, la supuesta corrupción de sus líderes y sobre todo su inoperancia ante los endémicos problemas económicos y sociales de Andalucía sin otra solución que el manejo clientelista y caciquil de las ayudas europeas para el desarrollo regional. La fuerte abstención de los votantes socialistas de una fidelidad impresionante durante tres décadas, fue una prueba terrible para las pretensiones de un partido que se jactaba de ser la auténtica izquierda del país. Ahora bien, Adelante Andalucía, la marca de Unidos Podemos, dominada por la corriente anticapitalista y contraria desde siempre tanto a pactar con el PSOE como a depender de la dirección estatal de UP, también fracasó por no haber sabido atraerse a un proletariado descontento, desconfiado y, al final, indignado, el cual en cierta medida acabó votando a Vox.

Vox fue el gran vencedor en Andalucía a pesar de sus pocos escaños porque puso de relieve el nuevo papel que desempeñaría en el conjunto de la política española. Surgido de una escisión dentro del PP, no formalizada, pero como reacción a la “derechita cobarde” de los Gobiernos de Rajoy, en poco tiempo supo aglutinar a los desencantados de las actitudes “blandas” de éste frente al independentismo catalán junto a los sectores más conservadores del mundo rural en la España “vaciada” y a los nostálgicos del régimen franquista. Su descarada mentalidad xenófoba, homófoba,

machista y de religiosidad integrista ofrecía soluciones drásticas para erradicar la "tiranía *progre*" del PSOE y de UP: ilegalización de todo partido nacionalista (vasco o catalán), supresión de todas las Comunidades Autónomas para volver a un Estado centralista, derogación de cuantas leyes se opusieran a su proyecto reaccionario. Eran, en definitiva, la versión española del populismo nacionalista surgido al final del siglo XX en Europa apoyándose en la incapacidad de la democracia liberal para atender a las clases populares en sus crecientes exigencias de justicia social, igualdad y seguridad… Su base de extensión es por tanto, como en el resto de Europa, los trabajadores que en el pasado votaban a los partidos comunistas o socialistas. Se convierten así, apelando al patriotismo nacional, a la corrupción de las élites gobernantes, al peligro de la inmigración extranjera, en el mayor rival de una izquierda que pretenda, como mínimo, paliar los efectos del neoliberalismo mediante reformas sociales. O éstas se producen de forma progresiva y estable o el sistema democrático naufraga en medio del oleaje antidemocrático y antiliberal de un neofascismo. Como dijo Pablo Iglesias: "El verdadero patriotismo es llegar a fin de mes".

El Gobierno surgido de las elecciones andaluzas de 2 de diciembre de 2018 marcó un hito en el proceso de confrontación partidista. Se formó por primera vez en España un tripartito presidido por el PP con la colaboración de Ciudadanos y Vox. El bloque de la Derecha andaluza se convirtió de pronto en un ensayo de tripartito derechista en el Gobierno estatal. ¿Cómo reaccionaría la izquierda ante tal desafío? Pablo Iglesias lo tenía muy claro: un gobierno de coalición con el PSOE, apoyado por los nacionalistas vascos y catalanes, que llevara a cabo sin dilaciones y sin timideces las profundas reformas económicas y sociales que restauraran a los ciudadanos todos los derechos fundamentales violados por las políticas depredadoras y anticonstitucionales de la derecha, protectoras de los intereses egoístas y minoritarios de los más poderosos y enriquecidos gracias a la crisis financiera.

De las elecciones de 28 de abril de 2019 al Gobierno de coalición PSOE-UP de 7 de enero de 2020

La Derecha, envalentonada por la victoria andaluza, se dispuso a dar la batalla definitiva a unas izquierdas divididas. No solo el PSOE y UP desconfiaban entre sí pese a su inicial acuerdo de “socios preferentes”, sino que las convergencias podemitas fueron despedazando la confederación que en 2016 había logrado hasta 72 escaños en el Congreso de los Diputados. La primera fue la Marea gallega. Siguió el valenciano Compromís. La campanada la dio Iñigo Errejón, que abandonó el partido por él fundado y creó uno nuevo, Más Madrid, con la alcaldesa Manuela Carmena. La dirección de UP murciana se unió al partido errejonista y lo mismo hicieron los ecologistas de Equo, la Chunta de Aragón y Compromís. Pablo Iglesias, concluido el periodo de cuido paternal de sus mellizos, se dispuso a impulsar una de sus campañas electorales más decisivas, centrada en un programa de reformas sociales que hiciera efectivos y vinculantes los derechos proclamados por la Constitución en sus artículos 39 a 52, prácticamente incumplidos durante la extensa etapa bipartidista. Advirtió a sus posibles votantes que los poderes económicos presionarían en favor de una alianza del PSOE con Ciudadanos y fue rotundo en afirmar que: “Para que haya un Gobierno de izquierdas, nosotros tenemos que estar ahí”. Para UP fue muy oportuna la noticia de que el PP, a través de la “policía patriótica” del Ministerio del Interior, había tratado de demostrar mediante el llamado “Informe PISA” (acrónimo de Pablo Iglesias, S.A.) su dependencia financiera del Gobierno Maduro de Venezuela, con la finalidad de apartarle de una posible coalición con el PSOE.

Iglesias volvió a promover la creación de una banca pública y volvió a reclamar que los bancos devolvieran a los ciudadanos los millones que consiguieron del Estado para enjuagar sus deudas. Insistió una vez más en que la banca, las multinacionales, los “fondos buitre” de

inversión inmobiliaria y los propietarios de muchos medios de comunicación tenían más poder que los diputados. Respecto a Cataluña expresó su repulsa al mantenimiento en prisión o en el exilio de los políticos independentistas y ofreció una mesa de diálogo de todos los partidos, incluidos los catalanes, como punto de partida para la solución del conflicto territorial. Su lema fundamental fue a lo largo y ancho de su campaña que “No venimos aquí para protestar, sino para decir las verdades y gobernar. Estamos más cerca que nunca de sentarnos en el Gobierno. Los poderosos lo saben y, por eso, vienen a por nosotros”.

Se celebraron dos grandes debates televisados al final de la campaña, Los partidos derechistas se enzarzaron en un bronco enfrentamiento rivalizando en sus ataques al presidente en funciones, Pedro Sánchez, el cual adoptó una imagen de impertérrita seguridad despectiva hacia sus oponentes, mientras que Iglesias le instaba repetidamente a que aceptara su apoyo para gobernar y reprochó a las derechas el tono desabrido y violento de sus intervenciones. Según las encuestas, el vencedor en ambos debates fue, unánimemente, Iglesias. De sus mensajes se destacó el tono sereno, respetuoso, dialogante e institucional. Se le vio seguro, creíble, solvente, alejado del tono bronco de la derecha y sin perder en ningún momento las formas. Bastante diferente de la imagen tópica de agresivo demagogo y subversivo radical que divulgaban los medios al servicio de los poderes fácticos. Algunos comentaristas utilizaron la ironía para asombrarse de las repetidas citas de la Constitución por parte del antiguo enemigo del “régimen del 78” y hubo quien achacó su tono moderado a su reciente experiencia de niñero, que lo habría “hecho más humano”.

La aparición de Vox y la alianza andaluza de toda la Derecha movilizaron a los votantes del PSOE, que confirmaron a Sánchez con 123 escaños. El PP tuvo una derrota espectacular, pues perdió sus 71 escaños de la etapa Rajoy y se quedó en 66, la mitad de los socialistas. Ciudadanos consiguió 57 y ya se vio a punto de sobrepasar a su rival, pues solo se distanciaba de él 9 escaños… Vox entró por primera vez en el Congreso aunque quedó por debajo

de sus expectativas con 24 escaños. UP, pese a la buena campaña de su líder, se desinfló, dividido como estaba, y obtuvo 35 escaños, casi la mitad de los logrados (71) en 2016. El independentismo catalán de izquierdas aumentó su presencia con 15 diputados.

La encuesta postelectoral del CIS reveló una significativa opinión ciudadana sobre las consecuencias políticas de los comicios. El 45% de los encuestados opinó que debería producirse una coalición entre varios partidos. La preferida en primer lugar era la de PSOE-UP con apoyo de partidos nacionalistas no independentistas y las abstenciones necesarias (34,1%). La segunda opción era la coalición PSOE-Ciudadanos (24,5%). Pablo Iglesias consideró que, pese al fiasco electoral, no perdía la confianza en que triunfara su coalición con Sánchez. Para él, el resultado era “suficiente para cumplir nuestros objetivos. Somos una fuerza imprescindible para que haya un gobierno de izquierdas en España”. Sin embargo, las siguientes elecciones municipales, autonómicas y europeas del mes de mayo aumentaron las dificultades de UP para poder presionar a Sánchez. Pusieron todavía más de relieve la inconsistencia organizativa de las antiguas confluencias. La formación perdió prácticamente casi toda su representación en la llamada “España vacía” o “vaciada” por la inoperancia del bipartidismo caciquil, incluida la única autonomía (Castilla-La Mancha) en que gobernaba coaligada con los socialistas, los cuales recobraron su mayoría absoluta. Cayeron casi todas las llamadas “alcaldías del cambio”, con la excepción de Barcelona y la de Cádiz en manos del sector anticapitalista de Adelante Andalucía… En la comunidad de Madrid, UP quedó desplazado al sexto puesto, al borde del 5% necesario para obtener representación. Tanto la Alcaldía madrileña como la Asamblea regional quedaron en poder del PP, aliado, como en Andalucía y Murcia, con Ciudadanos y Vox. Se demostró que la escisión del errejonismo fue letal para el conjunto de las izquierdas a la hora de impedir el asalto y la recuperación de la alianza de las derechas.

Sánchez vio revalidada su mayoría y UP dejó de ser determinante en la mayoría de las plazas. No obstante dicha realidad, el

corresponsal de *La Vanguardia* en Madrid, Pedro Vallín, escribía esto tras los últimos comicios: “Paradójicamente, el anticipo de las elecciones generales, la lealtad al proyecto conjunto del líder de Izquierda Unida, Alberto Garzón, y una campaña electoral modélica permitieron a Unidas Podemos salvar el *match point* de abril y convertirse en socio indispensable para el Gobierno de Pedro Sánchez”.

Pese a la debilidad negociadora de UP, los dos dirigentes tuvieron un encuentro y se prepararon para un largo y complicado regateo. “Nos hemos puesto de acuerdo en que tenemos que ponernos de acuerdo” dijo Iglesias. Ciertamente, desde el mes de mayo de 2019 hasta los primeros días del año 2020, durante más de siete meses, ambos políticos protagonizarán un combate dialéctico y táctico que mantuvo en tensión a todo el país a través de los medios de comunicación: prensa, televisión y redes sociales. El escenario de un complejo vodevil político, teatralizado a través de un duelo consistente en demostrar quien tenía más capacidad de resistencia: si el firmante de un propagandístico *Manual de Resistencia*, pertinaz presidente en funciones de un Gobierno en solitario y monocolor, o el tozudo dirigente de un movimiento democrático empeñado en un proyecto de entrar en un Gobierno coaligado de izquierdas con el lema, repetido hasta la saciedad, de “¡Sí se puede”. Si hubiera que resumir en pocas palabras la estrategia seguida durante la negociación por cada rival, la de Pedro Sánchez partió del dogma (irreal) de un Gobierno socialista monocolor y de la realidad (vista como un dogma) de la debilidad electoral de UP, que le imposibilitaba pretender la entrada en el Gobierno. A la hora de argumentar y justificar sus respectivas y contrapuestas razones, su patente diferencia estribó en que las de Iglesias se basaron en un realista sentido común democrático mientras que las del socialista fueron progresivas excusas tácticas para no atender a lo razonable invocado y ofrecer a cambio genéricas concesiones algo despectivas como un favor generoso y obligado a un aspirante, en principio, inevitable.

Las razones de Iglesias fueron: la imposibilidad de gobernar el PSOE con solo 123 escaños frente a los 147 que sumaba la tripleta derechista; la necesidad de Sánchez de ser apoyado por los mismos grupos que le invistieron como presidente en funciones; la deuda contraída con UP por la consecución de dicho apoyo; los acuerdos programáticos sobre los nuevos presupuestos progresistas, en especial el aumento inmediato del salario mínimo interprofesional que tanto tuvo que influir en el triunfo socialista del 28 A; y, en fin, la necesidad imperiosa de frenar, mediante reformas sociales urgentes, la deriva conservadora y reaccionaria de la triple Derecha, que ya había desbancado a la Izquierda con sus gobiernos coaligados en Madrid, Andalucía y Murcia y que seguía conservando su poder en Castilla-León y en Galicia.

Para mantenerse firme en un gobierno monocolor, Sánchez ofreció paulatinamente a UP cargos administrativos fuera del Gobierno, ministros sin perfil político sino técnico o escogidos entre personalidades independientes. Se negaba a renunciar a ministerios tan importantes como Defensa, Exteriores y Hacienda, porque las propuestas más importantes de UP estaban en contra de la Unión Europea tanto en política internacional como en materia económica. Además, en relación con la crisis catalana, no se podía compartir la propuesta podemita de un referéndum de autodeterminación.

Las sucesivas respuestas del equipo negociador de UP fueron el doble ofrecimiento de someterse a la política internacional, incluida la europea, del PSOE y no poner como condición para entrar en el Gobierno su propuesta de referéndum catalán aunque no lo consideraban como vinculante. En cuanto a los ministerios, solo pretendían ocupar los propios de políticas sociales para resolver los más urgentes y lesivos problemas de la gente y cuyas competencias no hubieran sido ya transferidas a las Comunidades Autónomas. Iglesias recordó varias veces que la necesidad para ellos de asegurarse las políticas sociales surgía, como un motivo más, del incumplimiento por el gobierno socialista en funciones de algunos acuerdos ya conseguidos en los presupuestos, de los que el PSOE presumió en las elecciones como obra suya.

Sánchez creyó llegado el momento de forzar la negociación al provocar el abandono de UP. Si Iglesias entraba en su Gobierno, no habría un solo gobierno, sino dos, lo cual se le antojaba imposible. Su frase hizo historia: “No podría dormir tranquilo”. Su veto a que Iglesias, como líder de UP, ocupara, lógicamente, una vicepresidencia del gobierno coaligado, le pareció al dirigente vetado contrario al respeto debido a sus electores, que si le habían votado era para que pudiese llegar a presidir un gobierno basado en el programa electoral ofrecido. No obstante, Iglesias no cayó en la trampa y aceptó el veto. Renunció para no ser un obstáculo a su proyecto de coalición de izquierdas. Sánchez se quedó sin más excusas para seguir negociando, a su pesar, con los resistentes podemitas. Pero el bloqueo negociador persistió convertido en un pintoresco vodevil de encuentros y desencuentros hasta el momento definitivo de la investidura de Sánchez.

Pese a que el dirigente socialista recibió en la sede del partido el sonoro aplauso de sus seguidores que celebraban la victoria junto al clamor “¡Con Rivera no!”, Sánchez no renunció en ningún momento, si no conseguía domeñar las pretensiones de UP a formar coalición con el PSOE, a lograrla con Ciudadanos. Hubiera sido su mejor solución, pues los 57 escaños “naranja” le otorgaban a sus 123 la ansiada mayoría absoluta, no solo a su investidura presidencial, sino a una legislatura estable y… ¡de centro-izquierda! Pero se topó con la ciega ambición de Albert Rivera de convertirse en jefe de la oposición de centro-derecha, visto el fracaso del PP. En esa opción perdida de girar hacia un PSOE oscilante entre ser izquierda verdadera o seguir siendo “izquierda” que mira al centro se inició el abandono de la política de Rivera tras su rotundo fracaso en las elecciones generales del 10 de noviembre.

Una encuesta de Metroscopia para *El País* atribuyó el bloqueo de las negociaciones PSOE-UP y, por tanto, a tener que repetir el intento de investir a Sánchez, al propio PSOE (31%) y a UP (17%). Pero el 20% consideró que Ciudadanos, al negarse a apoyar a Sánchez, era aún más culpable que los de Iglesias de que no hubiera nuevo Gobierno.

Sánchez acudió a la primera sesión de investidura solamente con sus 123 diputados y el representante del Partido Regionalista de Cantabria. En su contra votaron 170 (uno de ellos de UP) y se abstuvieron 52 (41 de UP, 6 del PNV, 4 de Bildu y 1 de Compromís). En la segunda sesión, los 124 votos pro Sánchez fueron rebasados por los 155 de los grupos derechistas, con la abstención de UP, de Compromís, PNV, Bildu y Esquerra Republicana de Catalunya.

El veredicto de los analistas políticos fue casi unánime: Sánchez había seguido una estrategia equivocada al servicio de un endiosamiento de su ambición de poder personal y capacidad de resistencia. De entrada se puso en duda que hubiera querido negociar de verdad con UP, grupo al que no podía ver con simpatía, pues pretendió sustituirle en la hegemonía de la izquierda, sobrepasarle en votos y arrinconarle en el papel de "centro-derecha" del viejo bipartidismo. Con razón algunos vieron que su verdadera finalidad era aprovechar la continua pérdida de votantes de UP entre 2016 y 2019 para dejar reducida su presencia política en una oposición de izquierda inoperante por radical y extremista, como ya la había calificado en 2015. Mientras fingía que negociaba con su socio "preferente" tendía con insistencia la mano hacia el PP y Ciudadanos alegando que si tanto le reprochaban su preferencia de pacto con UP, le ayudaran a prescindir de él dándole un apoyo en su investidura para luego llegar a los "pactos de Estado" más favorables para ambas partes. Se comportaba como si los demás tuvieran la obligación de apoyarle y fueran unos irresponsables por no hacerlo. Con una mentalidad más propia de un régimen presidencialista que parlamentario, creyó que su mayoría electoral le permitía gobernar sin pactar los apoyos precisos. Incluso se permitió sugerir una reforma constitucional que hiciera posible conseguir la investidura a la formación mayoritaria por el hecho de serlo. Pero Sánchez no se trabajó durante los meses transcurridos los apoyos necesarios y se limitó a protestar por el bloqueo pues, tanto a su derecha y a su izquierda, los demás no respetaban su éxito electoral. ¿A qué estratega se le ocurre que en dos días puede negociar un gobierno forzosamente de coalición?

Tuvo que repetirse dos meses después, por deber constitucional, su investidura, con la clara amenaza de que, de no conseguirla, habría que acudir a unas peligrosas terceras elecciones generales, con una Derecha enardecida y unos votantes de izquierdas decepcionados. Como si nada hubiese cambiado y las circunstancias fueran las mismas o parecidas, el vodevil de julio se repitió en septiembre. Sánchez insistió en que era víctima de un bloqueo a diestro y siniestro. Volvió a reprochar la contradicción derechista de criticar su dependencia de los escaños podemitas y de los independistas vascos y catalanes y que no pusieran los medios para impedirlo. Iglesias, por su parte, le ofreció *in extremis* un gobierno de coalición temporal, supeditada a la aprobación de unos presupuestos decididamente sociales, pero Sánchez lo rechazó. De UP se limitó a recordar que “ha impedido cuatro veces un Gobierno progresista. Lo hemos intentado por todos los medios, pero nos lo han hecho imposible”. Pablo Iglesias arremetió contra el dirigente socialista: “Nunca pensé que un presidente en funciones actuara cegado por su ambición de poder”. Una encuesta de GESOP para *El Periódico de Cataluña* reflejó que un 66,3% en España y un 80% en Cataluña opinaba que el PSOE y UP debían llegar a un acuerdo y consideraban al PSOE responsable de su fracaso (44,3% en España y 49,3% en Cataluña) y a UP (26% y 22,3% respectivamente).

En la ronda de contactos con el Rey de los grupos parlamentarios, Iglesias le pidió a Felipe VI que asumiera su función constitucional de árbitro e hiciera entender al candidato Sánchez que la única forma de evitar unas terceras elecciones era aceptar, para ser investido, la coalición con UP. El monarca pudo comprobar al final de la ronda de consultas que el líder socialista no contaba con apoyos suficientes para ser investido y, en consecuencia, no pudo proponer al único candidato que aspiraba a la investidura. Se disolvieron las Cortes y se fijó la fecha del 10 de noviembre para que los ciudadanos intentarán una vez más obligar con sus votos a poner en marcha un Gobierno estable, duradero y que atendiera con resolución y eficacia a los graves problemas que les aquejaban de

forma prolongada desde hacía una década. Es decir: algo que seguía pareciendo imposible.

Lo que convenció a los analistas políticos de que Sánchez prefirió repetir los comicios a formar un Gobierno con UP fue el giro espectacular de su nueva campaña electoral, dirigida sin ambages hacia la derecha. Multiplicó sus ataques a la formación morada insistiendo en sus descalificaciones más sabidas, típicas del PP, Ciudadanos y Vox: los podemitas ponen en peligro la democracia y la unidad de España; postulan un referéndum de autodeterminación para Cataluña; afirman que los dirigentes independentistas son "presos políticos"; proponen reformas económicas que impiden el crecimiento de nuestro país; carecen de experiencia de gobierno. Con estas invectivas creía perjudicar entre los votantes de izquierdas la imagen del antiguo "socio preferente" y atraerse los votos de Ciudadanos. También confiaba que muchos seguidores de Iglesias, decepcionados por el fracaso de su líder en su intento de acceder al Gobierno, dejaran de votarle y se pasaran a la izquierda "moderada" de Errejón, el cual transformó su partido de ámbito madrileño, Más Madrid, en otro de ámbito estatal, Más País, que arrebataría votos a UP. El cálculo de Sánchez es que, con unas nuevas elecciones se podía aumentar la mayoría alcanzada en abril mediante un giro táctico que agrupase a los votantes de centro-derecha y de izquierda moderada alrededor del PSOE, rompiendo así el bloque de la Derecha y el de Izquierda. Incluso podría obligar a Iglesias a que se contentase con una alianza coyuntural respecto a las políticas sociales de un Gobierno en el que no entraría en ningún caso. En último extremo, se podría alcanzar la ruptura, en parte ya producida, entre las convergencias y el núcleo central de Unidas Podemos, sin descartar la escisión de Izquierda Unida de Garzón y de los Anticapitalistas de Adelante Andalucía. Con la desaparición efectiva de la fuerza que en diciembre de 2015 estuvo a punto de arrebatarle la hegemonía, Sánchez volvería ser el de siempre: el perseverante y hábil maniobrero que fue elegido Secretario General del PSOE por la derecha caciquil del partido hasta que no se sometió a sus intereses conservadores y recuperó el poder apoyándose en la militancia de base y, al final, en los

votantes de izquierda. Siempre amenazando con el peligro de la extrema derecha (Vox) o de la extrema izquierda (UP). Siempre invocando los valores que en cada momento sean los convenientes para lograr el apoyo preciso. En ese sentido siempre ha sido marxista a lo Groucho.

Fue muy significativa la publicidad que se le dio a un encuentro "casual" entre Felipe González y Mariano Rajoy en el que ambos se mostraron acordes en todo y mantuvieron al unísono que la formación de un Gobierno sólido y estable en España solo podría conseguirse por "pactos incómodos" entre los partidos que "puedan pactar temas de Estado". Rajoy recordó que, en su momento, ofreció una coalición así entre el PP y el PSOE.

Iglesias aprovechó estás declaraciones para espetarle al dirigente socialista: "¿Ve, señor Sánchez? La derecha discute mucho, pero luego no tiene dudas en gobernar en coalición. ¡A ver si aprendemos!" La respuesta de su oponente fue negarse rotundamente a una futura coalición con el PP y a preguntarle: "¿Va a volver a bloquear la formación de un Gobierno progresista, liderado por el PSOE, por quinta vez?", a lo que Iglesias respondió que no daría ningún "voto gratis" a los socialistas.

La campaña de Sánchez fue muy dura contra los independentistas de Catalunya. Les amenazó con volver a aplicar el artículo 155 de la Constitución Española si se vulnerase de nuevo el Estatuto de Autonomía y, con la protesta del PSC, eludió en su programa referirse a sus antiguas afirmaciones sobre la plurinacionalidad de España y una posible reforma constitucional de carácter federal. Anunció una reforma del Código Penal para castigar todo referéndum ilegal. Su nueva actitud buscaba, como es obvio, atraer a los votantes de la derecha, especialmente los de Ciudadanos.

Por su parte, la campaña de UP prosiguió su estrategia de lanzar un programa basado en la Constitución que promovería la redistribución de la riqueza, sustentada en un modelo fiscal justo y en un trabajo digno (artículos 138, 31 y 36). Iglesias insistió una y otra vez en sus denuncias contra el tacticismo y los engaños de

Sánchez; sus promesas incumplidas; su apropiación indebida de las propuestas sociales de UP para presumir demagógicamente de progresista. Contra la acusación de que su partido bloqueó un gobierno progresista liderado por el PSOE alegó que, en realidad, ese bloqueo no lo ha hecho UP, sino los españoles “que han decidido no dar mayoría absoluta a ninguna formación política para que gobierne en solitario”. La acusación más seria consistió en denunciar el velado propósito del PP y del PSOE de ensayar tras las elecciones del 10 de noviembre una alianza de baja intensidad (una abstención del uno en beneficio del otro), un cierre en falso de la crisis estructural que atenaza a la democracia española desde el 2011 y cuyo propósito principal es habilitar recetas neoliberales, es decir, nuevos recortes para gestionar la anunciada desaceleración económica. Para Iglesias, los que decidieron que se convocasen unas nuevas elecciones no fueron Sánchez y los suyos, sino “la presidenta del Banco Santander, el presidente de la CEOE; el presidente del Círculo de Empresarios y otros sectores del poder económico que han estado operando desde hace meses para que Unidas Podemos no llegue al Gobierno.”

Celebradas las elecciones generales en la fecha indicada, con una participación con respecto a la de Abril que descendió en casi seis puntos, sus resultados no pudieron expresar mejor cómo habían influido en la ciudadanía los avatares políticos que hemos sucintamente narrado. El PSOE perdió tres escaños y UP, siete. Como bloque de izquierdas alcanzó, con los tres de Más País, 158 escaños, o sea le faltaron 18 para la mayoría absoluta. El bloque de la derecha se transformó completamente. El voluble y pretencioso Ciudadanos perdió 47 escaños y se quedó con 10, el PP de Pablo Casado recuperó 22 porque obtuvo 88 y 2 de su franquicia Navarra Suma. El gran vencedor fue la extrema derecha de Vox, que dobló sus últimos resultados al saltar de 24 a 52 diputados. Una coalición parlamentaria de las tres formaciones tendría 152 puestos en el Congreso. La diferencia con el bloque de izquierda era tan solo de 6.

El Congreso de los Diputados estaba más fraccionado que nunca en los cuarenta años de régimen democrático por la presencia de grupos nacionalistas y regionalistas, puro reflejo, no solo de pluralidad territorial de nuestro Estado, sino, sobre todo, de sus graves problemas económicos, sociales y culturales, desatendidos durante la época bipartidista, simbolizados en el lema “La España Vacía”, aunque es más exacto el de “La España Vaciada”. Los grupos ¡Teruel Existe! (1), Partido Regionalista de Cantabria (1), Coalición Canaria (2), Bloque Nacional Gallego (1) se sumaban a los grupos nacionalistas vascos (PNV y Bildu) y a los independentistas catalanes; ambas fuerzas ampliaron su presencia. Tanto PNV como Bildu pasaron de 6 a 7 y de 4 a 5 diputados respectivamente.

En el lado catalán, ERC pasó de 13 a 15, Junts per Catalunya obtuvo 8 (uno más) y se estrenó la formación independentista de extrema izquierda CUP (comités d’unitat popular). El total nacionalista alcanzó 37 diputados, los cuales, sumados a los 4 regionalistas, arroja un bloque de 41, que, en sí mismo, puede otorgar la mayoría absoluta a uno u otro bloque restante. Pero hay que advertir que, si en legislaturas anteriores, se distinguía muy bien un frente derecha (PP) – izquierda (PSOE), necesitado por falta de mayoría absoluta, de pactar con el nacionalismo vasco y el catalán, tras el 10N, la izquierda necesita a ambos simplemente para formar Gobierno, mientras que la derecha no tiene otro poder para impedirlo más que el de ilegitimar con amenazas e insultos ese “pacto traidor” del izquierdismo “progre” con el separatismo “golpista”.

Las elecciones del 10N condujeron a una situación que muchos auguraban y algunos temían precisamente por la pluralidad ampliada de la problemática económico-social, surgida de la doble problemática territorial nacionalista y separatista. Si los vascos y catalanes (nacionalismos “moderados”) fueron en el pasado decisivos para gobernar España, ahora siguen siéndolo en mayor medida. Para impedirlo solo hay dos soluciones: el de la derecha no pactista que, empujada por la crecida fuerza de su grupo extremo,

ilegalizaría a dichos partidos antiespañoles, o el de la izquierda pactista que, animada por el único partido español no nacionalista hispano (UP), se afane por dialogar, dentro de la Constitución y las leyes, con dichos partidos. Véase cómo el problema de Cataluña se ha vuelto fundamental para España y es problema de Estado, cuya solución depende de que la izquierda pueda gobernar. Y ésta no puede gobernar sin el apoyo de ese partido “puente” entre el PSOE y el independentismo catalán (UP), con la colaboración no menos decisiva, del nacionalismo vasco de derecha (PNV) y de izquierda (Bildu).

De las elecciones del 10N al Gobierno de Coalición PSOE-UP

Tras el pre-acuerdo de gobernar juntos entre Sánchez e Iglesias, este último publicó un artículo en el diario británico *The Guardian* en el que destacaba la importancia de que, por primera vez en la democracia española, se produjera un Gobierno de coalición entre el PSOE y un partido a su izquierda. Recordemos que el único precedente se dio durante la guerra antifascista de 1936-1939.

Iglesias atribuyó el mérito del preacuerdo a las organizaciones sociales que en los últimos años se movilizaron a favor de las pensiones dignas, por los derechos de la mujer, contra los desahucios o por la transformación del modelo energético hacia una revolución verde. “Será un camino lleno de dificultades y contradicciones”, pero que “puede ayudar a afrontar la crisis catalana y el hecho plurinacional de España desde el diálogo y la empatía si somos capaces de poner freno al auge de la extrema derecha con políticas que sean un cinturón de seguridad para las “mayorías sociales vulnerables”. Reconoció que el éxito electoral de Vox se apoyó en el conflicto catalán, pero que una recesión económica mal enfrentada por el gobierno le daría aún más alas. Apeló, ante los lectores británicos, a la tradición democrática antifascista española y al ejemplo que puede representar para toda Europa un gobierno progresista como el español.

Sánchez fue investido en segunda votación por la mínima: 167 votos a favor y 165 en contra, gracias a la abstención táctica de Más País (2), Compromís (1), ERC (13), PNV (6), Bildu (5), BGN (1), Nueva Canaria (1) y Teruel Existe (1). Fue muy significativo que, en el bloque del No a Sánchez, coincidiera toda la derecha española con el independentismo catalán de derecha y de extrema izquierda, es decir, con los partidarios de proseguir el conflicto (¡Cuánto peor, mejor!) frente a los partidarios de su solución mediante el diálogo.

Pablo Iglesias se lució durante el debate de investidura con frases como estas: “Aplicaremos un programa de reconstrucción de derechos y libertades arrebatados”; “El 15M y el movimiento feminista han convertido nuestra patria en un referente en derechos sociales”; “Señores de la ultraderecha y de la ultra ultraderecha: antes que españoles son ustedes reaccionarios”. “Adelante Presidente: ¡Sí se puede!”.

Pero cuando su rival durante todo un lustro es proclamado presidente de un Gobierno en el que entraba por primera vez el “partido de la gente”, Pablo Iglesias prorrumpió en sollozos y se echó a llorar. Abrazó a Irene, su mujer, que también lloraba, y acudió, entre lágrimas, a besar a su leal compañero inválido, Pablo Echenique. Para el autor de este libro, que ha ido siguiendo la azarosa aventura de Podemos desde su principio, esta efusión de sentimientos de su máximo dirigente es la prueba más veraz que testifica la inevitable pero esperanzada conjunción de dos proyectos personales contrarios: Frente al rostro triunfador y satisfecho del ya presidente Pedro Sánchez, la faz conmovida de Pablo Iglesias. Uno parece celebrar la victoria de su resistencia innata en la táctica partidista que le ha permitido no perder la dirección política de su proyecto. El otro rememora cuántas dificultades y contradicciones ha tenido, tiene (y tendrá) que sufrir en su resistente marcha hasta lograr que a la gente de su país se le haga justicia, se restauren los derechos violados y pueda gozar de una vida digna. Cualquier paso adelante en esa marcha le emociona porque confirma que “Sí se puede”. No es un “sí” condicional. Es un “sí” con acento positivo.

Unidas Podemos entró en el gobierno con una vicepresidencia segunda (Pablo Iglesias) y cuatro ministerios: igualdad (Irene Montero), Trabajo (Yolanda Díaz), Consumo (Alberto Garzón) y Universidades (Manuel Castells). Estarían presentes en el Gobierno los grupos confederados de Podemos, Izquierda Unida, Marea Gallega y En Comú Podem. El presidente Sánchez maniobró para que la presencia gubernamental de UP quedara lo más contrarrestada posible. La socialista Carmen Calvo sería vicepresidenta primera, por delante de Iglesias. La neoliberalista

Nadia Calviño fue la encargada de frenar cualquier política social de UP, que pudiera contrariar las decisiones europeas, a través de la vicepresidencia de Economía. A última hora se creó una cuarta vicepresidencia de Ecología para Teresa Ribera, que devaluaba la posible acción internacional de Iglesia contra el cambio climático, prevista inicialmente en su vicepresidencia de Políticas Sociales.

En la cuestión catalana, el presidente Sánchez tuvo que olvidar sus antiguas denuncias contra Iglesias, que pretendían justificar el veto a su entrada en el Gobierno, para ofrecerle formar parte en la mesa de negociación entre los Gobiernos del Estado y la Generalitat de Catalunya. Fue precisamente Iglesias quien hizo de intermediario entre ERC y Sánchez para que los republicanos apoyaran la moción de censura contra Rajoy, y, con su abstención, la última investidura del líder socialista. UP es reconocida por los soberanistas catalanes y vascos como el único partido de ámbito estatal que ha propugnado siempre el diálogo con ellos.

Los primeros pasos del nuevo Gobierno demostraron el entendimiento de ambas formaciones y la capacidad de los ministros de UP de protagonizar algunas de sus principales y constantes exigencias. Se puso en marcha la reforma paulatina de la legislación laboral, el control de los juegos de apuestas y la ley de las libertades sexuales. El vicepresidente Iglesias anunció como inmediata acción de su ámbito de gobierno una ley de Diversidad Familiar, el impulso a la ley sobre Dependencia, otra ley contra la violencia a la infancia y una ley sobre servicios sociales básicos. Por otra parte, UP vio reconocida su voluntad de aprobar una ley sobre el derecho a la eutanasia en una de las primeras sesiones del congreso.

La conversión de UP en partido gobernante obligaba a la nueva circunstancia política. Se convocó para el mes de marzo el tercer congreso de la formación, pero Iglesias no esperó ni una semana para fortalecer o reconstruir la unidad de UP y sus convergencias; que se había roto en las anteriores lides electorales.

En Galicia se reagrupó el espacio que se había ido fraccionando mediante acuerdo entre los dirigentes de Podemos Galicia (UP y Esquerda Unida) y Anova. Consultadas las bases podemitas gallegas, un 83,8% respaldó la nueva alianza bajo la marca Galicia en Común. En Cataluña, la crisis interna permanente de la alianza entre UP y el partido de Ada Colau, que en su día había propiciado la dimisión de Xavier Domenech y que fue tentada por el Más País de Errejón, llevó a Iglesias a designar una comisión gestora en su marca catalana, la cual habrá de acordar con el resto de grupos varios la futura organización de una coalición estable con dos ejecutivas y un órgano mixto permanente que la coordine y arbitre.

Así como la entrada de UP en el Gobierno fue un buen reclamo para promover la unidad entre las convergencias gallega y catalana, en cambio tuvo como consecuencia negativa, si bien coherente, la ruptura de la facción más crítica desde tiempo atrás con la dirección de Iglesias: El sector trotskista anticapitalistas, cofundador de Podemos en 2014. La coordinación de Podemos y principal referente de dicho sector, Teresa Rodríguez, pactó con el líder de UP la salida del partido junto con su equipo. Las razones alegadas fueron de carácter estratégico y su discrepancia, nunca ocultada, con el nuevo Gobierno de coalición con el PSOE. Iglesias le agradeció su actitud clara y sincera: “Comunicarlo así creo que es un ejemplo de cómo hay que hacer las cosas bien, que, por desgracia, no ha sido habitual en la izquierda”, en velada alusión a la ruptura inesperada de Íñigo Errejón cuando éste fundó su nuevo partido. “Este adiós es un hasta luego. Desde espacios diferentes nos encontraremos defendiendo la justicia social. Suerte”. La ruptura de la dirigente de Adelante Andalucía fue el anticipo de la que confirmó el líder de Anticapitalistas, Miguel Urbán, uno de los más estrechos y leales colaboradores de Iglesias, pese a sus discrepancias estratégicas. ¿Significaría esta ruptura la confirmación de que Unidas Podemos había renunciado a su proyecto fundacional anticapitalista para convertirse en colaborador inevitable del neoliberalismo socialdemócrata tan denunciado y atacado por el joven agitador “comunista” un lustro antes?

Unidas Podemos ante el Covid 19

El 7 de enero de 2020, el mismo día que Unidas Podemos entraba a formar parte del primer Gobierno bipartito de izquierdas en España, el Gobierno comunista de China comunicaba al mundo la aparición en su territorio de un nuevo virus prácticamente desconocido, que acabaría provocando una rápida pandemia de extensa mortalidad en todo el Planeta. ¿Qué pudo significar tal coincidencia para la política española? ¿Se podía prever tan tremenda crisis sanitaria a la vista de la enéada polémica entre el poder del dinero y la rebelión de la gente? El nombre asignado al implacable ente patógeno Covid 19 ¿no sería el acertado logotipo del conflicto a vida o muerte entre la COdicia capitalista y la vida humana, exacerbado en los primeros 19 años del último siglo?

El lunes 9 de marzo de 2020, tras el éxito multitudinario de las manifestaciones feministas del Día de la Mujer, que celebraron la aprobación gubernamental del proyecto de ley contra la violencia de género elaborada por el equipo de Irene Montero, afloraron indicios de probables contagios masivos comunitarios que afectarían a España. Al día siguiente, Pablo Iglesias, en el Consejo de Ministros, trató de convencer al presidente de decretar el estado de alarma. Comenzaba la prevista discrepancia sobre cómo enfrentarse a los efectos sanitarios y económicos de la pandemia. La gran cuestión planteada resumía todas las discrepancias posibles, ya demostradas, entre UP y el PSOE de Pedro Sánchez: ¿qué debe prevalecer: la salud y la vida de los ciudadanos o el sistema económico establecido? Aunque una parte de los ministros del PSOE se unieron a los de UP, la “bruselense” Nadia Calviño logró frenar la urgencia sanitaria para no perjudicar la función económica. La previsión de Iglesias se vio confirmada por la rápida extensión del virus, sobre todo en la Comunidad de Madrid y en Cataluña, y Sánchez tuvo que declarar el estado de alarma a los cuatro días y prometer que “no dejaremos a nadie atrás”, auténtico mantra podemita, completado por la definición de las primeras medidas económicas como un “escudo social”. Pablo Iglesias declaró en

aquel momento, refiriéndose a los derechos sociales establecidos por la Constitución, que “en una situación de emergencia como ésta, son la mejor garantía de seguridad para proteger y cuidar a nuestro pueblo y la base democrática para afrontar esta crisis. El egoísmo jamás podrá ser un valor que vertebre el proyecto europeo, el cual solo será viable si se basa en la solidaridad, el apoyo mutuo, los derechos humanos y un marco moral mínimamente común. Si en algún momento cobra sentido la noción patriótica de la primacía del interés general del país, tal y como la concibieron los padres y madres de nuestra Constitución, es ahora”.

Por su parte, el ministro de Universidades, Manuel Castells, del grupo podemita catalán, en uno de sus artículos semanales en la prensa de Barcelona resumía el cambio drástico que debía producirse en las políticas económicas neoliberales con estas palabras: “Humanos depredadores, preveníos de vosotros mismos. Ni nuestro extraordinario avance científico y tecnológico nos puede proteger de nuestra inmensa estupidez. Por eso si sobrevivimos, no volveremos a lo mismo. O si volviéramos, recurriría la pandemia, ésta o las próximas, hasta que hagamos un *reset* de lo que éramos”.

El impacto de la presencia del Covid 19 en la sociedad española puede medirse por un editorial de *El País*, máximo defensor ilustrado del neoliberalismo y permanente instrumento de sus poderes fácticos contra el espíritu de Podemos. Pudo leerse en él lo siguiente: “Esta pandemia debería haber dejado claro que la sanidad, incluyendo obviamente la higiene pública y la salud preventiva, es nuestra inversión imprescindible, propia de una economía de guerra, en la que el gasto público sea el motor de la recuperación, como lo ha sido en todas las postguerras. Pero que solo se consolidará si se genera empleo y si la gente se siente segura (…). Los servicios básicos (lo que se recortó en las políticas de austeridad destructivas) deberían ser no solo el motor de la inversión sino también de la demanda. Y no habrá otra forma de financiarlo a largo plazo que mediante un aumento de la carga fiscal a grandes bolsas de acumulación de capital que hoy día tributan poco o nada. (…) Entre la desglobalización aventurada y la

globalización descontrolada de capital hay margen para iniciativas coordinadas de los Estados que asuman un control estratégico de la economía en un marco al menos europeo. (…) Después de la guerra podemos desembocar en una espantosa crisis económico-social o en una nueva cultura del ser, sin la cual no sobreviviremos mucho tiempo."

Como era de esperar, el punto central de la estrategia ultraderechista frente a la crisis sanitaria y económica del coronavirus fue el ataque sistemático y permanente por tierra, mar y aire contra la influencia de Unidas Podemos en el Gobierno. Su máximo dirigente, José María Aznar, a través de su equipo ideológico FAES, contestó a la propuesta gubernamental de un pacto de Estado para la reconstrucción del país tras la crisis sanitaria, poniendo como condición *sine qua non* que se trate de "un pacto económico que suponga abandonar las políticas de Podemos que han primado en el Gobierno de Sánchez". El portavoz del PP en el Senado, Javier Maroto, afirmó con toda rotundidad que "Va a venir una aguda crisis social y económica y la presencia de Pablo Iglesias en el Gobierno es un grave problema para España". A lo largo de los cuatro meses que duró el estado de alarma, los debates parlamentarios sobre el preceptivo control del Gobierno y la aprobación de las sucesivas prórrogas de dicho estado, fueron un continuo ataque verbal por parte del PP y Vox, plagado de insultos, acusaciones indemostrables y evidentes falsedades a la gestión gubernamental. El nuevo Ciudadanos de la sucesora de Rivera, la señora Arrimadas, no tuvo más remedio que irse apartando de una estrategia tan criticada por la opinión popular, y acabó apoyando las decisiones del Gobierno, sin perjuicio de sus alianzas autonómicas con la derecha extrema. En todos esos debates no faltaron los ataques específicos al vicepresidente Iglesias, que llegó a ser definido por la portavoz del PP de "hijo de terrorista" y a ser acusado de ser responsable de la muerte de miles de ancianos asilados de la Comunidad madrileña cuando estaba probado con toda evidencia que, legal y políticamente, la responsabilidad recaía en las autoridades del PP.

Pese a la estrategia aznarista, simple repetición de la que Rajoy practicó al Gobierno de Rodríguez Zapatero desde la oposición, nunca había obtenido Unidas Podemos más influencia y crédito político. Catorce meses atrás, cuando los medios de comunicación daban por acabada la aventura de UP y se preparaba clandestinamente su recambio por alguna alternativa más fácil de domesticar, era inimaginable que un partido, casi partido en trozos, desgastado por escisiones internas y fracasos externos, tuviera un papel tan trascendente en una coyuntura histórica como la actual. Los planes de UP al asumir sus carteras ministeriales se limitaban a unos objetivos muy concretos (vivienda, reforma laboral, apuestas, "ley mordaza", contra la violencia machista, políticas de igualdad). Se trataba de rectificar las políticas de la "década perdida" desde 2008 y, al mismo tiempo, evitar que el PSOE se dejara llevar por sus veleidades neoliberales y conservadoras de "centro-derecha" en materia fiscal, laboral y territorial (caso de Cataluña). Con la crisis sanitaria de 2020, UP se encuentra en el Gobierno más decisivo de la última democracia española sentado en su puente de mando. De intentar rectificar unas políticas contrarias a la mayoría de los españoles ha pasado a salvarlos de la crisis vírica y económica y a participar en la futura arquitectura del país. Sus previsores augurios sobre la necesidad de medidas drásticas, como la creación de un subsidio vital permanente para dos millones de ciudadanos sin mínimos recursos es, por el momento, la joya que el coronavirus ha puesto en las laboriosas manos del equipo de Pablo Iglesias. El vicepresidente del Gobierno se mostraba convencido de que, tras el desastre de la pandemia del año 2020 surgiría un mundo nuevo: "Entramos en un nuevo paradigma donde la defensa de lo público se convierte en una necesidad transversal y donde *lo común,* lo que nos construye como sociedad: la sanidad pública, los servicios sociales, los sistemas de seguridad y protección social, el compromiso de las grandes empresas con las bases materiales de la democracia, son imprescindibles para afrontar el futuro con el que nos encontramos."

Ese paradigma nuevo que ha de reconstruir esa sociedad de seres humanos que el neoliberalismo ha destruido ¿es el comunismo

revolucionario del que le acusan a todas horas el PP y Vox?. El filósofo italiano Flores D´Arcai ha dicho, con motivo del COVID 19 y sus efectos sociales, que “Una revolución es el mínimo indispensable para afirmar que el futuro no será trágico”. Y otro pensador, el esloveno Zizek, no ve otra salida que un “nuevo comunismo” para enfrentarse a un “nuevo capitalismo bárbaro, en el que muchas personas débiles ancianas serán sacrificadas, se las dejará morir y la distinciones de clase serán cada vez más una cuestión de vida o muerte”. Si la mano izquierda del viejo capitalismo renovado ha sido una socialdemocracia que ha abjurado del socialismo ¿no será que ya no tiene sentido un vocablo de significado mercantil, referido a una sociedad inexistente, destruida por la neoliberal señora Thatcher? El nuevo vocablo se refiere a lo común que tiene la humanidad. Lo comunista es lo comunitario. El humanismo del joven Marx lo entendió así en su Manifiesto Comunista de 1848,con su precursora Liga de los Comunistas (nada utópica), con su admiración por la *Commune* proletaria de París y en la mejor definición de sus ideales: El comunismo es “cambiar las cosas”. Cambiar “lo *social*” por lo *común.*

Las derechas siempre acusaron a Iglesias de estar movido tan solo por el afán de poder. Pero él siempre supo que el poder no está en el Gobierno, ni siquiera en el Estado, sino en el “estado de cosas” que obliga, por mera humanidad y sentido de la justicia, a acabar con ellas, según la definición que Karl Marx diera de “comunismo” y que León Trotsky lo identificaría con la infatigable voluntad de una Revolución permanente.

Las “elecciones del cambio” cambiaron las cosas en el Estado español, pero en el conocido significado lampedusiano de cambiarlo todo para que nada cambie. La coyuntura “excepcional” volvió a la normalidad propia del régimen imperante hasta que la voluntad revolucionaria permanente de Unidas Podemos se tradujo, cuatro años más tarde, en copilotar un Gobierno “progresista de izquierda”. ¡Eso estaba muy lejos de ser una revolución! Tal vez Iglesias recordara lo que Lenin le espetó a Trotsky cuando éste se negó a firmar la rendición rusa ante Alemania vestido de frac: “¡Para lograr

la paz, usted se viste hasta de mujer!". Y debió sonreír al pensar que quien firmó la paz con el PSOE de Pedro Sánchez era el partido, ya descaradamente feminista, Unidas Podemos, y que el nombre de su compañera de fatigas es Irene, que en la Grecia clásica quería decir paz.

El virus ha demostrado que las políticas austericidas del capitalismo europeo, practicadas con fruición por la codiciosa derecha española del PP, han sido las culpables de tantas pérdidas de vidas. Los recortes en los servicios públicos sanitarios y su privatización han debilitado toda acción preventiva eficaz y han bordeado el colapso en los peores momentos del contagio colectivo. Es altamente significativo que hayan sido la Comunidad de Madrid, en manos del PP más corrupto durante un cuarto de siglo, y la Cataluña dominada por el independentismo táctico de su derecha más codiciosa y corrompida, donde los estragos del virus han sido mayores y el caso más cruel e inhumano ha sido el de las residencias de ancianos que han fallecido en una cruda demostración del nulo valor que les otorga el ser "improductivos".

Irene Montero, ministra de Igualdad, lo dijo bien claro: "Hemos creado una sociedad que es incompatible con la vida. Por eso creo que el feminismo está siendo tan central como proyecto político, pero también como proyecto de vida. El feminismo pone la vida en el centro y la dignidad de un país son sus servicios públicos. La base de la vida común es el deseo de vivir bien, felices, y de que eso sea para todos y para todas".

La campaña que desencadenaron el PP y Vox, en plena pandemia, contra la manifestación feminista del 8 de marzo en Madrid y en toda España como supuesto origen de aquélla era, una vez más, un ataque directo contra Irene Montero y su partido. La prensa venal destacó que la Reina Letizia tuvo que sufrir cuarentena tras un contacto con la ministra Montero, la cual en dos ocasiones dio positivo.

El feminismo, sin duda, es el gran protagonista del futuro. El mundo que sufre la pandemia de 2020 es un mundo que ha de anteponer a

la razón económica el afecto y el cuido de la salud personal. La mujer es la cuidadora natural de la vida, pues la crea ella, y de la salud, pues ella es quien la cuida, tanto la de sus hijos como la de los hijos de las demás mujeres. La mujer, además, debe educar al hombre en las virtudes de ser generoso, amoroso y cuidadoso. Es ahora una gran oportunidad de demostrar a los hombres que frente a la pandemia solo se enfrentan con eficacia las virtudes femeninas del cuido, la solidaridad, la paciencia, el riesgo de la propia vida, el saber dar más importancia al “estar bien” (Estado del Bienestar) que al codicioso “tener”. No es una simple coincidencia el que diez países gobernados por mujeres sean los que mejor y más rápido han actuado y han sabido comunicar a su población confianza y seguridad.

El pesimismo realista nos advierte que el virus no vencerá al capitalismo porque nos aísla y nos individualiza como lo hace éste. No genera ningún sentimiento colectivo, común, fuerte. El aplauso a unos sanitarios heroicos, mal pagados y sin medios, es una simple emoción pasajera. No podemos dejar la revolución en manos del virus. Somos nosotros, personas dotadas de razón, quienes tenemos que acabar con el capitalismo destructivo, que es el verdadero virus. Como escribe el ya citado Zizek: “Cuando la Naturaleza nos ataca con un virus, lo hace para devolvernos nuestro propio mensaje. Y el mensaje es: lo que tú me has hecho a mí, yo te lo hago a ti”.

Nos enfrentamos al riesgo de un colapso democrático. Sus impulsores virales lo buscan diariamente apoyándose en el sentimiento colectivo del miedo. Como dice J.M. Lassalle: “una dictadura que se inspire en una forma desnuda y simplificada de poder que se asemeje a una especie de principado empresarial. Un modelo jerárquico centralizado que sustituya el liderazgo democrático por los patrones de mando del consejero delegado de una gran empresa. Una dictadura basada en herramientas de vigilancia y control digitales que solo rinda cuentas del saldo que ofrece una variable: “la seguridad producto del miedo y para el miedo”.

La odisea a bordo del “Unidas Podemos”

Desde el 15 de mayo de 2011, conocido mundialmente como el 15-M de la *spanish revolution*, hasta el 7 de enero de 2020, en que se formó el primer Gobierno coaligado de izquierdas desde la guerra antifascista de 1936, transcurre el ciclo entero de una épica *enéada* (nueve años) de la política hispana. De la madrileña Puerta del Sol al Palacio de La Moncloa, *la gente* ha acabado por llegar al Gobierno de España a través de su representante, el partido político *Unidas Podemos.* Este es su nombre actual desde 2019. Fue la marca pactada entre Podemos, Izquierda Unida y el grupo ecologista Equo como símbolo de la gran manifestación feminista a escala mundial del 8 de marzo. Y, hoy más que nunca, simboliza el espíritu femenino de vida, salud y cuido, que inspira el combate pacífico por un mundo verdaderamente humano.

Del grito ciudadano “¡No nos representan!” y del mantra político ulterior “¡Sí se puede!” se ha alcanzado un Gobierno formado por la alianza obligada entre *la gente* más amenazada por el bloque de las derechas neofascistas y un PSOE oscilante, dividido por su doble actitud ambigua: defender a dicha gente y, al mismo tiempo, mantener en pie el sistema imperante de las derechas europeas.

Nombrado vicepresidente segundo de ese Gobierno, el ciudadano y profesor Pablo Iglesias, “el Coletas”, declaró: “Sabemos que cuando gobiernas puedes hacer las cosas mal y que los límites van a ser estrechos y tendremos que enfrentarnos a situaciones muy difíciles en las que habrá cosas que queremos hacer y no nos dejarán hacer. Y tendremos incluso contradicciones y elementos de tristeza”. Sus palabras reflejaban su clara conciencia de estar enfrentándose a la situación más tensa de la política española en cuarenta años. Su poderosa intuición ¿profetizaba la pandemia vírica que agravaría hasta límites imprevisibles la amenaza neofascista? En todo caso, evocaban la odisea que vivió su grupo inconformista de

universitarios desde su conversión en partido político si pretendía llegar, por elección de los ciudadanos, de *la gente*, a gobernar las instituciones públicas, como éstos habían reclamado en las calles y en las plazas.

En efecto, tras su espectacular e inesperado resultado de las elecciones europeas de 2014 con un millón de votos gracias al "Coletas", en las generales del año siguiente llegó a obtener más de cinco, casi a punto de sobrepasar al PSOE. Pero en 2016, aunque mantuvo el mismo número de 71 diputados mediante su alianza con Izquierda Unida, llegó a perder una quinta parte de sus antiguos electores, debido en gran parte por la aparente contradicción de un partido que, para algunos, resultó demasiado blando con la socialdemocracia y, para otros, era demasiado radical y anticapitalista, es decir, comunista.

Entre 2016 y 2019 UP tuvo que lidiar con resistente tenacidad las argucias manejadas por el PSOE de Pedro Sánchez para negarle el acceso al gobierno, fruto de las presiones recibidas por los poderes fácticos, los medios de comunicación a su servicio y el sector derechista de ese partido. Mientras gobernó el PP, no había dejado de promover informaciones fraudulentas sobre Podemos: supuestas financiaciones ilegales extranjeras y acusaciones infundadas de inmoralidad profesional y económica de sus dirigentes, con la intención de impedir una posible alianza de gobierno con los socialistas. Incluso las encuestas preelectorales fueron manipuladas astutamente otorgándole mejores resultados de lo previsible. Justo antes de las de abril de 2016, en que perdió una gran parte de sus apoyos, se le dio como ganador, cerca de la mayoría absoluta y por encima incluso del PP. Sin duda, su finalidad era asustar a un electorado que se había demostrado muy transversal y diverso.

Pese a ser tachado de radical, extremista y agitador callejero, el Ministerio del Interior del PP, promotor de esa imagen en los medios informativos, comprobó un descenso paulatino de las manifestaciones contestatarias en las principales ciudades del país. El partido de la indignación popular estaba conduciendo la protesta

social hacia el recinto de la representación política que habría de culminar en un nuevo Gobierno dispuesto a restaurar los daños cometidos por el desgobierno del PP. Sin embargo, cuando UP inició sus primeras acciones parlamentarias, el efecto de las políticas austericidas de Rajoy seguían vigentes y provocaban continuos conflictos sociales y masivas manifestaciones de perjudicados en calles y avenidas de las grandes urbes y en las plazas de la España "vaciada". Una de ellas, la de miles de pensionistas ante el congreso de los Diputados, puso en entredicho las encuestas que indicaban la escasa influencia política de UP entre las personas mayores de 65 años. Ante el asombro agradecido de los parlamentarios podemitas, los pensionistas clamaban el lema fundacional de Podemos: "¡Sí se puede!".

Aunque la población, dañada en sus derechos humanos fundamentales y expoliada en sus necesidades más vitales, recorriera todo el país corrigiendo a sus verdugos su alegada incapacidad de restaurarlos y atenderlas ("No hay alternativa") con su "¡Sí se puede!", no es fácil unir todas esas reivindicaciones ciudadanas en un voto electoral masivo que logre la mayoría absoluta parlamentaria que avale y asegure todo lo reivindicado en justicia. Debido a la calculada estrategia destructiva del neoliberalismo capitalista padecemos una sociedad disociada, dividida y de intereses enfrentados. Lo que un grupo reclama, a otro le perjudica. El capital ha introducido el virus de la competitividad entre sus víctimas, para que, enfrentados entre sí, no puedan unirse contra él. Solo las incita a que se unan en la obsesión del consumo.

Por esa razón, la única forma que tiene UP de ejercer con cierta eficacia su ideología originaria, claramente revolucionaria y anticapitalista, es combatir desde un Gobierno mediatizado por sus enemigos a favor de la conquista y defensa de los derechos humanos, reconocidos como fundamentales o como principios sociales de obligado cumplimiento por todos los poderes públicos en la Constitución socialdemócrata vigente. Al que las derechas acusaron de querer acabar con el "régimen del 78" ya no pueden

acusarle, al menos, de ir contra la letra y el espíritu de nuestra Constitución.

Unidos Podemos tuvo que soportar desde 2016 la campaña mediática que pretendía enfrentar a Pablo Iglesias con su segundo de a bordo, Íñigo Errejón, para así dividir por la mitad y romper el odiado partido del "cambio" que tanto amenazaba su hegemonía y sus intereses espurios en las elecciones venideras. En el segundo congreso del partido (Vista Alegre II) las supuestas discrepancias estratégicas entre ambos amigos y cofundadores no consistían en preferir la acción parlamentaria opositora o la movilización protestataria de las masas en la calle. Errejón sostendría la primera e Iglesias, la segunda. En consecuencia, el primero sería un "buen chico", serio y realista, más próximo al PSOE de Sánchez que a la Izquierda Unida (comunista) de Alberto Garzón, mientras que el segundo, el "Coletas", sería el autoritario e irascible caudillo de una guerrilla urbana revolucionaria. UP estaría dividido y a punto de romperse por el enfrentamiento de sus militantes, Errejonistas contra Pablistas. Del sector Anticapitalista de Miguel Urbán se habló poco porque, al ser notoria su crítica convencida de la opción "keynesiana" del UP de Iglesias, airear su inspiración comunistatrotskista reducía la fama de éste como revolucionario. Su función en el "conflicto" sería tan maquiavélica como apoyar a Errejón para echar de su trono al traidor hereje del auténtico socialismo. Pero tal invento malicioso de la campaña derechista, incluida, como era habitual, la de *El País,* fue un bulo más sin fundamento. Urbán y su gente no ocultaron su desacuerdo a lo que veían como una ruta equivocada de su Podemos originario, pero apoyaron con toda lealtad el triunfo abrumador de Iglesias en un congreso de participación masiva, donde el grito más repetido fue "¡Unidad, Unidad, Unidad!".

La supuestas estrategias antitéticas que, según la opinión publicada, dividían a UP, eran, en realidad, complementarias por definición. Al Congreso de los Diputados se va para legislar y, al Gobierno, para ejecutar lo legislado. Ahora bien, si la sociedad civil no se moviliza en la defensa y exigencia de los derechos económicos y sociales de

la gente, la democracia no le sirve para nada a ésta y, en cambio, es la mentira predilecta de los gobernantes. Es lo que siempre creyó UP y lo que explicó con claridad meridiana el flamante Vicepresidente de Asuntos Sociales del Gobierno tras su toma de posesión: “Hay que separar la acción de gobierno de la acción de la sociedad civil. Pero una sociedad democrática supone una sociedad civil organizada y fuerte. En democracia es fundamental que un gobierno reciba también la presión de los sectores que representan los valores constitucionales asociados a la justicia social”. “Los militantes del PSOE y de UP no se pueden dormir. Es fundamental que estén en los movimientos sociales, que construyan un espíritu republicano de defensa de lo público, de la dignidad del Estado entendida como construir las bases materiales fundamentales para que haya libertad”.

A Iglesias ya solo le faltó citar el artículo 9.2 de la Constitución, que, hace más de cuarenta años, redactamos, aliados, el socialdemócrata Peces-Barba y el socialista que esto escribe, y que espera su cumplimiento desde esa fecha:

“Corresponde a los poderes públicos promover las condiciones para que la libertad y la igualdad del individuo y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud y facilitar la participación de todos los ciudadanos en la vida política, económica, cultural y social”. La idea de este artículo no es original. Es una trascripción aproximada del artículo 3º de la Constitución italiana y símbolo del pacto político entre el papa Pio XII y el Partido Comunista de Palmiro Togliatti.

Si comparamos el “Plan de Emergencia Social” que propuso Podemos para las elecciones de 2015 con los que pretendía Iglesias que el Gobierno progresista llevara a cabo, veremos que todo lo citado ante la emergencia producida por la crisis financiera desde el año 2008 siguió siendo prácticamente lo mismo. A preguntas de un periodista, el nuevo Vicepresidente de Asuntos Sociales desgranó la siguiente lista de proyectos: reconstrucción de los derechos arrebatados a los españoles en la pasada década; programa de

construcción de nuevos derechos y de una nueva justicia social, eficacia económica, igualdad entre hombres y mujeres y cuidado del medio ambiente. En definitiva: derechos sociales, justicia fiscal, feminismo, ecologismo, memoria democrática y nuevos derechos. Según Iglesias, esos serán “los grandes epígrafes de la acción de gobierno que se enfrentará a las derechas junto con la defensa del diálogo político institucional, el pluralismo y las libertades”. En cuanto al problema territorial, junto al imprescindible y urgente diálogo con el independentismo “ habrá que afrontar también los problemas que arrastra la España vaciada”, que es tanto como retornar a muchas zonas de España lo que los gobiernos del PP de la Comunidad de Madrid, con su centralización codiciosa de recursos humanos, económicos y culturales, han ido destruyendo, por abandono o apropiación interesada, convirtiendo así la capital del Estado en su propio cortijo particular.

Podemos sufrió mucho en sus relaciones con los movimientos sociales de territorios con fuerte identidad nacional o regional. Estos se sentían afines a su proyecto de cambio democrático y pro justicia social y, al mismo tiempo, deseaban ampliar su facultad de autogobierno y variar el mapa radial de España, con su centro en Madrid, por otro mapa en red, comunicante, flexible, más autónomo y adaptado a las variantes sociales de cada zona. La peculiaridad territorial fue la principal causa de conflicto en el momento en que Podemos pasó de ser un movimiento social a ser un partido político. Por mucha democracia de base que se pretendiera, era inevitable un poder directivo unitario del conjunto. Pero se discutió si Podemos pretendía ser una única organización estatal, integrada por grupos territoriales autónomos (federación) o bien la unidad de una política común entre organizaciones con entidad propia (confederación). Las tensiones reales o latentes que este debate supuso para Podemos se hicieron más patentes a cada decisión importante que tomaba la cúpula estatal de Podemos: la alianza con la Izquierda Unida de Alberto Garzón, el forcejeo con el PSOE de Sánchez, la responsabilidad por el fracaso electoral en las autonómicas de Andalucía, el desapego que ese fracaso provocó, de cara a unas generales, por parte de grupos regionales y nada digamos de la

espantada de Errejón para fundar un nuevo partido en una comunidad clave como la de Madrid.

Para acabarlo de complicar, el movimiento independentista catalán puso en apuros a la potente alianza entre el partido de la alcaldesa Ada Colau y UP. Las izquierdas se distanciaron en razón de su tendencia en favor o en contra del soberanismo imperante. Los gobiernos tripartitos entre PSC, ERC e ICV eran cosa del pasado. La formación controlada por Podemos, que en 2015 había sido la primera fuerza en Cataluña, dejó paso, entre 2016 y 2019, a la independista ERC. Por su lado, en Galicia, las rivalidades entre el grupo independentista BNG y las Mareas podemitas perjudicaron la potencia electoral de UP.

A todo lo dicho, ha de añadirse el hecho definitivo de que la vertiginosa experiencia electoral de los últimos tres años obligó a un UP, con débiles y escasas estructuras organizativas en la mayoría de comunidades de carácter rural, a dedicar todos sus esfuerzos a luchar por su influencia parlamentaria y acabó representando en mayor medida a las clases populares de los grandes centros urbanos que a las del campo y pequeños municipios de la España “vaciada” en pérdida continuada de población joven.

Pese a todo, Pablo Iglesias fue capaz de resistir e insistir hasta, como él decía, “dejarse la piel” en la necesidad urgente de unir a toda la izquierda auténtica y responsable frente al desafío de la extrema derecha, aumentado por la alianza de gobierno entre Vox, PP y Ciudadanos en cuatro comunidades autónomas. Dos de ellas tan decisivas como Andalucía y Madrid. Había que impedir que ese tripartito neofranquista se enquistara en todo el Estado.

Su perseverancia en medio de las olas de una dramática Odisea, al aguantar, atado y bien atado al mástil de sus convicciones y a su gran preocupación por los más damnificados por el expolio capitalista, le permitió no ceder a los cantos de sirena que, incluso desde la misma izquierda, le instaban a renunciar a gobernar en alianza con el PSOE pues esto significaría para sus críticos ser el

comparsa débil de un partido que nunca renunciaría a su conocida vocación de centro… ¿izquierda?

Iglesias siempre ha dicho que son las circunstancias las que otorgan el papel central en una competición de poderes. El poder depende en todo momento de la posibilidad de ejercerlo. Como reza un gracioso proverbio gallego: “Cada un fai o que pode, cando o deixan”. Tan imposible era que un gobierno socialista en solitario pudiera competir con la Triple Derecha como que Unidas Podemos pudiera hacerlo sin el PSOE. En último término, fueron los ciudadanos con su voto los que exigieron como inevitable la opción que eligió responsablemente Pablo Iglesias. Les llevaron a ello unas circunstancias que habían creado la irresponsabilidad del PP y del PSOE en la España de 2015 a 2019.

Pero Iglesias ha demostrado que no es un “comparsa débil” en el Gobierno coaligado. Incluso sus acuerdos con el presidente Sánchez son fruto de un debate en el que el desacuerdo de fondo se matiza y se modifica en un sentido cada vez más distante de la discrepancia inicial. Cuando Iglesias insiste en la idea del diálogo a todos los niveles de la discusión política, la ejemplariza al dialogar con sus compañeros de gobierno que, en principio, no comparten sus ideas. Cuando los cuatro miembros de UP votan en minoría los acuerdos del Consejo de Ministro(a)s se debe simplemente a que no han logrado convencer al resto. Como dijo Echenique, el portavoz del grupo parlamentario: “Es imposible evitar las diferencias, pero la cohesión ya no sufre. Las dos partes decidimos que había que dialogar las cosas. Desde posiciones diferentes había que trabajar para llegar a acuerdos y ser útiles. Eso genera confianza personal y dentro del Gobierno.” Y en relación con la pandemia viral afirmó: “Cuando tienes que tomar decisiones para salvar vidas, se acabaron las siglas y los intereses partidistas”. En último término, la oposición tan agresiva de las derechas colabora, pues genera cohesión y sirve para cerrar filas.

Pese a todo, la odisea del “Unidas Podemos” no puede dar por acabados sus avatares. En el terreno personal, Pablo Iglesias sabe

que sigue siendo la bestia negra a abatir por los fusiles de la oposición derechista. El *caso Dina*, denunciado por Iglesias como un intento frustrado del PP para impedir su entrada en el Gobierno del PSOE, ha vuelto a ser utilizado contra él por sus enemigos so pretexto de cierto giro judicial en la investigación de un caso del que se deducía una intervención de la "policía patriótica" del PP o, como decía Iglesias, "las cloacas del Estado". Ante la pretensión del PP y de Vox de crear una comisión parlamentaria para que el Vicepresidente del Gobierno diera explicaciones, éste reaccionó a favor de la misma, pero exigió la presencia de los principales responsables del PP de entonces.

Las elecciones autonómicas gallegas y vascas del 12 de julio supusieron un duro batacazo para UP. Era la primera vez que un partido cogobernante se enfrentaba a la prueba electoral en dos comunidades autónomas tan importantes. Iglesias previó el fracaso de sus candidatos y cuando éste se confirmó no dudó en admitirlo: "Nuestro espacio político ha sufrido hoy una derrota sin paliativos. Nos toca hacer una profunda autocrítica y aprender de los errores que, sin duda, hemos cometido".

UP propugnó en la campaña de Euskadi un futuro tripartito de izquierdas, formado por UP, EH-Bildu y PSE, que podía lograr la mayoría absoluta del Parlamento Vasco (38 escaños). Dicha coalición ya fue posible en 2016, pues los tres partidos sumaron justo ese número. Cuatro años más tarde, la suma se repitió, con la única diferencia que UP pasó de 11 escaños a 6 y EH-Bildu de 18 a 22. Era evidente que gran cantidad de antiguos votantes del partido morado se fueron al independentismo de izquierda. De los 5 escaños perdidos, cuatro cubrieron la diferencia positiva conseguida por sus antiguos aliados y solo uno aumentó la del PSOE al pasar de 9 a 10. Según el Observatorio Vasco de la Juventud, Bildu y Podemos eran en 2019 los más valorados por los jóvenes. Una de ellos, votante por vez primera, lo hizo a favor de EH-Bildu porque le convenció su programa "ecologista y que prima lo social". Otro joven vasco opinaba que el debate ha abandonado la senda del

nacionalismo en pos de una “identidad ecologista y feminista”, como era el caso de Bildu y Podemos.

Algo semejante ocurrió en Galicia. Las formaciones nacionalistas más conectadas con la jóvenes generaciones son las que más avanzan, absorbiendo buena parte de la onda de propulsión puesta en marcha en su día por Podemos. El Bloque Nacionalista Gallego ha sustituido como segunda fuerza a la confluencia Podemos-IU y Anova. El voto joven y progresista que aglutinaron las Mareas en 2016, cuatro años más tarde las han abandonado por cismáticas y cainitas, pero no han recalado en el PSOE, sino en un BNG renovado. UP desaparece de la política gallega. La escisión del BNG, liderada por Beiras en 2012, generó un espacio de mestizaje con IU a través de una coalición en la que el propio Iglesias encontró la fórmula para crear Podemos. La ironía está en que tal creación ha desaparecido en Galicia cuando gobierna en España. De poco ha servido la gestión brillante de la Ministra de Trabajo, la ferrolana Yolanda Díaz. Las izquierdas gallegas han representado el tradicional minifundismo económico, social, y por tanto mental y han perdido las posibilidades de expulsar alguna vez a la no menos tradicional derecha conservadora, inoperante y corrupta, que ha dado suficientes motivos para su expulsión, desde el franquismo de Fraga hasta la astuta *retranca* de Feijoó.

La paradoja reside en que el desastre de UP es fruto de su propio éxito, que ha reactivado y actualizado el espacio plurinacional y progresista situado a la izquierda del PSOE. De algún modo, Pablo Iglesias, al felicitar a EH-Bildu y al BNG “por sus históricos resultados”, oficiaba de orgulloso padre de dos hijos cada vez más fuertes y crecidos. De hecho, UP perdió en Euskadi y Galicia casi el mismo porcentaje de votos que ganaron BNG y Bildu. El agudo cronista de *La Vanguardia*, Enric Juliana, resumió este fenómeno político tan significativo con estas palabras: “Podemos es un espacio que ha inspirado a otros partidos. Toda una amplia franja electoral se ha *podemizado* durante estos años”.

En efecto. No hay que olvidar lo que en su origen significó Podemos: un amplio movimiento social que reunió de forma transversal, en su mayoría, a jóvenes de centros urbanos que aspiraban a “cambiar las cosas” en un país particularmente superdañado por la crisis capitalista del recién estrenado siglo. Tuvo que adoptar la figura legal de partido político para poder llegar democráticamente a gobernar a un país, dominado por una élite conservadora, incapaz de enfrentarse con justicia y eficacia a la presión de los grupos de mayor poder económico. Como partido que aspiraba a gobernar tardó un largo y azaroso lustro hasta que las graves circunstancias que acercaron a España a un retorno “democrático” del franquismo le permitieron forjar un Gobierno progresista con el PSOE de Pedro Sánchez, apoyado en los partidos nacionales y regionalistas. Durante ese duro periodo le fue muy difícil poner las bases duraderas de una estructura de partido en todo el territorio español. Pero su acertada creencia democrática en la plurinacionalidad española reivindicó desde el principio el derecho del pleno autogobierno de las nacionalidades que integran el Estado. Esta convicción era inseparable de una progresiva conciencia democratizadora en favor de las necesidades más actuales de la actual Humanidad y que denuncian, combativos, los movimientos ecologistas, feministas y antiglobalización capitalista.

Haciéndose portavoz de éste último movimiento internacional, Podemos no solo le quiso dotar de un instrumento de acción política, sino que sembró en nuestro país la semilla de todos los progresos que el actual “estado de cosas” en el Planeta necesita urgentemente cambiar para asegurar una vida digna y segura a todas sus gentes. Su cada vez más exiguo poder electoral como partido (incluso como gobernante) no ha supuesto un fracaso de su proyecto transformador y de cambio, sino todo lo contrario. Ha ampliado el espacio de la acción política eficaz a unos partidos que se han renovado gracias a su influencia y ejemplo. Como dice Enric Juliana: se han *podemizado.*

Como sabemos, Pablo Iglesias ha sido un político clave para todo intento de solución del gran problema territorial del Estado. UP

puede seguir siéndolo en el futuro porque ha logrado, con la ayuda del propio desarrollo de los conflictos planteados y de la misma pandemia, que los partidos nacionalistas se hayan vuelto más internacionalistas solidarios; más pragmáticos en sus relaciones con el Estado común; más federales que confederales o independentistas y más dispuestos a encontrar vías y fórmulas de acuerdo para sus reivindicaciones. Además, el Gobierno de Pedro Sánchez tiene ahora el apoyo (crítico) de todos los partidos que le invistieron el 7 de enero de 2020 gracias a Unidas Podemos. Puede asegurarse unos Presupuestos estatales que le permitirán como mínimo una legislatura de cuatro años. Y gracias a UP, los agresivos intentos de las derechas de derrocar al Gobierno “comunista” estarán destinados al más rotundo fracaso.

La Moncloa no es Itaca

Al cumplirse un año del Gobierno de coalición PSOE-UP y de cómo llevar a cabo la gobernación no tardaron en aflorar los desacuerdos a la hora de ponerla en práctica. Los conflictos respondían a dos tácticas ministeriales contrapuestas. Los ministerios en manos del PSOE presentaban sus decisiones particulares como comunes del Gobierno y en cumplimiento del lema de UP, adoptado por Sánchez, "Que nadie quede atrás". Por su parte, los ministros de UP pusieron como base de su estrategia la exigencia del cumplimiento del pacto originario de la coalición en todos y cada uno de sus puntos. Para la mayoría socialista era cosa fácil cumplir lo pactado, pues podía imponer su interpretación. En realidad, se estaba de acuerdo con UP sobre el *qué,* pero se solía discrepar en el *cómo*. Lógicamente, UP se sentía traicionado cada vez que la "interpretación" de un acuerdo era la forma aparente de un evidente desacuerdo de fondo. *Pacta sunt servanda*..

Los socialistas acusaron al Vicepresidente segundo del Gobierno de deslealtad, de arrogarse la autoría de los proyectos más urgentes e importantes para los ciudadanos, y, sobre todo, de trasladar los debates internos del Gobierno a los medios de comunicación. La réplica de Iglesias a estos reproches fue que era la única forma de presionar al propio Gobierno para que cumpliera sus compromisos. La reacción socialista fue tacharle de ser la "oposición dentro del Gobierno" y dar una imagen de combativo demagogo infiltrado para, en futuras elecciones, poder hacer realidad el siempre ansiado *sorpasso* al PSOE. No en vano Sánchez tuvo que recordar a sus seguidores que "Nosotros somos la Izquierda". Con mayúscula.

Las elecciones catalanas del 14 de febrero dieron pie a que Iglesias una vez más se declarara contrario a que continuaran presos los dirigentes independentistas, calificándoles de "presos políticos", y a que comparara al exPresident Puigdemont con los exiliados republicanos por el franquismo. Frente a los escandalizados por estas expresiones, Iglesias sostuvo que en España no existe una

verdadera democracia mientras los políticos catalanes no sean amnistiados o indultados. La polémica se centró entonces en si España era una “democracia plena”, como afirmó el presidente Sánchez de modo rotundo, o “mejorable”, como matizó un irónico Iglesias.

Por si fuera poco, los escándalos financieros del anterior jefe del Estado justificaron por primera vez mostrar el republicanismo de UP o, al menos, la opción personal de su máximo inspirador. Con sus constantes alusiones a que una república es más democrática que una monarquía Iglesias puso en aprieto a un PSOE “monárquico” que se ha negado a que Juan Carlos I diera explicaciones ante el Congreso de sus presuntas irregularidades financieras y fiscales.

Todas estas polémicas (superaireadas por un periodismo necesitado de los espectáculos en serie) fueron pretexto constante para que la oposición derechista se ensañara contra Iglesias y su presencia en el Gobierno. El PP exigió su cabeza a Sánchez haciéndole cómplice de cuanto dijera o pretendiera su vicepresidente segundo. Llegó un momento en que la negativa del PP a renovar el Consejo del Poder Judicial se basó únicamente en que UP no pudiera tener representación en el mismo.

La primera disensión seria dentro del Gobierno se produjo ante la decisiva cuestión de los Presupuestos Generales del Estado. Iglesias pretendía que fuera la mayoría parlamentaria que apoyó la investidura de Sánchez la que los ratificara, para así asegurar la estabilidad de una legislatura compleja y difícil debido a las consecuencias económicas y sociales de la pandemia. Pero los votos de Esquerra Republicana de Catalunya no eran nada seguros, pendientes de la próximas elecciones autonómicas, y Sánchez inició contactos con el Ciudadanos de Arrimadas como apoyatura imprescindible para aprobar las cuentas. La habilidad de Iglesias para impedir tal opción fue lograr de Bildu la promesa de votar en favor de las mismas; esto levantó una polvareda de protestas por parte de los barones a la derecha del PSOE que obligó a Sánchez a plantarles cara reprochándoles un “enfrentamiento político estéril”.

Aunque la oposición acusó a UP de haber introducido “en la dirección del Estado al heredero de ETA”, los presupuestos estatales se aprobaron tras el acuerdo final, promovido por Iglesias, entre once partidos y su mayoría de 188 votos. En teoría, la legislatura quedaba salvada durante los tres próximos años. La resistencia de Pablo no tenía nada que envidiar a la de Pedro. Pero la Moncloa no era todavía Itaca y nuevos nubarrones se cernían sobre el Gobierno coaligado en el horizonte más cercano.

El primer nubarrón, precursor de la tormenta que estallará cuando se deba cumplir con el lema del Presidente Sánchez: “Nadie se quedará atrás”, era el control de los catorce mil millones provenientes de la Unión Europea, Para ejercer y administrar esa importante aportación a los presupuestos aprobados, Sánchez imaginó toda una “revolución administrativa”, presidida por una comisión ministerial de 10 socialistas y una de UP: la ministra de Trabajo Yolanda Díaz. La protesta de Iglesias fue tan sonora que Sánchez lo incorporó rápidamente a la comisión. Para que no pareciese que el Presidente cedía, éste decidió que presidiera el nuevo órgano el Consejo de Ministro(a)s en pleno “para no duplicar el trabajo.” Todo el equipo de UP, incluido Iglesias, obtuvo el control de los fondos europeos, aunque, como siempre, en minoría.

A medida que la legislatura avanzaba bajo la pandemia y los ataques cada vez más feroces de la triple oposición de Derecha, las tensiones entre los ministros del PSOE y los de UP no hicieron más que multiplicarse y arreciar. Los litigios más importantes recayeron sobre cuestiones legales que afectaban con urgencia a la ciudadanía, como la revalorización del salario mínimo, las leyes de igualdad, los desahucios, el precio de los alquileres de vivienda, el precio de la luz, las ayudas directas a las empresas afectadas por la pandemia. A estas polémicas hay que añadir las constantes iniciativas de Iglesias o su grupo parlamentario acerca de la fusión entre CaixaBank y Bankia, calificada como pura “privatización”, a pesar del beneplácito de Nadia Calviño, ministra de Economía; el anuncio de una ley sobre la Corona; la investigación por el Congreso del rey Juan Carlos I; la despenalización del

enaltecimiento del terrorismo, y su negativa a condenar los actos violentos de jóvenes en protesta por el encarcelamiento de un rapero porque el Gobierno no tuviera en cuenta la tremenda situación de la juventud del país. A todo esto se añade el desacuerdo de Iglesias de rebajar el gasto en pensiones. En ese punto la política del Presidente Sánchez es meridiana: se trata de que UP no pueda oponerse a una medida económica, reclamada por Bruselas y que tiene a la señora Calviño como el enlace garantizador de que España reciba el apoyo de unos fondos imprescindibles para la recuperación.

Sánchez, refiriéndose a los empresarios, afirmó: “Ahora no se puede hacer nada que pueda asustarles, necesitamos que inviertan y que vuelvan a confiar para relanzar la economía”. Con estas palabras se evidenció el conflicto fundamental de La Moncloa: resolver primero las necesidades de la economía que las de la gente. El Gobierno de la nación no puede invertir los términos de la ecuación y resolver en primer lugar, por urgente y vital que sea, las necesidades de los ciudadanos, y eso es lo que pretende el supuesto error de Pablo Iglesias y los suyos.

La pandemia viral obligará a los gobiernos europeos a cambiar su anteriores estrategias neoliberales por otras neosocialdemócratas, pero el capitalismo sigue imponiendo el uso de las estrategias y Sánchez sigue aceptando la de la presidencia pepera de la Comunidad de Madrid, señora Ayuso, que antepone con tozudez el principio de primero la economía, después la salud, ¿Nadie quedará atrás? Eso es lo que, sin éxito, intenta Unidas Podemos. Y lo que pretende explicar, a través de todos los medios de comunicación, a la gente de a pie. “Tenemos que decir que todo lo conquistado por las mujeres y los trabajadores es el resultado de conflictos políticos. El conflicto político es el motor de la democracia. Hoy como ayer, la presión de los movimientos sociales, de los sindicatos de trabajadores y de inquilinos, de las organizaciones de pensionistas y de las plataformas en defensa de los servicios públicos es absolutamente fundamental para que se logren avances sociales”. Y en una entrevista de *La Vanguardia* afirmaba: “Somos una fuerza

muy joven con una debilidad enorme en términos de implantación territorial; es muy difícil inventarte en tan poco tiempo cuadros de partido que se forman en décadas; los ataques que hemos recibido eran y son inéditos y además hemos cometido muchísimos errores; el más grave, ser incapaces de manejar los problemas internos de una manera razonable. Hay que ser humilde y admitir que una buena parte de nuestros apoyos en el momento de más éxito venían de electorados que nos prestaron su voto. Ahora, con más de tres millones de votos, muy por encima del mejor resultado histórico de la izquierda tradicional, pero a casi dos millones de nuestro mejor resultado, tenemos la obligación, dentro del Gobierno –que no es fácil– de reforzar nuestro proyecto".

Uno de los caballos de batalla entre los socialistas y UP ha sido en todo momento su diferente visión sobre el conflicto catalán. Los podemitas han partido siempre del principio democrático y de hecho natural-social-cultural histórico para postular, para una España unida de regiones y nacionalidades, una estructuración federal o confederal, pero fundamentada en el derecho de los ciudadanos a expresar su voluntad de la forma que pueda establecerse.

El problema planteado por los independentistas catalanes, que culminó en un referéndum ilegal y una teórica proclamación de un Estado propio en forma de República acabó, como sabemos, con la condena y el exilio de sus dirigentes. UP estuvo siempre en desacuerdo con ellos respecto al desarrollo de su *procés* de modo unilateral, pero se negaron a criminalizar a sus autores y propusieron su indulto como primer paso para normalizar las relaciones entre el Estado y Catalunya. Por tal razón, Iglesias alabó, en vísperas de las elecciones catalanas del 14 de febrero de 2021, "que el PSOE esté dando pasos muy importantes" en tal sentido.

La estrategia del Presidente Sánchez de que fuera el ministro de Sanidad Salvador Illa quien se presentara como futuro presidente de una Catalunya renovada, dialogante con el Estado español y superadora de los efectos destructores del independentismo durante la década anterior, coincidía claramente con la propuesta de

Iglesias, favorable a un gobierno tripartito del PSC, Esquerra Republicana y En Comú Podem, la propia confederación catalana de UP. La muy probable fuga de votos a favor de Illa podía afectar a dicha formación, pero no fue motivo de pugna preelectoral entre rivales. El PSC fue el más votado y la pequeña formación, encabezada por una mujer inteligente y persuasiva, Jéssica Albiach, logró el mismo número de escaños en el Parlament que obtuvo en las elecciones de 2017. UP celebró que su propuesta de una coalición de gobierno para Catalunya permitiera repetir en esa comunidad autónoma la del Gobierno del Estado. El papel de Jéssica Albiach podía ser decisivo tanto para conseguir que Esquerra Republicana se aleje del proyecto independentista y se acerque al federal, como que el PSC de Illa presione al PSOE en sentido más progresista y federalista. La presencia de UP en el Gobierno no degastó a los *comunes* y, en términos de política estatal, supuso que las elecciones ratificaran su solución al conflicto catalán y de paso, aseguraron su presencia en el Gobierno español. El fracaso espectacular de PP y de Ciudadanos en los comicios catalanes les impediría presionar a Sánchez para que rompiera su coalición con UP.

Pablo Iglesias y su partido en el Gobierno contaban ya desde 2015 –el año del esperado cambio– con los ataques judiciales que el PP propulsó en su contra para que no les arrebatara el poder. Como ya era habitual, ese poder utilizó a su "policía política" (Villarejo y Cia) para inventar hechos delictivos de Podemos o de sus dirigentes que se encargarían de difundir a través de medios de comunicación digital como *OK Diario* del periodista Inda y *El Confidencial*.

Podemos tenía 69 diputados y era la tercera fuerza política. Sus votos podían impedir un nuevo Gobierno del PP. El falso informe se envió al tribunal de Cuentas y se publicó tras las elecciones por *OK Diario*. En él se informaba de que Irán había financiado la carrera política del líder de Podemos. El tribunal de Cuentas, tras leerlo, no hizo más que archivarlo. Juan Carlos Monedero, otro de los fundadores de Podemos, llegó a tener 12 querellas basadas en informes falsos elaborados por funcionarios del Estado y divulgados

digitalmente. Se archivaron todas pero incluso seis años más tarde un juez le imputó un pago ilegal de la consultora mexicana Neurona que el imputado acabó demotrando con pruebas que no cometió ilegalidad alguna.

En Abril de 2016 los dos periódicos ya citados publicaron que Venezuela pagó siete millones a Iglesias y Monedero. Para avalar esa donación, tres policías del ministro del PP Fernández Diaz viajaron hasta Nueva York y le ofrecieron asilo político en España a un exministro de Chávez disidente a cambio de que firmara el falso informe. Asimismo, otra supuesta financiación del Gobierno venezolano a Iglesias en una sucursal del Euro Pacific Bank en las Islas Granadinas llevaba una fecha coincidente con el día en que se registró Podemos para concurrir a las elecciones de marzo de 2014. El documento resultó falso según acreditó el Euro Pacific Bank.

La asesora de Pablo Iglesias en el Parlamento Europeo, Dina Bousselham, denunció en 2015 el robo de su teléfono móvil. Meses después *OK Diario* publica varios mensajes del político en el chat de dicho teléfono. Un año después aparecen en poder del comisario Villarejo. La denuncia judicial por parte de Iglesias como “víctima de las cloacas del Estado” se transforma por el juez García Castellón en una serie de delitos cometidos al inventarse una supuesta trama en su perjuicio (descubrimiento y revelación de secretos, daños informáticos y acusación y denuncia falsas). Siguiendo una conocida fórmula del PP, el juez acusa a un denunciante de delitos de los mismos delitos que denuncia. El Tribunal Supremo consideró que no podía sostenerse la imputación a Iglesias y reprochó al juez su forma de llevar a cabo la instrucción del asunto, que fue archivado. Pero el PP no había hecho lo mismo que el Alto Tribunal porque la finalidad de la instrucción judicial no era tanto lograr una condena penal para el imputado como motivar una condena política en el Congreso y en la opinión pública. A mayor abundamiento, el “Caso Dina” se vió acompañado por el “Caso Neurona”, que incluía los contratos de UP con la consultora ABD Europa LDA. Todas esas intervenciones judiciales y su archivo final por tratarse de causas penales sin fundamento sirvieron para que la Triple Derecha

convirtiera su legal oposición (nunca leal) en un feroz ataque personal contra el Vicepresidente del Gobierno, al que exigió que diera explicaciónes de su “corrupción” ante el Congreso. Vox aprovechó la ocasión para forzar una moción de censura inviable. El PP quiso demostrar que si Rajoy había abandonado el poder acusado de corrupción, el Presidente Sánchez debía hacer lo mismo por tener a un “evidente” corrrupto en su Gobierno. Si el PP tenía una Caja B, UP también la tendría. La respuesta la dio el propio Pablo Iglesias, que estaba bien dispuesto a explicar toda la historia de informes falsos archivados, pero a condición de que acudieran para explicar su corrupción diversos jerifaltes del PP. Al final, ni el Gobierno se rompió ni quedó en minoría, pues la mayoría que Iglesias logró aunar para hacer Presidente a Sánchez y aprobar los Presupuestos fue la misma que impidió la comparecencia exigida por la Triple Derecha. Incluso el Presidente del Gobierno declaró en público que “En el terreno político, total confianza y total apoyo a Unidas Podemos y al vicepresidente segundo”.

En resumen: los intentos de desprestigiar a una UP cogobernante provocaron la inmediata protesta podemita y ésta, a su vez, posibilitó que el Consejo General del Poder Judicial le recordara que se debía respetar a los jueces y el principio de separación de poderes. Esto lo decían cada vez que Iglesias clamaba por la campaña con fines de desprestigio político que la Triple Derecha instigaba contra el Gobierno “ilegítimo” de Sánchez, aprovechando las tensiones interministeriales y las declaraciones personales del vicepresidente. De ahí que el propio Iglesias acusase una y otra vez la implicación conjunta de jueces, periodistas venales, empresarios de medios de comunicación y esbirros policiales de las “cloacas del Estado”, como Villarejo y otros de su calaña. En definitiva: una tupida trama de la Derecha eterna para impedir por todos los medios que UP prosiguiera en su tarea de exigir desde el Gobierno la serie de medidas que, de forma progresista y progresiva, necesitaban con mayor urgencia los ciudadanos.

Los diversos escándalos de todo tipo que acompañaron al anterior Jefe del Estado en los últimos meses permitieron que la vocación

pedagógica del Profesor Iglesias se pusiera de relieve en su defensa de la República y en su crítica de la Monarquía. Sus argumentos ayudaron a que los ataques de la Triple Derecha se centraran ahora en que el proyecto de UP era acabar con el rey Felipe VI. Al ¡Viva España! se sumó el grito de ¡Viva el Rey! El carácter subversivo y anticonstitucional de UP era incompatible con el régimen vigente de una monarquía parlamentaria.

La república como forma de gobierno es sinónimo de democracia y tal vez por tal razón los demócratas, convencidos de la bondad de su raíz *demos* (pueblo, gente), hablan de *republicanismo* como sinónimo de todas las virtudes de una democracia. Si ha sido bien notoria la crítica justificada de Iglesias al estado de nuestra democracia alegando su falsía e inautenticidad, demostrada con muchos ejemplos ya comentados, hay que referirse a su republicanismo como algo distinto de la monarquía parlamentaria española, pues ésta no deja de ser, como la británica o las nórdicas europeas, una república *coronada*. Iglesias no pretende destronar al rey actual como Jefe de Estado y ha alabado su buena imagen de monarca demócrata, si bien dice preferir una democracia republicana que perfeccione la institución. En esto concuerda con el Presidente del Gobierno y con el mismo Felipe VI. Su crítica general al grado de nuestra democracia se ha acabado reduciendo a una "democracia… *mejorable*".

Trabajar en La Moncloa no ha sido nada cómodo ni para UP ni para el matrimonio Iglesias-Montero. A las continuas tensiones ya señaladas hay que añadir el desgaste personal de la mente y el sistema nervioso. Si el retorno a casa para ver y cuidar cariñosamente a los tres pequeños es padecer el infierno de una masa de energúmenos que rodean el chalet con gritos insultantes y cacerolas estridentes, cabe imaginar la impresión tan deprimente que causa en la pareja de políticos. Los guardias civiles que protegen la vivienda y sus habitantes nada pueden hacer mientras no peligre la seguridad física y material. Proferir durante meses insultos y amenazas por grupos excitados al odio por la extrema derecha no es un acto político, no es una manifestación de protesta,

no se justifica por la libertad de expresión. Más allá de lo que se piense o crea sobre el partido Unidas Podemos, el acoso psíquico que impide la tranquilidad personal de una familia con niños pequeños es la circunstancia más dolorosa de quienes pagan así su entrega al servicio de la gente. La odisea personal de una joven pareja de políticos que combaten en favor de una democracia "mejorable" rebasa los límites de su arriesgada aventura a bordo de La Moncloa e inunda su propia nave con el criminal propósito de que zozobre.

Para que no zozobre Unidas Podemos, para proseguir la difícil ruta que conduce a Itaca, Pablo Iglesias decidió lanzarse al encrespado mar y pilotar su navío desde el agua. Saltó de La Moncloa el pasado mes de marzo para impedir que la hechicera Circe, reencarnada en la presidenta de la Comunidad de Madrid, Díaz Ayuso, lograra, con el apoyo de Vox, que la dividida Derecha se uniera y desde la capital de España acabara extendiendo su poder por todo el país acelerando la crisis de nuestra insegura democracia.

Iglesias es un hombre arriesgado pero sensato. Aprende de sus errores y olfatea el futuro político como un lince. Su intuición ha sido que la Covid 19 fortifica la apuesta europea por una peculiar neosocialdemocracia, que ya era el proyecto del Gobierno progresista de La Moncloa. Su lucha diaria para obligar a que el PSOE cumpliera el pacto de coalición desgastaba su imagen de gobernante, cuarteada por la constante algarabía mediática. UP perdía puntos en las encuestas y su persona era minusvalorada como gobernante. En las madrileñas elecciones de Mayo se corría el peligro de que las izquierdas perdieran de nuevo por su división y su incapacidad de movilizar a una población harta de unos políticos enfrentados en vez de estar unidos frente a la pandemia.

Iglesias demostró a los que le acusaron siempre de ser un líder autoritario y ególatra que, para él, el liderazgo lo ostenta quien encabeza un proyecto práctico de poder efectivo en la circunstancia oportuna y, provisto de una capacidad innata para aprender del "signo de los tiempos", pensó que era el momento de que el

dirigente de Unidas Podemos fuera, como es natural, su ministra de Trabajo, la sindicalista ferrolana Yolanda Díaz, más útil que él para la lucha en la Moncloa.

La Moncloa y la ciudad madrileña son el emblema hoy de la Guerra Incivil de 1936, del "¡Madrid, qué bien resistes!" y del "¡No pasarán!". Iglesias se ha propuesto que el Madrid republicano y demócrata frene el avance del fascismo franquista, representado por la actual coyunda aznarista del PP y de Vox, y con esa derrota, que él pretende conseguir, lograr salvar nuestra democracia de su principal enemigo.

La Moncloa no era ni mucho menos Itaca, pero Ulises tenía que lanzarse al mar antes de que Unidas Podemos, su proyecto anticapitalista y la memoria del combate histórico de todos los trabajadores del Mundo, se fuera a pique.

Un irónico periodista se permitió describir así el fracaso electoral de UP en las autonómicas del verano de este año: "La desaparición del suelo gallego bajo sus pies le obliga a encadenarse al Gobierno de coalición como Ulises al mástil". No podía saber el digno plumífero que, antes que él, hice yo la comparación. Pero su sentido es totalmente el opuesto. Responde a la firmeza de su convicción en que la gente de este país debe ser defendida de los estragos que provoca la codicia capitalista. Utilicé como metáfora, no solo el mástil de la nave, sino toda su tripulación, su azaroso rumbo y su piloto, un verdadero Ulises. Odiseo es símbolo universal del luchador valeroso, que, enfrentado a la ira de los océanos y a los vientos más airados cuando navega, sufre avatares, desventuras y naufragios sin desfallecer. La aventura de Ulises simboliza el periplo vital de toda persona que, fiel a su origen patrio, aspira retornar a su lejana Itaca, incitado tenazmente por la propia cercanía del horizonte. El Ulises del mito homérico es el arquetipo que encaja mejor, a mi juicio, con el piloto de la nave "Unidas Podemos". De entrada, resulta revelador que se atribuya la paternidad de Ulises a Sísifo, condenado eternamente a elevar una roca a lo más alto, desde donde caía hasta la base y obligaba a repetir una y otra vez

el castigo. Evoca los sucesivos intentos frustrados de la verdadera izquierda española por cambiar radicalmente el mismo y eterno "estado de cosas".

En *La Iliada*, Ulises destaca, más que como guerrero, como prudente y sabio consejero del fuerte y resistente Aquiles en las asambleas donde se decidía la estrategia y las tácticas del combate. El famoso "Caballo de Troya" fue una estratagema ideada por él. Su significado es tan popular que las ultraderechas lo utilizan a todas horas para denunciar el "entrismo" comunista de UP en el Gobierno

El viaje de Ulises a Itaca será largo, durará muchos años. Durante la travesía sufrirá naufragios, secuestros, retenciones por ninfas y hechiceras. Varias veces perderá parte de su tripulación por abandono desleal de su nave o a manos de lestrigones caníbales y de Polifemo, de la raza de los cíclopes, gente orgullosa y salvaje, cavernícola y dueña de unas tierras abandonadas y vacías. ¿Cómo no ver en sus enemigos el arquetipo mítico que se perpetua desde hace siglos en España y que necesita devorar y acabar con nuestro Ulises y sus compañeros de viaje? Un viaje y un relato míticos que han sido considerados por muchos historiadores como un paradigma del progresivo cambio de una sociedad arcaica, tribal y belicosa por otra, que fuera innovadora, cosmopolita y más solidaria.

Si Ulises puede simbolizar ese cambio histórico hacia una sociedad con esas virtudes, el poeta griego debió intuirlo cuando puso a su héroe bajo la protección de la diosa Atenea, mentora de los luchadores valerosos y abogada de las causas justas. Si en los primeros tiempos se la representó como guerrera, pronto aparecería como patrocinadora de las artes y de toda obra pacificadora. La mitología griega le asigna unánimemente la sabiduría y la prudencia, el mantenimiento de la salud pública y la hace encargada de velar por el Estado y los tribunales de justicia. Confío en que al lector de este libro no le sea difícil captar la significativa similitud del proyecto Unidas Podemos con el azaroso periplo de Odiseo.

Creo que puede ser una bella despedida a mi relato citar aquí los primeros versos del poema *Itaca* del vate griego contemporáneo

Constantino Cavafis (1863-1933)

Cuando hacia Itaca emprendas el viaje
pide que tu camino sea largo
y rico en aventuras y experiencia.
Ni a los lestrigones ni a los cíclopes
ni al airado Poseidón temerás nunca.

Jamás se cruzarán en tu camino
si alto es tu pensamiento y sin bajeza
la emoción de tu cuerpo y de tu espíritu.
Jamás encontrarás a lestrigones
ni cíclopes ni al airado Poseidón
si en tu pecho no los llevas
y no es él quien los alza ante tu paso.

Epílogo provisional bajo la pandemia

Doy por concluido, de forma inevitablemente provisional, el presente libro, escrito por el poder influyente de un movimiento social y político esperanzador que responde a la poderosa virtud de su nombre actual: Unidas Podemos. Lo hago recluido en mi estrecha vivienda de la villa catalana de Sitges, amado lugar de mi infancia, confinado a causa de la pandemia del coronavirus. Nuestro Gobierno bipartito de izquierda progresista ha declarado, para todo el país, el estado de alarma contemplado en el artículo 116.2 de la Constitución, para impedir el contagioso avance del virus por todo el territorio de nuestro Estado. Ante tal oportuna y acertada decisión yo me pregunto: ¿No hemos vivido durante los últimos nueve años una terrible epidemia, plena de víctimas, de daños vitales, de incertidumbre, de quejas y protestas colectivas entre la indignación y la sumisión inevitable? ¿No hemos vivido, el reciente lustro, la pugna agónica, prolongada y difícil, de un partido de jóvenes políticos dispuestos a forjar un Gobierno nacional que se dispusiera a paliar y, después, a acabar con los efectos, aún intactos, del expolio insalubre, insolidario y letal, sufrido por nuestra gente a causa de la autollamada “crisis “financiera?

La aparición del coronavirus es la última y más grave consecuencia de la globalización capitalista y no ha sido casual que surgiera en China, la nueva gran potencia del capitalismo global que, además, nos brinda un modelo mundial para erradicarlo: su Estado totalitario. La rápida pandemia viral ha puesto al Mundo en un estado de alerta que avisa de un estado de crisis total de nuestro sistema global de civilización. O se cambia radicalmente el sistema o se expone a la Humanidad a nuevos y letales flujos que irán destruyendo nuestra forma de vida hasta acabar con ella. Este virus es un aviso anticipador y ejemplar del amenazante cambio climático, que, contra toda evidencia, es negado por el propio capitalismo suicida que lo provoca.

A lo largo de la Historia, ha sido una constante, confirmada por la moderna cosmología, la interdependencia de ciertos fenómenos meteorológicos, geológicos o biológicos de carácter destructor (tifones, terremotos, pestes) con los conflictos bélicos, sociales y políticos que se han ido sucediendo en diversos confines de la Tierra. Si la guerra de 1914-18 entre Estados europeos coincidió con la epidemia de gripe (llamada por los franceses “española”), ya la siguiente de 1939-45 fue llamada “Mundial” y tuvo unos efectos destructivos que, según ciertos estudios, podrían ser superados por la actual pandemia.

El viejo dicho castellano “No hay mal que por bien no venga” confirma la verdad más positiva de las consecuencias negativas del nuevo mal pandémico. Esa verdad no es otra que el reconocimiento de nuestra condición de seres humanos, nacidos libres, iguales y fraternos, pero negada, en la teoría o en la práctica, por todas las tiranías inhumanas de cualquier signo. ¿No es ese el fundamento implícito del estado de alarma declarado por el Gobierno y de las consignas-órdenes que nos exigen responsabilidad personal y solidaridad ciudadana para frenar la expansión diaria del virus e impedir que millones de conciudadanos sean negativamente afectados en su salud y en sus vidas? ¿No se nos impone la necesidad de que la única forma de lograrlo es realizarlo “Todos juntos”? *Todos*, es decir, todos los seres humanos, todos los ciudadanos sin distinción de identidad nacional, sexo, raza, creencia, ideología y capacidad económica. Tanto los gobernantes como los gobernados. Todos y juntos. ¿Se quiere democracia más verdadera? Se proclaman, sin reserva alguna de cantidad o calidad, mayores y mejores derechos humanos.

“Alarma” es la contracción lingüística de una voz más activa y urgente: “¡Al arma!”. Decretar el “estado de alarma” es ordenar que, todos juntos, empuñemos, con coraje (de corazón) y sin dilaciones, el arma que venza al enemigo de nuestra salud física y psíquica, de nuestra vida, que es nuestro derecho humano fundamental (art l5 CE). ¿No es ésta la más evidente metáfora de que es urgente acabar con *el virus*, entendido como todo aquello que ataca a

nuestra vida saludable y la pone en peligro de muerte, con todo lo que nos está matando allí donde estemos? El coronavirus es el mal que viene para el único bien que conlleva: acabar sin dilación y con coraje con el virus de un sistema ideológico, político, económico y social destructor que ha construido una minoría egoísta, insolidaria e inhumana: el neoliberalismo capitalista.

La microbiología ha definido la naturaleza del virus como la de un agente infeccioso carente de base celular que subsiste y solo se multiplica o reproduce dentro de las células de otros organismos y a expensas de las mismas. Es, por tanto, un depredador parásito. A estas alturas finales de mi escrito no necesito justificar la perfecta identidad que encuentro entre el capitalismo y el virus. Incluso podría ampliar el campo metafórico y decir que, si bien la inmunidad innata rechaza genéricamente al virus, lo hace por poco tiempo, mientras que la inmunidad adaptativa crea anticuerpos que se unen al virus y lo convierten en no infeccioso. Algo semejante ocurre con las llamadas vacunas “vivas”, que son virus vivos atenuados o a punto de morir. ¿No estamos ante una excelente metáfora de lo que ha supuesto la socialdemocracia o el “socialismo liberal” en su relación con el neoliberalismo capitalista? Su adaptación al sistema imperante le lleva, so pretexto de reducir el exceso de su infección, a formar parte de la estrategia adaptativa del propio sistema, pues obliga a regular los innatos efectos de éste, que es en sí mismo excesivo por imparable si pretende sobrevivir. La socialdemocracia salva al capitalismo de su muerte anunciada y, por tanto, no le impide ser infeccioso de un modo “moderado”. El problema reside en que el virus capitalista es de los llamados “neurotróficos”, los que se propagan por vía neural y mental y en donde el sistema inmunológico puede ser incapaz de impedir su acción infecciosa.

Ya sabemos que la fuerza del capital ha radicado en sus últimas etapas históricas en transformar su violencia material en seducción de las mentes humanas. Su naturaleza es ahora tan a-celular como la de un virus y es parasitaria, vive a expensas, ante todo, de la mentalidad de las gentes que ya tienen el “alma cambiada” como quería la señora Thatcher. Por eso habría que recuperar la libertad

de conciencia personal y colectiva a través de una educación basada en los valores de libertad, igualdad y fraternidad de un republicanismo democrático auténtico, que no confiara en el lema cínico e hipócrita de la burguesía republicana francesa del siglo XVIII.

Los augurios de todos los expertos en epidemiología coinciden en su diagnóstico de un incierto futuro de la pandemia actual y de sus imprevisibles consecuencias, pero los expertos en Economía no dudan que el Mundo se enfrenta de nuevo con una gran recesión, mayor que la de 1929 y la última de 2008. A una Europa perpleja, dividida y perpetuamente indecisa, y a una España que justo ahora pretendía mitigar en alguna medida los perniciosos efectos de la crisis anterior, les va a tocar, repetido y agravado, el padecimiento de hace doce años. Unidas Podemos, el único partido político que ha combatido contra vientos cambiantes y mareas encrespadas hasta el logro de doblegar a un celoso y receloso PSOE y obligarle a gobernar en conjunción, habrá de repetir su hazaña y, una vez más, reproducir el mito de Sísifo.

En el tiempo transcurrido entre la crisis financiera de 2008 y la Gran Depresión que se avecina, los grandes bancos centrales (la Reserva federal en USA y el BCE europeo) se han convertido, mediante la excesiva compra de deuda, en los mayores propietarios del capital mundial. La suma de las colosales corporaciones privadas no alcanza ni de lejos esas carteras sobrevenidas. Paradójicamente, la economía financiera, con las acciones por las nubes y los fondos de capital imponiendo su paso, hace que la economía productiva languidezca. Las astronómicas cantidades de dinero destinadas a salvarla se convertirán de nuevo en deuda pública, la cual acabarán pagando nuevamente los contribuyentes que no practiquen el fraude fiscal o que no evadan su dinero a “paraísos fiscales”. Esa ha sido una de las principales causas de que, cuando le ha sobrevenido la crisis del coronavirus, este se encuentre a la economía al borde del colapso. Ya es tarde para políticas keynesianas (de *key* = “llave”, en inglés) que sirvan de estímulo productivo y de consumo. Ahora tan solo serán de beneficencia para evitar una explosión social.

La tecnología de la información, cuyo rápido desarrollo condujo a la creación de la “sociedad global en red”, desde hace una década estaba dominada por las plataformas de Internet instaladas en los Estados Unidos. En este momento, seis de las diez primeras globales se hallan en China. Pero, la nueva realidad está acabando con la utopía ingenua del ciberespacio y la “aldea global”. Ya no es que las dos máximas potencias se disputen el mercado global y que presionen a Europa para que se deje devorar en sus respectivas fauces. Es que ahora se ha levantado la veda internacional en el mercado de las redes. La Rusia de Putin ha anunciado la creación de una infraestructura de red independiente, junto con China, Brasil, India y Sudáfrica: el supergrupo de grandes economías emergentes conocido como BRICS. Ese Internet distinto podría ocupar el 25% de la superficie del globo y serviría a más del 40% de la población mundial. La primitiva idea de un Internet abierto se está desvaneciendo ante las murallas digitales que levantan, para controlar y dominar su ámbito respectivo, los nuevos colosos. Por un lado, su rivalidad les había inducido a crear una agencia mundial de datos, que fijara los parámetros básicos y la coordinación internacional para que éstos fueran efectivos, pero, por otro, 94 Estados, encabezados por China, Rusia, Irán, Siria, Nicaragua y Venezuela, votaron a favor de una resolución de Naciones Unidas que, bajo el título de “Lucha contra la utilización de las tecnologías de la información y las comunicaciones con fines delictivos”, defendía la potestad de los Estados y de sus leyes para tipificar y sancionar como delito la disidencia política en cualquiera de sus manifestaciones.

He aquí una muestra significativa de cómo los valores democráticos que podrían trasmitirse beneficiosamente a lo largo de todos los Estados, se ven perjudicados en su extensión y eficacia por la creciente presencia de regímenes autoritarios en las naciones ancladas en el capitalismo. Las murallas que se están levantando contra la comunicación global son la propias de los “ Estados-muralla”, aquellos que se encierran y se defienden de los que ellos ven como enemigos invasores de su nación, forma de vida o de unos bienes materiales que escasean. Parece contradictorio pero es

real: mientras los Estados con regímenes nacionalistas xenófobos y autoritarios se amurallan frente a un “enemigo exterior” que es la globalización, el propio nacional populismo se mundializa, sin llegar aún, por suerte, a globalizarse.

La rápida extensión de ese “fascismo” de nuevo cuño tiene nombres: en Europa, Le Pen, Salvini, Orban y Abascal; en Gran Bretaña, Johnson y en América, Trump y Bolsonaro. Todos ellos dan respuesta a las consecuencias desastrosas de la política económica neoliberal. Se confunden los efectos con las causas y, como lo que es un efecto visible de esa política son las protestas masivas de sectores de población especialmente dañados por ella, no puede reconocerse que ahí esté la causa, sino que ésta es la violencia callejera y, por tanto, es el Estado quien debe atajarla y acabar con ella. Se carga sobre la gente, empobrecida y frustrada, la codicia que induce arteramente a consumir y a endeudarse para así pagar lo consumido.

Para completar su estrategia económica, el capital ha olvidado sus críticas al Estado intervencionista y regulador que le impedía actuar libremente y, tras la crisis de 2008, ha vuelto a exigirle que se ponga a sus órdenes a la hora de sufrir cualquier depresión futura en el campo económico y que utilice todo su poder de violencia, al que está legitimado por las normas constitucionales democráticas, para usarlo en caso de que la crispación social llegue a poner en peligro el sistema. El nacional populismo, en los Estados que presumen de democracia, se está amurallando a través del Estado cuando le insta a que defienda los muros nacionales de la rival codicia de otras naciones, de los migrantes hambrientos y asolados por las guerras locales; que controle y asegure un sistema de comunicación tecnológica que no pueda ser ciberafectado por otros Estados.

Las protestas sociales, tanto en Europa como en América Latina o en Asia, desde los “chalecos amarillos” de Francia a la dura lucha estudiantil en Chile, Colombia, Hong-Kong, etc., no hay forma de pararlas más que por la fuerza policial o militar estatales. Si, en frase atribuida a Carl Schmitt, “es soberano quien decide sobre el

estado de excepción", el populismo de extrema derecha, en nombre del capitalismo amenazado por su propia inhumanidad, le exige que sea soberano y lo demuestre porque nos hallamos, no ya en un "estado de alarma", sino de terrible excepción.

La astuta estrategia del neoliberalismo de hacer creer a los ciudadanos que progreso se identifica con crecimiento y que tanto la producción como el consumo de bienes, a menudo de lujo o a imitación del lujo, es bueno para su vida, ha conducido a un materialismo irracional que ha pervertido a unas masas incautas y han fomentado en ellas sentimientos egoístas, insolidarios más que ambiciosos, codiciosos, de mala competitividad, es decir, se les ha contagiado el virus capitalista como una pandemia sobre la cual lloverá sobre mojado la inmediata crisis económica y social.

Pero es inevitable que las protestas populares, que únicamente han sido reconducidas en España, solo en parte, tras un pulso enorme entre el único partido que las representa, Unidas Podemos, y la "mano izquierda" contemporizadora del capitalismo, el PSOE de Sánchez (el "panzasanchismo"), vuelvan a reproducirse, y con mayor virulencia, tras la pandemia del coronavirus. ¿Qué harán los gobernantes? ¿Declararán el "estado de excepción" para impedir la violencia social de los españoles, azuzada, para mayor escarnio, por los partidos de derecha a las órdenes de Vox? Esa posibilidad, la de un cambio regresivo en el Gobierno PSOE-UP y un llamado "Gobierno de salvación nacional" como el propuesto en su día por el dirigente Abascal de la extrema derecha, confirmaría la crisis, ya innegable, del funcionamiento del Estado democrático ante la situación mundial que se avecina. La paradoja estriba, como hemos visto, en que el Estado como sistema de ordenación libre, igualitaria y solidaria de la comunidad nacional, representación democrática de la ciudadanos y garantía suprema de sus derechos, ha perdido su legitimidad por no impedir la destrucción social que ha supuesto el capitalismo neoliberal. Y es ese mismo capitalismo el que invoca y promueve la acción del Estado para combatir la violencia social que su liberalismo económico salvaje provoca. A su vez, dicho liberalismo económico no es incompatible con un Estado autoritario,

no democrático, justo porque un Estado de ese tipo le protege e impide que los ciudadanos, conscientes, organizados y valientes, acaben con él.

Los movimientos actuales de neofascismo no son críticos con el capitalismo neoliberal, sino con los efectos de su proyecto globalizador, monopolizado por unas élites adineradas y cultivadas que residen en barrios selectos de las grandes urbes y que tienen en abandono a unos trabajadores a los que desprecian por “paletos” y que carecen de servicios públicos vitales. Esas víctimas del sistema económico son el campo trillado para implantar su ideología y su poder demagógico. Si alcanzan su objetivo, habrán logrado, no solo derrotar a la “tiranía progre” social-comunista, sino a todas las “derechitas cobardes” que ni lo intentaron. El resultado final sería un Estado auténticamente nacional, uno grande y libre de poderes extranjeros, fuerte frente a sus enemigos interiores o exteriores y cuyo Gobierno se formaría por la aclamación de un pueblo agradecido. En España ya se dio esa fórmula perfecta de Estado democrático: el franquismo.

El argumento más sutil que pretende justificar un Estado autoritario ha sido siempre su eficacia. La concentración de todos sus poderes, la supresión del pluralismo político, el control de la información y la sistemática represión de los derechos de una ciudadanía convertida en sierva otorga una eficacia que los Estados democráticos ya no tienen. En ese sentido, el coronavirus se presenta como el más convincente portavoz de un Estado autoritario nacional populista como el de la República de China, que ha sido capaz de atajar con suma eficacia la epidemia que se cebó en uno de sus territorios mediante los instrumentos que su inmenso y concentrado poder tiene: un inflexible y violento control de sus fronteras, de los ciudadanos, de la información y de todo cuanto pudiera dificultar su eficacia en erradicar el virus.

El Partido Comunista chino ha sido un ejército que ha militarizado a un pueblo tradicionalmente sumiso y lo ha sabido organizar en setenta años hasta convertirlo en una nación unida, trabajadora y

austera. Su magnitud territorial y poblacional le ha permitido construir una sociedad educada en los valores de una hábil síntesis de confucianismo comunista. Sus relaciones internacionales han conjugado su gran aptitud para el comercio y un nacionalismo de gran potencia, pero sin el afán colonizador europeo, más bien con pretensión de monopolio mercantil.

De ese modo ha emergido desde su pasado campesino a un futuro industrial y tecnológico que se ha autofinanciado según las reglas clásicas del capitalismo: la explotación laboral de millones de disciplinados trabajadores. China será, si no lo es ya, la primera potencia capitalista de la Tierra y se ha convertido en un modelo tentador para superar la crisis mundial de los restantes Estados capitalistas. Sin la retórica liberal de éstos, el autoritarismo totalitario chino pretende demostrar que el ser humano busca, antes que su libertad como ciudadano, la seguridad y la prosperidad como ser vivo. La eficacia en conseguirla es la mayor legitimidad de un Estado.

En el caso de la China actual, lo más urgente y eficaz es orientar su economía capitalista hacia el aumento de la demanda interna, pues mantener el consenso social al margen de la democracia solo se logra con unas masas consumistas, semejantes en esto a las de la sociedad occidental. Si su riqueza dependía, en el pasado, de las exportaciones, ahora, con una globalización confundida con la pandemias y amenazada por nuevos nacionalismos amurallados, China buscará adaptarse, con su pragmatismo de siempre y sin renunciar a ser una primera potencia global, mediante la creación de un mercado de menor beneficio pero del que obtenga la dependencia aliada de aquellos Estados que sigan su ejemplo de organización política.

El capitalismo chino, como el soviético de Stalin a Brezniev, es un capitalismo de Estado, con el cual se cierra el prolongado ciclo histórico de un sistema de poder económico y político que surgió hace nueve siglos de la usura bancaria europea para acabar dominando todo el Planeta. Es evidente que sus dos principales

características han consistido en que su energía codiciosa y posesiva construya y destruya a la vez y que, en ese proceso, se haya asegurado la supervivencia por su gran capacidad de adaptarse a toda circunstancia histórica que la ponga en peligro. Cuarteado el imperio romano por los pueblos del norte, Europa se hizo feudal hasta que los burgos destruyeron el feudalismo al transferir su sistema de dominación a las ciudades mercantiles, financiadoras de las monarquías absolutistas y origen de los modernos Estados. Como la China postmaoísta, un poder absoluto hizo posible el desarrollo de las clases burguesas industriales y su imperialismo colonial. Cuando las clases trabajadoras se rebelaron contra el capital, éste inventó un patriotismo nacionalista y lanzó a sus enemigos a luchar contra el "enemigo exterior" o extranjero. La rivalidad nacionalista condujo a la Gran Guerra europea de 1914-18, la cual puso los fundamentos de la Gran Depresión económica de 1929 y ésta, a su vez, de la Guerra mundial de 1939-45. Dividido el Mundo en dos bloques enfrentados: el Estado totalitario e imperialista de la URSS frente a los Estados capitalistas demoliberales y colonialistas, éstos últimos adoptaron una estrategia, llamada "guerra fría", de desgaste económico de su enemigo ("mantequilla o cañones"), de apoyo a Estados dictatoriales anticomunistas como España y a establecer un pacto social en la lucha de clases en Europa, gracias a la colaboración de la socialdemocracia. Derrotada la URSS y convertidos sus dirigentes en capitalistas de "mercado negro", no era ya preciso pacto alguno en el conflicto social y se procedió a una desregulación de la economía y a un "capitalismo popular" que indujera a una producción y consumo de bienes imparable.

El progreso tecnológico permitió la renovación del capital financiero y éste se convirtió en el eje de una globalización generadora de la pandemia económica que provocó la crisis de 2008. El neoliberalismo creyó que podría paliar los efectos de su crisis con las recetas del pasado, pero en el año 2020 le llegó, precisamente desde la República de China, un virus pandémico que produciría más muertes que la Guerra Mundial de 1939-45 y que podría anticipar los efectos destructores en la economía y en toda la

Naturaleza del polémico aunque indiscutible cambio climático. ¿Cómo adaptarse a esta última amenaza de autodestrucción, que culmina el largo proceso constructor-destructor que le define como un sistema suicida?

Ante la evidencia de un cambio climático que está alterando la vida natural de la Tierra y que puede hacerla desaparecer durante este siglo si no se reduce o detiene el proceso originado por la contaminación atmosférica por tierra, mar y aire, los principales Estados capitalistas, máximos responsables de la misma (Estados Unidos, China, Rusia, la India) que juntos suman el 55% de las emisiones mundiales de efecto invernadero, se han negado a participar en su reducción. El capitalismo pone en peligro la vida en la Tierra para no ver reducido el beneficio económico de sus empresas destructoras del clima imprescindible para millones de personas, sea cual sea su nivel de renta, su desarrollo o régimen político. Es capaz incluso de sacar provecho de algunos efectos que ya están perjudicando a algunos territorios a causa de catástrofes provocadas por el cambio climático como terremotos, tifones e inundaciones. Naomi Klein nos habla en sus libros de un "capitalismo *shock",* que se nutre económicamente de la reconstrucción de espacios devastados o de la construcción de nuevos hábitats idílicos para turistas ricos, como en Puerto Rico. Las organizaciones ecologistas llevan décadas luchando contra las urbanizaciones ilegales, la invasión de las costas marítimas y la deforestación de los parques naturales. La Amazonia, pulmón por donde respira el Mundo, sin el cual no se puede controlar el sobrecalentamiento global, se ha visto reducida entre agosto de 2018 y julio de 2019 un 30% bajo la dictadura de extrema derecha de Bolsonaro, el "negacionista" aliado de Donald Trump.

Los expertos aseguraran que el cambio climático amplifica la amenaza a la biodiversidad y favorece la expansión de virus y bacterias. La destrucción de los ecosistemas facilita la propagación de agentes patógenos. Cuanta más biodiversidad desaparece, más riesgo de epidemias. La fusión de un glaciar en China podría liberar 33 especies de virus, 28 de ellas desconocidas para la ciencia.

Gracias a la Covid-19 nos hemos dado cuenta que no tenemos capacidad para abordar una crisis sanitaria global. Nos faltan organizaciones internacionales fuertes y con políticas claras y no gobiernos cortoplacistas que no están dispuestos a tomar las medidas necesarias. El gran desafío de la sociedad mundial es darle la vuelta al sistema económico que la está infectando y destruyendo paulatinamente pero cada vez con mayor velocidad. ¿Se quiere mayor distancia entre un daño inminente para toda la Humanidad y las posibilidades reales de impedirlo que ésta tiene en su situación pandémica actual?

Bibliografía

Capitalismo

PIKETTY, Capital e ideología, Deusto, 2020

COLLIER, El futuro del capitalismo, Debate, 2020

RENDUELES, Capitalismo canalla, Seix Barral, 2015

KLEIN, La doctrina del *shock*, Paidós, 2007

La Nueva Economía

PIKETTY, La economía de las desigualdades, Anagrama, 2015

NAREDO, La economía en evolución, Siglo XX, 2015

HERNÁNDEZ VIGUERAS, Los fondos buitres, capitalismo depredador, Clave Intelectual, 2015

MANERA, La extensión de la desigualdad. Catarata, 2015

SOLIMAN, Élites económicas, crisis y el capitalismo del siglo XXI, FCE, 2015

REVELLI, La lucha de clases existe… y la han ganado los ricos, Alianza Editorial, 2015

Globalización

OSTERHAMMEL & PETERSSON, Breve historia de la globalización, Siglo XXI, 2019

RODRIK, La paradoja de la globalización, Bosch, 2001

GEORGE&WOLF, La globalización liberal, Círculo de Lectores, 2003

MASOW, Postcapitalismo. Hacia un nuevo mundo, Paidós, 2015

STANDINE, El precariado. Una nueva clase social, Pasado y Presente, 2014

TOOZE, Cómo una década de crisis financiera ha cambiado el mundo, Crítica, 2018

Crisis de la democracia liberal

CASTELLS, De la crisis económica a la crisis política, La Vanguardia, 2016

HUNTINGTON, La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX, Paidós,1996

LACLAU & MOUFFE, Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia, Siglo XX, 1987

INNERARITY, Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI, Galaxia Gutenberg

COLECTIVO POLITIKON, La urna rota. Cómo recomponer nuestra democracia, Debate, 2014

Información

CASTELLS, La era de la información (3 vols.), UOC, 2003

KAKUTANI, La muerte de la verdad, Galaxia Gutenberg, 2019

Movimientos sociales

CHOMSKY & BARSAMIAN, Las sublevaciones democráticas globales, Pasado y Presente, 2013

ESTEFANÍA, Revoluciones. Cincuenta años de rebeldía (1968-2018), Galaxia Gutenberg, 2018

DOMÈNECH, Hegemonías. Crisis. Movimientos de resistencia y procesos políticos, Akal, 2014

BADENES, Fronteras de papel. El mayo francés en la España del 68, Cátedra

DE SOUZA, Ecofeminismo descolonial, Libros de la Mujer rota, 2018

LORUSSO, Mujeres en lucha, Altamarez, 2019

Socialismo y socialdemocracia

LICHTHEIM, Breve historia del socialismo, Alianza Editorial, 1979

KAUTSKY, La doctrina socialista, Ed. Maxtor, 2012

LENIN, El Estado y la Revolución, Fundación Engels, 2009

LUXEMBURG, ¿Reforma social o revolución?, Capitán Swing, 2019

MANDEL, El poder y el dinero, Siglo XXI, 1994

LOVELL, Maoísmo. Una historia global, Debate, 2020

BRANDT & KREISKY & PALMER, La alternativa socialdemócrata, Blume, 1977

Populismos

VALLESPÍN & BASCUÑAN, Populismos, Alianza Editorial, 2017

FORMENTI, La variante populista. Lucha de clases en el neoliberalismo, El Viejo Topo, 2016

JUDIS, La explosión populista, Deusto, 2018

LACLAU, La razón populista, FCE, 2005

PELLIZZETTI, El fracaso de la indignación, Alianza Editorial, 2019

Política española

ÁLVAREZ JUNCO. Mater Dolorosa. España en el siglo XIX, Taurus, 2001

JULIÁ. Historia de las dos Españas, Taurus, 2004

ALBARRACÍN, La onda larga del capitalismo español, Colegio de Economistas, 1987

ÁLVAREZ ESPINOSA, Cristianos y marxistas contra Franco, UCA, 2003

GARCIA ALCALÁ, Historia del “Felipe”, CEPC, 2001

GONZÁLEZ MADRID, El franquismo y la Transición en España, Catarata, 2008

CHAPUT & PÉREZ SERRANO, La Transición española, Biblioteca Nueva, 2015

SOTO CARMONA & MATEOS LÓPEZ, Historia de la época socialista (1982-1996), Sílex, 2013

GARZÓN, El fango. Cuarenta años de corrupción en España, Debate, 2015

MORÁN, Miseria y grandeza del PCE 1939-1986, Akal, 2017

GONZÁLEZ CASANOVA, Fulgor y sombras del socialismo en España, La Lluvia, 2012

Unidas Podemos

IGLESIAS, ¡Abajo el régimen!, Icaria, 2013

–Disputar la democracia. Política para tiempos de crisis, Akal, 2014

–Ganar o morir. Lecciones políticas en “Juego de Tronos”, Akal, 2014

–Una nueva transición, Akal, 2015

IGLESIAS & JULIANA, Nudo España, Arpa, 2018

ERREJÓN & MOUFFE, Construir pueblo, Icaria, 2015

RODRÍGUEZ SUANZES, Podemos. Desconstruyendo a Pablo Iglesias, Deusto, 2014

RIVERO, Podemos objetivo: asaltar los cielos, Planeta, 2015

DOMÍNGUEZ & GIMÉNEZ Claro que podemos. De La Tuerka a la esperanza de cambio en España, Los Libros del Lince, 2014

COBO, Conversaciones con Juan Carlos Monedero, Turpial, 2015

Anticapitalistas en Podemos, Sylene, 2016

TORREBLANCA, Asaltar los cielos. Podemos o la política después de la crisis, Debate, 2015

POLITIKON, Podemos: la cuadratura del círculo, Debate, 2015

FERNÁNDEZ ALBERTOS, Los votantes de Podemos, Catarata, 2015

VILLACAÑAS, El lento aprendizaje de Podemos, Catarata, 2017

Table of Contents

Portadilla
Copyright
Sumario
Introducción
PRIMERA PARTE
- El virus del capitalismo global
- La nueva economía global del capitalismo
- Las relaciones sociales en el capitalismo global
- Efectos económicos de la Gran Recesión
- La contrarrevolución del neoliberalismo

SEGUNDA PARTE
- Los primeros anticapitalistas
- De Karl Marx a Felipe González
- ¡A las barricadas!
- De la España de Franco a la del PSOE
- "¡No es una crisis, es el Sistema!"

TERCERA PARTE
- ¡Sí se puede! Las raíces de Podemos
- La televisión como arma arrojadiza
- Podemos asalta la política española
- ¿Convergencias o partidos?
- La ideología de Podemos
- Podemos y los actuales Populismos
- Podemos: pim-pam-pum de las derechas

CUARTA PARTE
- Del "Sorpasso" frustado a la derrota del PP

QUINTA PARTE
- Un gobierno socialista en difíciles funciones
- Unidas Podemos y su papel clave en el conflicto calalán
- Del Gobierno socialista en funciones a las elecciones autonómicas andaluzas (junio-diciembre 2018)
- De las elecciones de 28 de abril de 2019 al Gobierno de coalición PSOE-UP de 7 de enero de 2020

De las elecciones del 10N al Gobierno de Coalición PSOE-UP
Unidas Podemos ante el Covid 19
La odisea a bordo del “Unidas Podemos”
La Moncloa no es Itaca
Epílogo provisional bajo la pandemia
Bibliografía